

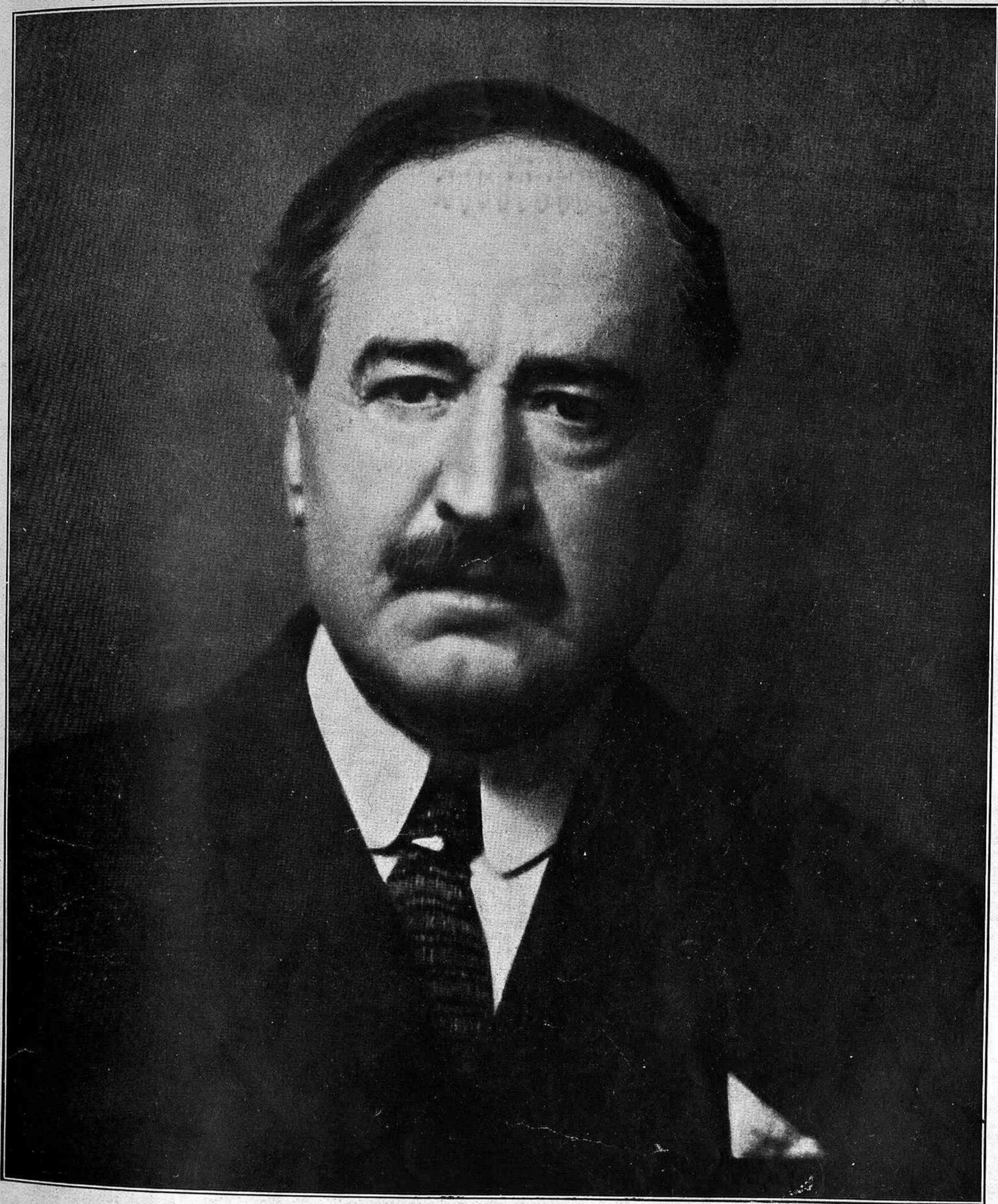
# La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 735

MADRID, 4 FEBRERO 1928

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

La muerte del gran novelista español es el acontecimiento mundial de la semana. Blasco Ibáñez, desde «Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis», sobre todo, era, más que una gloria española, una figura preeminente en la literatura universal. El duelo por su muerte conmueve también a gentes de todos los pueblos. Su figura perdurará en la historia literaria entre las más gloriosas é inolvidables

# MEDITACIONES SOBRE LA ENSEÑANZA DEL DERECHO

«Alejandro Miquis», en un artículo publicado hace algunos meses en la revista parisina «París-Madrid», y Américo de Castro más recientemente en «El Sol», hablando de la Ciudad Universitaria, han coincidido en opinar que, más que el cuerpo, es necesario transformar el espíritu de nuestra Universidad avejentada. ¿Cuál deberá ser el espíritu de la Universidad nueva? Se lo hemos preguntado á ilustres catedráticos, y hoy comenzamos á publicar sus respuestas. El profesor Luis Jiménez de Asúa, catedrático de la Facultad de Derecho de Madrid y maestro en diversas Universidades extranjeras, expone su opinión, con su brillantez y claridad acostumbradas, en el artículo siguiente:

## I.—EDIFICIOS.

EN las esferas oficiales y en los ámbitos universitarios circula hoy, como máxima preocupación, la urgencia de reformar nuestra enseñanza superior. El intento de construir una «Ciudad universitaria» parece próximo á su logro, y acaso el futuro inmediato pueda ofrecernos edificios y locales suntuosos, donde se alberguen nuestros estudiantes con más comodidad y donde los profesores expliquen sus cátedras con más decoro material que en el presente.

Es cierto que las enseñanzas de la Medicina y de las Ciencias físicas, químicas y naturales demandan ricos elementos y amplios laboratorios, clínicas y hospitales; pero el aprendizaje del Derecho puede contentarse con menos exigencias. Una Biblioteca moderna, abierta de la mañana á la noche, y unas cuantas salas de estudio, provistas de calefacción, colmarían nuestras aspiraciones.

¿Para qué pedir más? Desterremos los sueños megalómanos. Invertir cuantiosas sumas para edificar un palacio docente, mientras nuestros alumnos de Derecho huyen de nuestros claustros oficiales, atraídos por la enseñanza libre, que no requiere disciplina, y los catedráticos, mal remunerados, tienen que dedicarse á la búsqueda de ingresos económicos fuera de su cargo académico, me parece superlativa equivocación. Es achaque español fiarnos más de las apariencias que del contenido de las cosas. Si el proyecto en ciernes toma carne de piedras, contemplaremos en breve una Universidad de fachada ingente con un ánima enteca. Gran cuerpo con raquítico espíritu.

Al menos, por lo que atañe á la enseñanza de las ciencias jurídicas, la importancia del personal supera á la del material. Los ingredientes vivos de nuestra Facultad son el alumno y el catedrático. En torno á estos dos grupos de protagonistas quiero meditar en esta hora.

## II.—EL ESTUDIANTE DE DERECHO.

¿Existe en España el estudiante de Leyes? Lanzar esta pregunta parece incluso impertinente. Por la calle de San Bernardo vemos transitar jóvenes portadores de libros y cuadernos. El dintel de la Universidad se halla obstruido por numerosos grupos de muchachos que discuten y vocean. En los pasillos lóbregos de nuestra Casa de estudios superiores se apiñan hombres en edad moza que aguardan el instante de penetrar en las aulas. He aquí, decimos, nuestros estudiantes de Derecho. ¿Cómo se puede interrogar sobre la verdad de su existencia?

Pero el observador atento escucha las conversaciones de aquella muchedumbre juvenil y se sorprende un poco al oír el tema de sus diálogos y polémicas. Los alumnos salen del recinto universitario preocupados por el próximo partido de fútbol, por la faena reciente del torero en boga, por la gracia de la artista de variedades que acaba de aparecer en los escenarios. Han salido de la cátedra, donde el profesor expuso su conferencia jurídica, y la mayoría desdeña discutir los problemas desarrollados por su maestro. Acaso es torpeza nuestra. Tal vez no hemos sabido sujetar su atención ni sugerirles inquietudes científicas. Pero quizá también se debe esta ausencia de interés profesional á que no



DON LUIS JIMENEZ DE ASUA  
Ilustre catedrático de la Facultad de Derecho

existe el estudiante de Derecho. En un corrillo de futuros médicos no es raro oír un debate clínico. El caso visto por la mañana no queda olvidado al caer la tarde. En cambio, la clientela de nuestra Facultad, formada en su mayoría de burgueses acomodados, de señoritos que siguen una carrera sin grandes afanes, está desnuda de entusiasmos técnicos.

En parte alguna del mundo se encuentra tan á menudo y en todas partes á los muchachos en edad de estudiar. Se les tropieza en los paseos en estos paseos madrileños tan provincianos, en que es preciso dar vueltas en un reducido trozo de calle ó de parque, para revisar veces y veces á los mismos empedernidos paseantes. Se les halla en el cine, en el café, junto á las gentes maduras. El estudiante español no hace vida estudiantil. Empieza por no estudiar, y de aquí que el incumplimiento de la tarea de donde toma nombre anule la existencia de la estudiantina. Tampoco se siente una clase definida, con diversiones peculiares y desvelos propios. Esto no obsta para que considerable número de los jóvenes que asisten á nuestras cátedras sean inteligentes y tengan avidez de aprender.

Desde hace poco aparecen signos demostrativos de que este ingrato panorama espiritual va á ser mudado. Los estudiantes fundan asociaciones profesionales, crean una «masa coral universitaria», actúan en Ateneos jurídicos, organizan conferencias... El estudiante está presto á saltar en mitad del regazo español contemporáneo,

y parece advenir consciente de su responsabilidad de hombre.

Ojalá pudiera decirse lo mismo de los catedráticos...

## III.—EL PROFESOR.

Me sobra para ser imparcial mi cualidad docente. Amistades, compañerismos, relaciones, ligan en demasía para que un «colega» hable en sinceros tonos. Busquemos para cebar nuestra crítica un tema abstracto, en que la suspicacia de los lectores no pueda señalar nombres ni buscar parecidos.

La tarea universitaria está en crisis en aquellas Facultades, cuyo objetivo es la erudición, ó cuyas investigaciones son de índole meramente especulativa. Enseñar cómo se explora á un enfermo, cómo se maneja un aparato físico ó cómo se produce una reacción química, necesitará siempre un maestro, al menos un técnico que enseñe las manipulaciones.

Pero, ¿cómo se deben comunicar los conocimientos jurídicos? La clásica lección me parece que de día en día pierde eficacia y prestancia. Si el profesor jurista se decide á exponer ante sus oyentes las más sublimes doctrinas y las más recientes concepciones de técnica, los alumnos que no están versados en aquellas disciplinas y que se matriculan en estos estudios para aprender lo elemental, quedan por bajo del nivel elegido por el maestro. Nada entienden; carecen de cimientos para edificar con los materiales demasiado finos que el catedrático les brinda. Al año siguiente el profesor adopta otros modos y renuncia á calar tan hondo. Sus lecciones son sencillas, al alcance de los menos preparados. Apenas iniciado el curso, el maestro comprende que aquellos mozos no necesitarían molestarse en acudir á su aula para aprender lo que él les enseña. En cualquier «Manual» podrían hallarlo con la precisión superior que presta la escritura y con la posibilidad de repasar la página no bien asimilada. Eso de exponer desde el estrado los más elementales conocimientos de una rama científica y aun de leer (lección no significa etimológicamente otra cosa) en cátedra, era lógico en épocas pretéritas, en que no se conocía la imprenta ó en aquellos días en que las prensas estaban en su infancia y los libros eran raros; pero hoy no tiene razón de ser. Por eso he podido sentenciar que la enseñanza verbal, desnuda de toda colaboración de los estudiantes, es faena inútil, y á veces pernicioso, y ya que hoy, por respetos tradicionales, por el excesivo número de alumnos y por escaseces de personal auxiliar, no sea posible prescindir de la conferencia diaria, es urgente completar este método con otro más moderno y eficaz. Se hace preciso adscribir á la tarea activa los jóvenes esfuerzos del alumnado.

IV.—EL SEMINARIO Y LOS CASOS PRÁCTICOS.

Para mí el único sistema eficiente de enseñanza es el que se ejecuta en Institutos ó Seminarios. En ellos el discurso oratorio revela su ineficacia, y los estudiantes pasan de meros espectadores á elementos activos.

Desde hace años—inspirado en los sistemas de los Seminarios alemanes—he dividido la enseñanza activa en dos grandes sectores. La joven clientela que llena las aulas universitarias actu-



El decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de San Marcos, de Lima (Perú), profesor Manacio Ignacio Prado, pronunciando un discurso de despedida después de la última lección dada en aquella cátedra por el profesor Jiménez de Asúa, que aparece en el grabado á la derecha del decano

de á ellas con designio distinto. Unos, los más, quieren lograr una preparación profesional sin tacha; otros, los menos, más desinteresados, pero más ambiciosos, desean obtener una considerable suma de conocimientos científicos que les capacite para la investigación. La enseñanza universitaria debe satisfacer ambas aspiraciones.

Cuando, hace más de once años, inauguré estos métodos pedagógicos en mi primer curso—explicado entonces como profesor auxiliar—, di preponderancia á la tarea científica, y mis alumnos compusieron trabajos históricos y doctrinales, que vieron la luz algún tiempo después. Sin descuidar ahora esta empresa, tendiente á descubrir vocaciones científicas entre los jóvenes juristas, trato de servir los fines meramente profesionales.

La más nutrida pléyade de estudiantes que aspiran á la abogacía ó á las carreras que de ella derivan, consagra sus estudios prácticos á resolver casos de Derecho Penal imaginados por el profesor, en los que el planteamiento origina arduas situaciones de no llana solución, ó en cuyo hecho va encerrado un difícil problema técnico. La cotidiana tarea de enseñar me ha aleccionado en este sentido. Sé muy bien que es imposible el estudio de la parte especial de los Códigos por el sistema memorista. Su aridez mata todo estímulo en la estudiantina. El sólo medio para que el alumno aprenda, sin esfuerzo ni desmayo, las variadas especies de delitos, es este método de resolución de casos, que practico en mi cátedra asiduamente.

Este sistema—que ha producido en Alemania una bibliografía típica, constituida por obras de «Casos de Derecho Romano», «Civil», «Penal», etc.—ha obtenido tanto suceso en las aulas hispánicas que ya comienzan mis compañeros á hacer uso de él.

#### V.—LA CULTURA JURÍDICA.

Aunque los estudiantes empiezan á apuntar certeramente la puntería de su arco, y los profesores mejoran sus métodos pedagógicos, no se puede negar que está todavía lejana la época en que podamos enorgullecernos de nuestra Universidad. El remedio de los males académicos no se halla en construcciones materiales de pergeño imponente, sino en descubrir la patogenia para atacar la causa. Si el estudiante no se interesa por las enseñanzas del Derecho, si se despega de nuestros viejos claustros y acude á *estudiar*—de algún modo hay que decirlo—en «academias» privadas ó con uno de esos que se titulan á sí mismos «profesores» particulares, si tiene desmedida urgencia en llegar á la meta de su carrera, es por LA FALTA DE AMBIENTE CIENTÍFICO, POR LA AUSENCIA DE CULTURA JURÍDICA de que adolece España.

Permitidme que acuda al arsenal de mi propia experiencia. Era yo entonces profesor auxiliar y explicaba la Cátedra de Derecho Penal, vacante á la sazón. Había aconsejado á mis alumnos el estudio de un Tratado, que gozaba de gran favor en Alemania, y que había sido traducido al castellano. Pues bien; el padre de un joven estudiante que quedó suspenso me escribía sin frenar su indignación, que «envenenábamos á los muchachos con teorías extranjeras, que el buen abogado sólo necesita conocer el Código Penal, y que con nuestros sistemas salían de las aulas ¡sin saber redactar una demanda!»

Mi sorpresa fué dolorosísima. Yo no puedo concebir la faena universitaria reducida á enseñar la composición de documentos procesales. La Universidad no tiene como tarea propia la de confeccionar demandas perfectas, desde el punto de vista de la seca literatura forense. Pero hoy no puedo menos de creer que aquel amantísimo padre acaso no estaba desprovisto de razones,

desde su peculiar punto de vista, enraizado en la concepción circulante.

Supongamos un maestro afanado en ayudar á sus discípulos á formarse seriamente en la ciencia del Derecho; imaginemos un atento y sagaz discípulo que pone lo más noble de su espíritu en el logro de este empeño. Juntos elaborarán el instrumento fino y selecto de la cultura jurídica que el muchacho esgrimirá después en las luchas profesionales del foro, ó en el trance duro de unas oposiciones. ¡Cuán grande luego el desencanto! Los programas de Judicatura, de Abogados del Estado, de Secretarios judiciales, etc., sólo reclamarán de su esfuerzo un alarde memorístico, en que habrán de barajarse leyes y decretos, frías exposiciones de textos, que no sería preciso retener á la letra, porque... para eso están escritos y publicados.

El desánimo será aún más profundo si el joven jurista se dedica á la tarea del foro. Si el neófito incide en la candidez de invocar ante un Tribunal la doctrina de un tratadista, la técnica moderna, el artículo de un reciente Código extranjero, ó un argumento cualquiera que no sea el artículo ó el párrafo del Código nacional y algún que otro fallo del Supremo, verá en aquellos jueces, que deberían oírles atentos, gestos mal reprimidos de contrariedad, ó escuchará el tintineo fugitivo de la campanilla, que fuerza al «letrado» á «ceñirse al asunto».

Ante estos hechos sin ventura, pienso que, ó se transforma el ambiente en que ha de actuar el abogado español, ó cometeremos los profesores de Derecho un pecado de grave inutilidad enseñando á los jóvenes, que los padres nos confían, cosa distinta que la de repetir los rígidos é inexpresivos artículos de un Código y la de redactar rutinarias demandas en inelegante estilo de Juzgado.

LUIS JIMENEZ DE ASUA

## LA ACTUALIDAD TEATRAL



ROSARIO PINO

Insigne actriz, que se ha presentado en el Teatro Calderón con el estreno de la comedia de Rafael López de Haro, «Entre desconocidos»  
(Fot. Calvache)

## ESCOLIOS

## Cómo han visto los pintores á María Guerrero



MARIA GUERRERO á los siete años, por J. Vallejo



MARIA GUERRERO á los diez años, por Emilio Sala

No es muy extensa la iconografía pictórica de María Guerrero.

Acaso no llegue á la docena el número de retratos pintados que añadir á la enorme colección de fotografías, caricaturas y apuntes ocasionales como ha motivado su legítima popularidad.

Cierto que en su casa, en esta residencia de señoril empaque formada sobre el Teatro de la Princesa, no dejan de hallarse testimonios elocuentes del arte de su tiempo, sobre todo de los últimos años del siglo XIX: cuadros, dibujos y bocetos firmados por artistas de diferente categoría; pero no abundan, según ya he dicho, los retratos de la gran actriz.

El caso no es insólito por los antecedentes, ya que tampoco fuera de España se pueda acudir á la obra de pintores y escultores para hallar donde escoger y cotejar incorporaciones plásticas de comediantes famosos.

Y si bien la fotografía suple en cierto modo la necesidad del dato documental para el día de mañana, cuando la voz del comediante enmudeció para siempre y se inmovilizaron sus ademanes, y sea tan difícil comprenderle cómo era á través de los comentarios escritos de sus coetáneos, no es posible encontrar aquella otra vida más personal, más profunda, unida á la fuerza expresiva del color que el retrato pictórico transmite y que el fotográfico no alcanza.

Y, sin embargo, no puede haber modelo más tentador para la fantasía del pintor, para su pe-

renne ansiedad de ejemplos cromáticos, que la figura de una gran actriz como fué María Guerrero.

Todo en ella diríase que merecía atraer las miradas y el arte de los pintores: la gallardía y arrogancia de las actitudes, la belleza altiva y sensual del rostro moreno con sus rasgos finamente acusados, la costumbre de posar rítmica ante las muchedumbres, el amor á los atavíos de otras épocas, su acendrado españolismo...

¡Qué infinita suma de sugerencias diferentes, de tipos antagónicos, de indumentaria tan proteica! Desde el gran lienzo histórico á la escena popular; desde la gran señora á la rústica.

Y la misma diversidad de tipos ofrecía también para la expresión de los sentimientos y de las pasiones. Su rostro y el alma transmitida y esparcida con tal ímpetu á las actitudes del cuerpo y los ademanes de sus miembros sabían expresar con una realidad suprema el dolor, la alegría, el orgullo, la voluptuosidad, la cólera, la placidez. Era en la plural capacidad emotiva que sabía transmitir por el gesto y la voz, en la amplia capacidad—donde instinto, temperamento, cultura y experiencia—interpretativa que poseía, el mejor ejemplo de feminidad múltiple que pudiera hacer famoso á un artista y otorgarle esa misteriosa colaboración anímica no siempre conseguida por el pintor y su modelo.

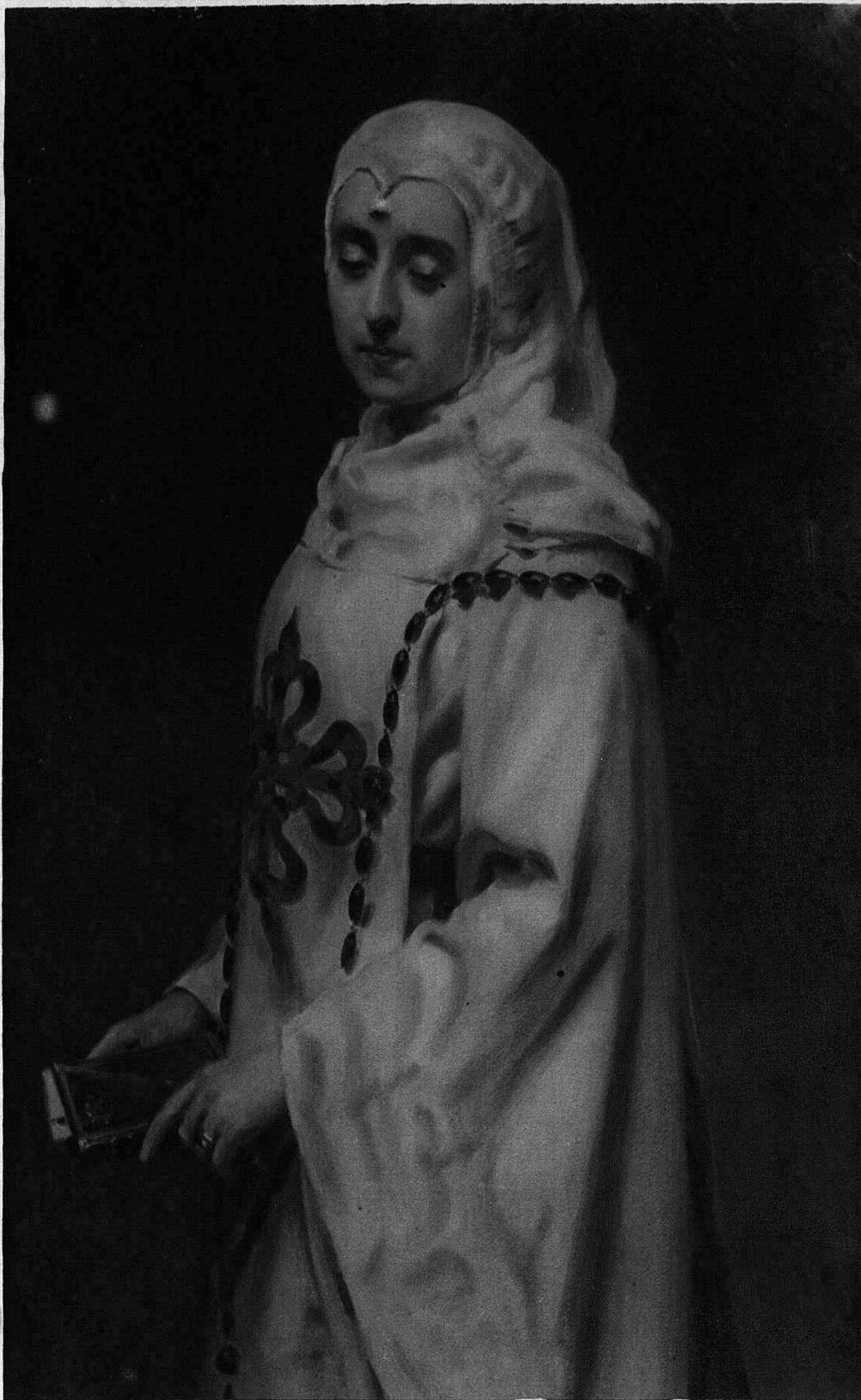
¿Cómo, pues, explicar el exiguo número de retratos pictóricos que ha dejado tras de sí María Guerrero?

Habrà de pensarse en su caso concreto—repetición, ya he dicho, de tantos otros de comediantes españoles ó extranjeros—en la existencia esclavizada de su arte que lleva el actor y en cómo sus horas «están cambiadas» con la del pintor. La luz natural alumbraba la tarea de arte; bajo la luz artificial se desenvuelve la de aquél. Encerrado el uno en su estudio ó vagante por los espectáculos naturales al aire libre, el pintor se olvida del cómico que duerme toda la mañana y que á primera hora de la tarde ha de entrar en el escenario, abierto para el ensayo, y ya no saldrá del teatro hasta la madrugada.

Pero aun esto mismo, incluso el interior de los teatros, los contrastes de claroscuro ó las deslumbradoras fantasías escenográficas pudieran y debieran tentar no solamente al pintor que la compone, especializado, sino al que busca expresar su época y sus contemporáneos con la más atractiva belleza cromática.

•••••

No obstante, esta exigua colección de retratos de María Guerrero resume casualmente su evolución física. Puede seguirse viéndoles en orden cronológico: la formación de la mujer extraordinaria que durante cuarenta años asumió la primacía de la escena española, y que ahora, al desaparecer, deja un silencio cóncavo y una obscuridad profunda donde se tardará mucho en oír otra voz y percibir otra silueta con la máxi-



**MARIA GUERRERO en «Don Juan Tenorio», por Raimundo de Madrazo**

ma autoridad intelectual y estética que significaban las de ella.

Nos la muestra el lienzo de Vallejo con aquel gracioso y un poco enfático atavío que á los niños de 1870 á 1875 imponía la moda. En los maestros—Rosales, Madrazo—hallamos también estas figurillas infantiles vestidas de rasos demasiado brillantes, seriecitos é inmóviles ante el retratista y de espaldas á un fondo de jardín convencional. Ya de la María Guerrero futu-

ra se descubren aquí la frente ancha, despejada, la penetrante mirada de las niñas negrísimas, la nariz voluntariosa que traza una línea vertical sobre la recta horizontalidad de la boca. Y esto salva al retrato de su vulgaridad sometida á las normas de entonces.

En cambio, ¡qué íntima potencia anímica, qué ahincado hechizo psicológico tiene este otro retrato de Emilio Sala pintado en 1878!

Acaso como obra de arte en sí, como magnífica

muestra del temperamento y el estilo de un gran pintor, este lienzo es el mejor de todos los que han reflejado cuerpo y alma de María Guerrero.

Ni el de Sorolla, de que luego se hablará, le supera. Es una joya pictórica digna de un Museo, no sólo de ese Museo del Teatro que prepara Luis París, sino de la Pinacoteca de Arte Moderno, donde ninguna mejor obra de Emilio Sala podría representar al gran pintor casi desconocido y con notoria injusticia olvidado.





MARIA GUERRERO en «La dama boba», por Joaquín Sorolla

Es un prodigio de sobriedad, de maestría técnica, de color, de actitud, de carácter, de sentimiento. Una de esas obras que no se olvidan jamás.

Y en cuanto al valor iconográfico, es la revelación de la muchacha destinada á conmovier muchos muchedumbres por la magia de su arte.

Aún ignorando quién fuese la niña retratada, siempre se adivinaría en ella un alto destino espiritual: la poetisa, la pintora, la actriz, la cantante, la fundadora de órdenes monásticas, ¡quién sabe!

No hay, ciertamente, en esta obra maestra pictórica la menor duda sobre la calidad anímica del modelo.

También de Emilio Sala este otro retrato de la actriz, ya propiamente tal. De la Mariquita Guerrero de los comienzos, cuando trabajaba en el Teatro de la Comedia bajo la dirección de Emilio Mario. Tiene dieciocho, veinte, veintidós años...

El artista ha elegido, para representarla, atavío y actitud de andaluza—de la andaluza de los primeros sainetes de los Quintero y de las sevillanas de García Ramos—, y la sitúa en un jardín cuyo fondo pinta Gomar.

También aquí, en este retrato ochocentista, encontramos la delicadeza y finura del gran creador de figuras femeninas. Y en cuanto á valor psicológico, por lo que se refiere á su significa-

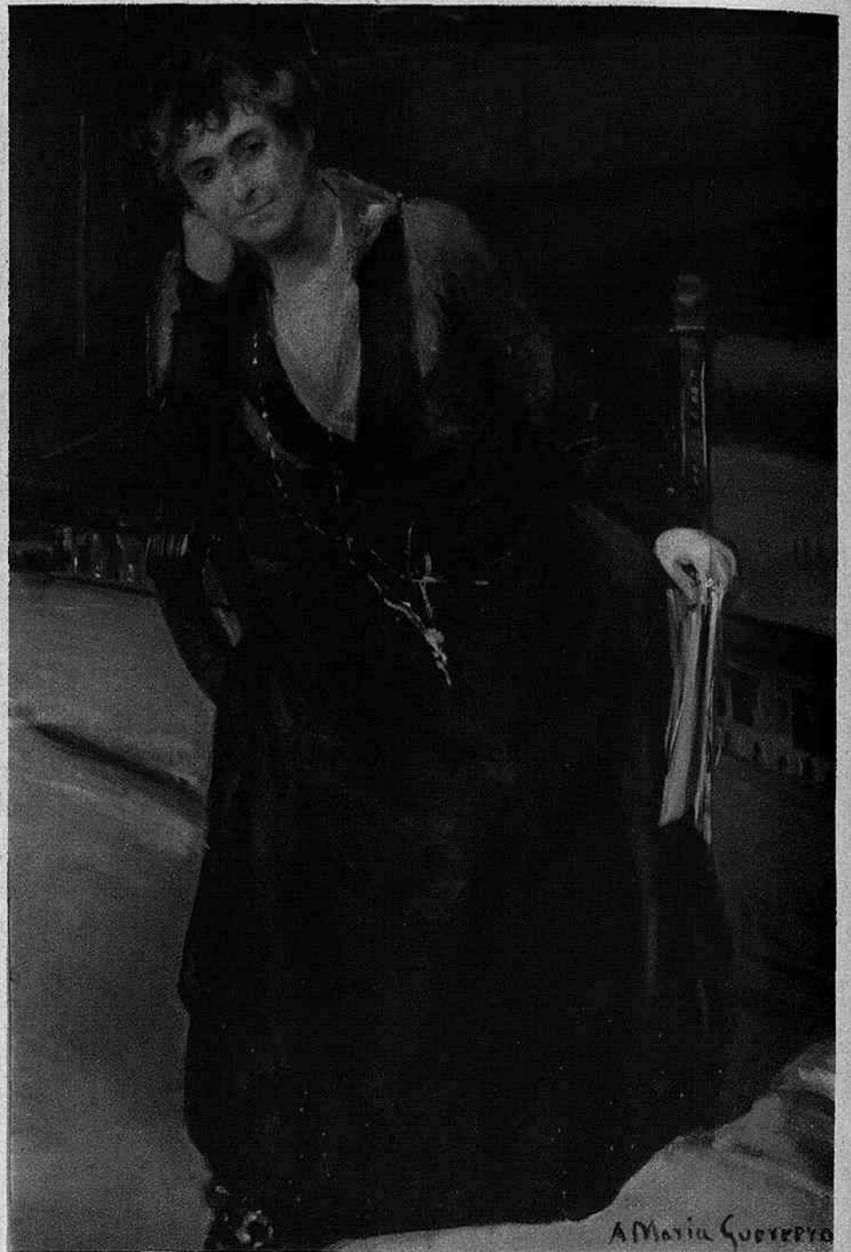
ción documental de época, encontramos en él la actriz de comedias, donde todavía no despertó la gran trágica que sería después.

Sigue el retrato firmado por Raimundo de Madrazo en 1891. María Guerrero es el *Doña Inés de Ulloa*, «la cándida paloma», y se explica fuese el almibarado Raimundo de Madrazo—que esforzándose en soportar lo menos ridículamente posible la pesadumbre gloriosa del admirable don Federico—quien encontrase necesario elegir la protagonista del *Tenorio* como intérprete espiritual y físico de su intérprete escénica.

Quince años después, en 1906, Joaquín Sorolla retrata á la insigne actriz vistiendo el traje de *La dama boba*.



MARIA GUERRERO, por Emilio Sala



MARIA GUERRERO, por Ricardo Baroja

Inevitablemente—este fué el propósito del autor—se piensa en una reminiscencia velazqueña. Eso está al alcance de la más rudimentaria curiosidad artística como juicio; pero no es asequible con fortuna á todos los pintores como resultado.

Me apresuro á decir que Sorolla supo salir con feliz logro del empeño audaz. Este retrato que representa á María Guerrero en plena madurez, cerca de la cenital nombradía, y en cuyo fondo, en segundo término—como la suerte y su noble discreción le situó siempre á ese excelente actor que es Fernando Díaz de Mendoza—, está el esposo y el colaborador insuperable. (Porque hora es de decirlo: Mucho fué María Guerrero y mucho significa su arte en la evolución del Teatro español en los treinta ó cuarenta años últimos; pero hay que reconocer cómo ha contribuido á destacarla y á servirla el tacto y la inteligencia y la sensibilidad de Díaz de Mendoza.)

He aquí, pues, el retrato que *debe quedar* en el Museo del Teatro, de María Guerrero. El que la define como actriz; el que la señala con rasgos de extraordinario parecido fisonómico su rostro del gran período escénico; el que la muestra además simbólicamente en su amor á los clásicos. Es como una nueva princesa velazqueña, destinada ya á ocupar inmediatamente el trono del Teatro español.

Pasan diez años, y otro pintor, D. Ricardo Baroja, nos la muestra

MARIA GUERRERO, por Anselmo Miguel Nieto  
(Reproducciones fotográficas de Cortés)

como directora de escena durante un ensayo. Al fondo, en penumbra, la sala vacía y muda. ¿Qué mira con esta sonrisa tranquila y afable María Guerrero? ¿Quién está declamando ante ella? Acaso el hijo en una de esas obras que la madre elegía para quedar ella en segundo término. La actriz tiene entonces cuarenta y nueve, cincuenta años. Todavía—un todavía largo y próspero—pudiera seguir siendo la protagonista de las obras escritas para ella, la mujer que inspira amor y celos y apasiona á los hombres y, sin embargo, se relega á segundo término, exige á los autores papeles de madre, de «renunciadora», de «abdicante», para sonreír así, absorta y esperanzada, al porvenir filial...

Otros ocho años transcurren, y surge el último retrato. Es de Anselmo Miguel Nieto. Obstinada en no disimular una decadencia física que en nada atañe á la maravillosa lozanía de su espíritu, á la perdurable plenitud de su talento, María Guerrero tiene aquí los cabellos blancos sobre sus ojos negros incomparables, sobre su nariz enérgicamente vertical, sobre el rictus rígido de sus labios. El rostro está como empapado de luz. Una gran serenidad y una bellísima señoría recogen y devuelven esa luz que ilumina su senectud gloriosa, destinada á extinguirse pronto sin que nadie—solo ella—pudiera presentirlo...

JOSE FRANCES



## O R I E N T E - O C C I D E N T E

**E**N estas prendas íntimas del tocado de la mujer, estas prendas mañaneras, deliciosamente ambiguas, hay, traducido al terreno de la frivolidad, algo de ese gran reflejo que Oriente viene ejerciendo sobre Occidente cada día de modo más vivo.

Durante mucho tiempo, la primacía en el ritmo del mundo la ha mantenido nuestro Occidente. Ahora, sin embargo, sutilmente, lentamente, lo oriental va infiltrando en nosotros su veneno antiguo y remoto. Ropas, bebidas, inquietudes va sembrando aquel espíritu distante en nuestro espíritu gastado.

Europa, durante tanto tiempo aislada en sí misma, atenta sólo á sus placeres, á sus costumbres, á sus indumentarias, ha ido poco á poco dejando penetrar en su vida algo de la lejana vida de Oriente. Y en los detalles más leves, en los detalles más frívolos, se refleja, indudable y vivo, ese gran influjo de un mundo sobre otro.

Ved, por ejemplo, un tocador femenino; en él es frecuente la decoración china, extraña y policroma. En él ó en otra estancia de la casa contemplaremos también la extática solemnidad de un ídolo oriental, de uno de esos budhas panzudos y enigmáticos que derraman sobre la casa su fría sonrisa impasible.

Tienen las mujeres, con sus tocados matinales—esos kimonos de colorines, de exóticas flores gigantes—, una deliciosa apariencia de gheisas. En todos estos detalles frívolos de la vida de Occidente está reflejado aquel veneno de Oriente. Busca caminos frívolos, convencido de que ese es el mejor camino para llegar al viejo y gastado corazón de Occidente.

(Dibujo de Penagos)



Vista del puerto de Cantón, uno de los emporios comerciales de China

DE LA VIDA ECONOMICA  
DE CHINA

## LO QUE REPRESENTA EL COMERCIO EUROPEO

PARA tener una idea de lo que la guerra civil de China—contienda interminable y caótica, prolongada y favorecida por el comunismo ruso—perjudica al comercio extranjero, sin contar, es claro, los inmensos e irreparables daños que ella inflige á la vida económica propia del país, parece interesante recordar algo de lo que ha sido y representado á través de cuatro siglos, en esa vida económica local, el comercio europeo.

El Celeste Imperio inaugura sus relaciones mercantiles con los países europeos en la décimasexta centuria. Son las exploraciones y conquistas de los portugueses las que señalan el comienzo de esa actividad que tan incalculable masa de riquezas ha puesto en circulación, sobre todo desde que los progresos de la industria de transportes hicieron posible intensificar el

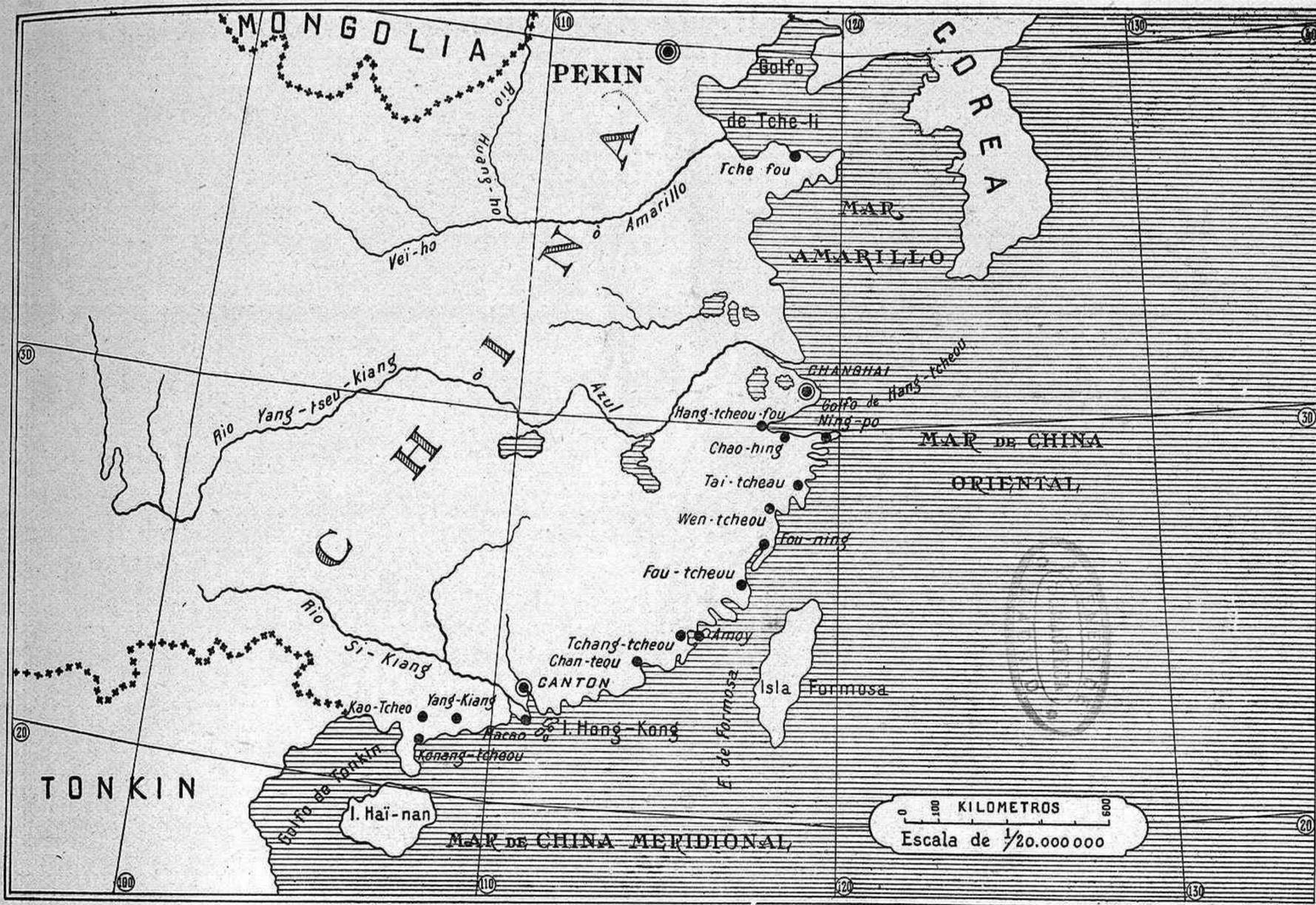
cambio de productos entre el Occidente y el viejo y gigantesco *Reino del Medio*. Hasta el referido siglo xvi, la corriente comercial china había de pasar forzosamente por Singapore ó Malaca, puntos donde se efectuaba el transbordo, reembarcándose las mercaderías en veleros árabes para la India, Persia y demás lugares de destino.

La primera autorización concedida por el Gobierno chino á un europeo para ejercer el comercio, la obtuvo, en 1567, el portugués Fernando Pérez de Andrade, al que otorgó carta de excepción el virrey cantonés; pero la factoría de Cantón quedó destruída á los pocos años, rehaciéndose en Kuang-tung, donde duró más de medio siglo. También datan de principios del xvi los puestos comerciales que establecieron los portugueses en Chian-chu-fu, al norte de

Amoy, Fuchú y Ning-pó. El importantísimo emporio comercial portugués de Macao, que aún conserva en el Kuang-tung, nació en 1557, pagando crecido tributo, hasta el año 1840, en que Portugal declaró la independencia del puerto.

Corresponde á España el segundo puesto en el orden de antigüedad de las relaciones comerciales con China, puesto que fueron mercaderes españoles los que siguieron inmediatamente á los portugueses en el intercambio de productos, para el que se valían principalmente del puerto de Manila, adoptado como base. Este comercio quedó, al través de los años, monopolizado por los chinos.

Fuera largo y enojoso puntualizar todas las vicisitudes por que atravesó el comercio chino-europeo durante los siglos xviii y mitad del in-



Puertos y lugares de China abiertos al comercio europeo por virtud de tratados internacionales, y en los que principalmente ha trabajado la propaganda comunista

mediato, comercio que estaba principalmente representado hasta entonces por la seda, el té y los géneros de algodón, exportados por China, y el algodón en rama, el opio y los géneros de lana que importaban en grandes cantidades los ingleses.

Hecho de importancia capital en la historia de estas relaciones comerciales fué la llamada guerra del opio (1840), suscitada precisamente por causa de esta droga entre Inglaterra y el Celeste Imperio, cuyo Gobierno hallaba excesiva la importación y sobre todo que el monopolio se hallase en manos de extranjeros. Esta contienda, llevada victoriosamente por Inglaterra, la hizo dueña de Cantón, y poco después de Amoy, Ning-pó, Tíng-hai, Chapú, Changhai y Chin-Kiang-fú, corriendo también grave peli-

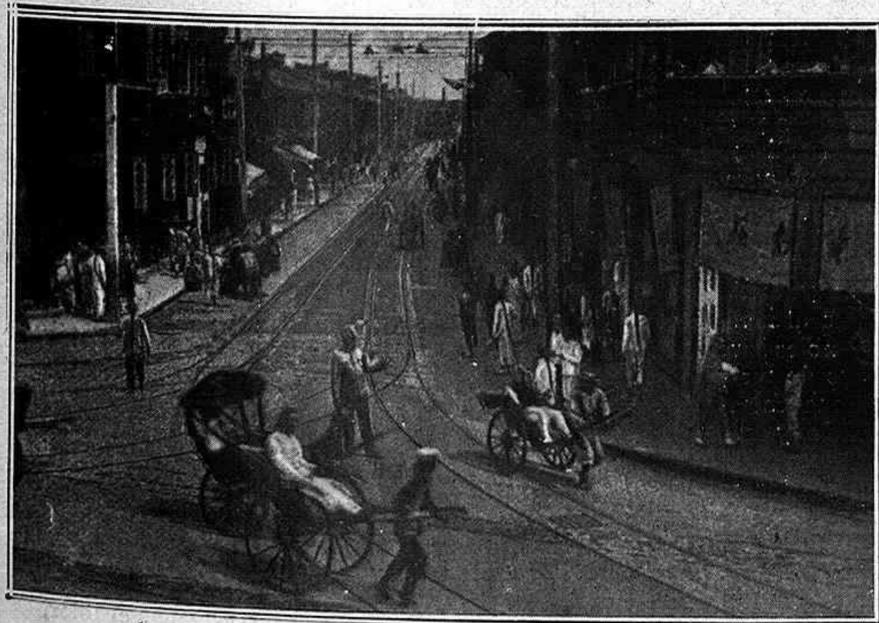
gro de caer en su poder Nankin, cuando China hubo de pedir la paz en 1842, paz firmada en el mismo año con la condición de que se abrieran los puertos de Amoy, Fuchú, Changhai y Ning-pó. Desde entonces, y en virtud de Tratados especiales con la misma Gran Bretaña, con otras naciones europeas y con el Japón, fueron abiertos al comercio numerosos puertos del Imperio (algunos de los principales aparecen en el adjunto mapa), siendo otros muchos, también en virtud de Tratados internacionales, declarados libres para el tráfico de todos los países en la Manchuria, Sinkiang, Changtun, Kiansu, Kuangtun, el Tibet, río Yang-tse y río del Oeste.

Numerosas como son las conquistas realizadas por el comercio de Occidente en el misterioso y hermético ex-Imperio, y continua la acción

de los *pioneers* de la civilización europea en el país amarillo, los jalones, que en el vasto país asiático han ido colocando el genio y las iniciativas comerciales del hombre blanco, son bien escasos, cual se infiere comparando el número de ellos con la extensión del territorio.

Por doloroso contraste, esos jalones costeros de la civilización europea en China han sido también, porque su organización económica, tan distinta de la de los campos, favorece la propaganda de las ideas comunistas, focos de revuelta y de anarquía (especialmente en Changhai y Cantón) bajo el influjo del comunismo moscovita, que, por fortuna para China y para el mundo, parece ir perdiendo fuerza en el mundo amarillo.

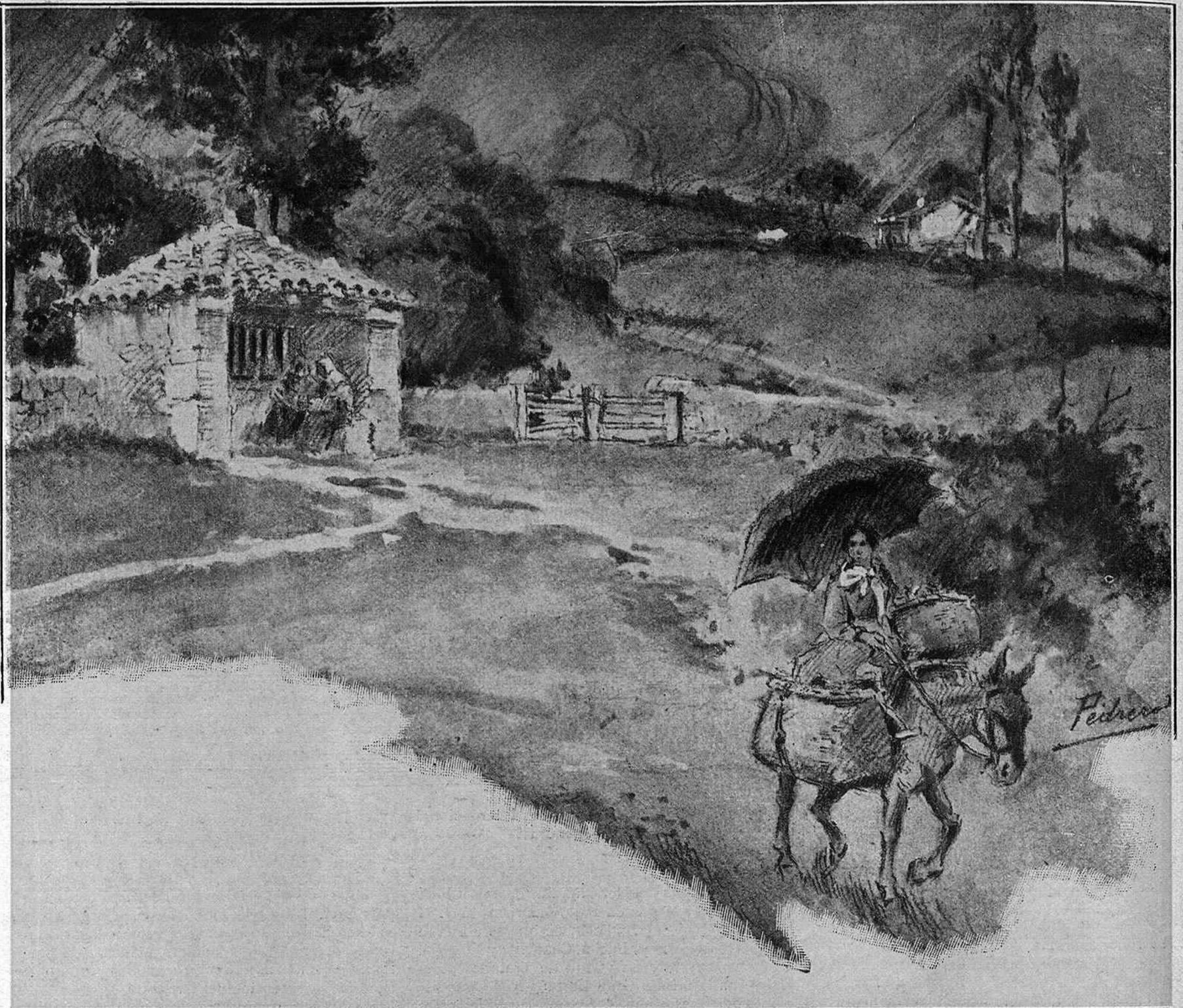
D. R.



Una calle del barrio comercial chino en Changhai



Calle del barrio comercial de Cantón, después de las revueltas comunistas del mes de Diciembre



## PAISAJES DEL NORTE

# LOS «SANTUCOS»

**T**IENE la «Montaña» una nota de misticismo y de reciedumbre, de majeza y de piedad, de despecho y de esperanza, que no recuerdo haber visto, idéntica, en ninguna región de España.

Tal es lo que allí, con frase muy gráfica, muy montañesa, llaman «Santucos».

Son éstos á manera de capillitas muy rudas, excesivamente primitivas, de piedra y barro, en el fondo de las cuales hay dibujado, y otras veces en relieve, algún Cristo expirante y mortificado.

En los laterales del «Santuco»—como en las cuevas de las épocas geológicas—el arte popular ha grabado multitud de inscripciones, amorosas unas, devotas otras, románticas las más, que encierran en su fondo, siempre sentimental, un poema de amor, una tragedia de familia, una desgracia popular.

Otras veces, el pincel del pueblo—siempre chispeante y satírico—ha murado graciosas y atrevidas figuras que dicen con más vigor, con más viva plasticidad, la escena, el hecho que se ha querido immortalizar.

Un día de lluvia montañesa, caladora y fina,

los «Santucos» ofrecen al viandante un cuadro de pintoresco abigarramiento.

Bajo su techado se cobijan la mozuela de mejillas como las manzanas y el zagal de boina encajada y almadreñas chapoteantes; la reca-dista que dice versos desarrapados y el carretero que ondula la copleja melancólica; la vieja que lleva en su canasta vituallas para yantar y el campero que empuña la guadaña segadora.

También se encuentra muchas veces, al lado de la chiquillería mal vestida y bullidora, al montañés de raza con bigotes altivos, frente fruncida y mirar indolente; y no es raro observar entre pescadores y gentes de mar, escuálida y reseca, al clérigo bienaventurado de cara redonda, vientre abultado y zancas de alambre.

He observado muchas veces estas capillitas cobijadoras.

He penetrado dentro de ellas, y siempre encontré algo que hería el corazón, que hacía vibrar el alma: una esperanza perdida ó una esperanza que prometía horizontes de azul...

Un día sin sol, de tonos grises, paseaba por en-

tre los prados que constituyen el feudo de uno de los pueblitos más coquetones que tiene la Montaña.

Eran las inmediaciones de Ruiloba.

La carretera que enlaza á Comillas con Santander deja á este pueblito, añorador y aristócrata, como á un kilómetro de su serpenteo blanquecino.

Para llegar á él se abren, sobre el tapiz esmeralda de sus prados, misteriosos senderos culebreantes y un camino de polvo rojo flanqueado casi siempre por maizales.

Como al recodo del camino, y casi á la sombra de un pinar que se levanta un poco más lejos, hay un «Santuco» de venerable tradición.

Lo dicen las inscripciones allí grabadas, las pinturas esculpidas, el Cristo mortificado y expirante que abre sus brazos desencajados en el muro central; lo dicen las gentes del pueblo, que sólo penetran en él en casos parecidos al que dió tema á la leyenda.

Por eso, al ver hoy dentro de él á una mujer esbelta, pálida, de perfil cincelado, pero con el ademán triste y lacerante de la estatua del dolor, con un pequeñín, como de leche y azucenas, de

*Pedraza*

la mano, no he podido refrenar mi curiosidad y mi afán por lo misterioso; y sin parar mientes en lo que hacía, enderecé mis pasos hacia el «Santuco».

La alfombra de matiz verde claro que perpetuamente endominga el suelo montañés, prohibió que mis pasos dejaran escapar su eco vacío y que, por tanto, la mujer pálida sintiera mi acercamiento.

Cuando ya estaba como á dos pasos, oí que recitaba, que decía con el alma esta estrofa:

«Tu dolor, Señor, me alienta  
en la bárbara agonía de mi tético dolor.  
¡Tú sufriste por mi amor la más horrible y  
[dura afrenta;  
mi vergüenza y desamparo yo las sufro por  
[tu amor!»

La estrofa sagrada, dicha con tanta unción, con una pena y amor tan hondos, hizome retroceder y refrenar mi curiosidad.

No; no debía violar aquella expansión de amargura y de aliento, de resignación y de protesta, de amores muertos y de un amor que revivía...

Porque aquella mujer volcaba su alma, como un ánfora rota, por el cauce doloroso de aquellos versos.

Aquella mujer había amado locamente, y el ave de su amor, lanzando un vuelo por la llanura de plata bruñida del Cantábrico, la había abandonado.

Aquella mujer dejó su tierra—su espléndida tierra andaluza—para seguir á un hombre del Norte, frío, veleidoso, indolente, que mientras sintió en su alma el fuego y la lujuria del paisaje malagueño, la había amado con ímpetus, con violencias, con fatigas, como aman los varones de Andalucía; pero que al llegar á la Montaña con el fruto de sus trabajos y el patrimonio de su mujer, al sentir de nuevo sobre su carne la lluvia caladora, pertinaz, tediosa, que continuamente chorrea el cielo de Cantabria; al respirar el ambiente cargado de tristezas de su pueblecito, al ver su monotonía, su escaso movimiento, su alma se había enfriado, sus ímpetus se habían extinguido, su amor había fracasado.

Ya no le interesaba ni la mujer de ojos profundos, carne florida y alma de ruiseñor, ni el chiquitín de melena rubia, ojillos pillines y lengüita dicharachera del más exquisito sabor andaluz.

Una venda fatal había ocultado á sus ojos la serenidad y belleza de un hogar donde hay mucho pan que yantar, mucho amor que sentir y un hijo precioso por quien mirar.

Un horizonte de intensos colores cárdenos, de lujuriosas floraciones vivas, había venido á suplantarse aquellos amores serenos de familia.

Cuando él contaba veinte años, antes de conquistar en Málaga aquella fortuna que poseía y aquella mujer—que era una fortuna inmensamente más valiosa—había trabajado en América, y allí había gustado una vida rota, sin diques, de la más cruda inmoralidad.

Pero aquellos días de placeres mercados fueron breves; manejaba poco dinero, y aquel vivir, para refinarlo más, para darle estabilidad, para sacarle todo el jugo, requería una fortuna.

Y ahora que la tuvo, allá se lanzó, dejando á su mujer y á su chiquitín en el más desolador de los abandonos...

Por eso decía ella en la estrofa sagrada: «Mi vergüenza y desamparo...»

¡Su vergüenza! Sí. ¡Y qué terrible y qué lacerante y qué irremediable!

En el pueblo era aún casi desconocida; en su casa la maldijeron cuando se decidió á seguir al hombre del Norte, del que ya se ha-

taumaturgo, á una hora en que apenas podía ser vista por nadie?

¿Por qué se recataba de cualquiera mirada imprudente que pretendiera seguirla?

Con el aguijón de estas preguntas, mi curiosidad empezó á espolearse de nuevo.

Y pensando que alguien pudiera saciar mi afán de penetrar en el misterio de la mujer pálida, me encaminé hacia el pueblecito.

La tarde, ya plenamente desmayada, iba rodeando de sortilegio mi curiosa aventura.

El sendero acentuaba su quietud. El camino—aun sin un estímulo como el que á mí me llevaba—era de por sí delicioso. Lo hubiera recorrido casi sin sentir si algo no me obligara á hacer alto de repente. Era un hombre que con el acento montañés de la mejor estipe dióme las buenas tardes.

Pasaba de los setenta años. Pero su fibra debió ser más dura y robusta que la de las cajigas.

Hoy, á pesar de su edad, conservaba mucho de aquella dureza y reciedumbre.

Pronto encendimos un diálogo confidencial. Mi curiosidad se alborotaba por momentos..., y ya no tuve paciencia para encubrirelle el objeto que me había puesto en aquel camino.

El hombre de fibra de roble me miró unos instantes. Después dijo con solemnidad:

—Yo he sido quien ha llevado á esa mujer al «Santuco del Infortunio». A esperarla vengo.

¿Le extraña? Escúcheme. Hace veinticinco años, otra mujer tan hermosa y tan digna de ser amada como esa que usted ha visto, quedóse cruelmente abandonada del hombre que la hirió el corazón. A nadie comunicó su tragedia.

Todo el mundo creía—así lo decía ella—que su marido había partido á la Argentina á recoger unos intereses que dejara en la ciudad del Plata, en la que estuvo de jovenzuelo.

Sólo el Cristo mortificado y expirante que está en el «Santuco» sabía su desconsuelo. Allí iba todos los días, y rezaba y lloraba y pedía la vuelta de su traidor.

Allí vió que un día el Cristo quería mostrársele benigno. Allí, finalmente, supo—dicen que milagrosamente—la arribada del bajel de su amor.

Ese bajel—ya roto y maltrecho—soy yo. Ella—su recuerdo no ha dejado un momento de iluminarme—sobrevivió poco tiempo á tan gozosa efeméride.

Ahora comprenderá usted por qué he llevado al «Santuco del Infortunio» á esta mujer abandonada.

—¿Y la estrofa sagrada?—me atreví á preguntar al hombre de fibra de roble, después de aquella confesión sincera.

—La estrofa sagrada—dijo—la grabó en el «Santuco» la primera mujer abandonada. Hoy la repite otra con la misma fe, con la misma esperanza, con idéntico amor; con ese amor que es todo caridad para con el enemigo, para con el traidor, para con el infiel...

Y al decir infiel bajó mucho la voz para que la brisa no jugara con esta palabra en los oídos de la mujer pálida que se acercaba...

JOSÉ VICENTE PEREZ DE VALERO

(Dibujos de Pedrero)



bían descubierto algunas páginas no tan limpias.

¡Qué vergüenza cuando sus padres, cuando sus hermanos, cuando sus amigas supieran esta decepción!...

¡Su abandono! Sí. ¡Y qué desconcertante y qué cobarde y qué injurioso!...

¿Quién la iba á amparar? ¿Quién iba á administrar sus bienes? ¿Quién á ponerla á salvo de que cualquier otro hombre la codiciara al verla tan hermosa?

Yo encontré á la mujer pálida en el «Santuco».

¿Pero quién la había llevado allí?

¿Por qué visitaba el lugar embrujado, casi

# B O U L E V A R D



Grupos de parisenses ante una empalizada, donde se ven carteles de diversos partidos



Modelos de carteles contra la ineficacia del fisco

## LA COMEDIA POLÍTICA

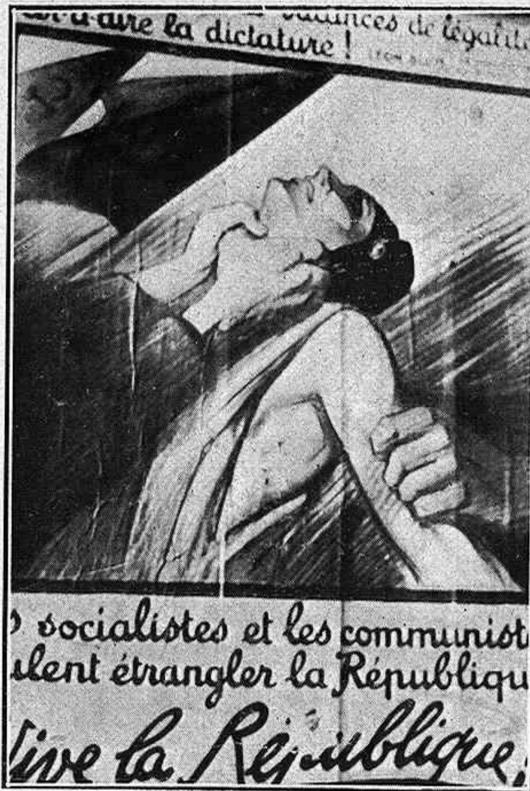
EN los últimos días del mes de Abril próximo van a elegir los franceses sus nuevos representantes parlamentarios. Quiere decirse que la campaña electoral ha dado principio. Las elecciones próximas es de suponer que tengan una rotunda importancia para la nación. En ellas van a agitarse las cuatro preocupaciones nacionales: El peligro comunista. La dictadura. El espinoso problema de Alsacia. El destino de los territorios aún en poder de las tropas de ocupación.

En torno a estas cuatro preocupaciones giran otras de menos trascendencia. Esto quiere decir que la elección, por sus apasionamientos desencadenados, puede constituir un peligro. Los franceses no ignoran esta verdad. Y, no obstante, sonríen.

Las sonrisas de los franceses cubren las grandes empalizadas que ya han hecho su aparición en todos los barrios. Estas empalizadas tienen el destino de suplementar los muros y las esquinas, insuficientes para recibir las enormes cantidades de papel impreso con que cada hora sorprenden a sus electores quienes aspiran a ser elegidos. La propaganda electoral, pues, se ha americanizado en París. Pero, no obstante, se conserva en ella toda la gracia del espíritu francés. Es decir, que las americanizaciones son cosa exterior ó formal. Es lastimoso que no se pueda decir lo mismo en otras circunstancias más frecuentes.

## LA NUEVA EXPOSICIÓN DE CARTELES

El arte del cartel lo invade todo. Y en París hay grandes cartelistas que desconocen el aspecto político de esta palabra. Estos cartelistas son los encargados por los aspirantes a representar al pueblo de hacer las propagandas por el dibujo y aun por el color. Para los cartelistas es para quienes el período electoral es terminantemente beneficioso. Las vallas electorales se transforman en verdaderas exposiciones de carteles que sirven para dar una impresión torcida del interés público. En una elección de diputados, lo que París elige, en realidad, es un dibujante. A la gente que se para ante los grandes témpanos de madera le importa tan poco monsieur Dupont, candidato de la Acción Francesa, como monsieur Durant, socialista-republicano. Lo que le importa son sus carteles. La política del car-



Cartel anticomunista y antisocialista



LOS DERECHOS DE LA MUJER

Totó. —Pues anda: ¡qué será cuando sea electoral!  
(Caricatura de Kapy)

tel», que hizo a monsieur Gaston Doumergue, Presidente de la República, es menos importante para el espíritu de París que esta otra «política de los carteles» en la que puede producirse un cartelista desconocido. Y nótese que en esta ocasión la palabra «cartelista» no tiene nada que ver con las izquierdas, y retrocede a su interpretación más pura y más agradable. En todo caso, el voto de París es quien le puede consagrar en el transcurso de estas insospechadas y puras exposiciones callejeras como la de los artistas pobres de la República de Montmartre. Realmente, este es un modo de purificar y aun de ennoblecer el sufragio.

## EL ELECTOR DESCONOCIDO

Mientras duran los preparativos de las elecciones puede Francia dormir tranquila. Las inquietudes comenzarán luego. Se percibe la impresión de hallarse en los días que preceden a una declaración de guerra. ¿Qué pasará cuando se desencadene?... He aquí la pregunta que asimismo se percibe, sin que nadie sea osado a formularla. Después de todo, esta impresión y esta pregunta surgen en cada época electoral, sin consecuencias posteriores. Pero el mundo se agría y se hace torvo, y acaso la impresión y la pregunta tengan ahora más importancia y más riesgos que antes.

De todas maneras, debemos de prevenir un acomodo y de entregarnos al descubrimiento del elector desconocido, que es una alegoría de interés fundamental en cada país. El elector desconocido lo significa todo. Lo representa todo. Lo vincula todo. Glorias y responsabilidades. La guerra y la paz. El mal y el bien. Es más difícil de descubrir y de determinar que hubo de serlo el simbólico soldado de Verdún.

Ved cómo a virtud de la perfecta ordenación de las cosas, el hombre que no hace sino elegir, no puede, a su vez, ser elegido. Esto es injusto. Si el soldado desconocido tiene un lugar bajo el Arco de Triunfo, es asimismo indispensable que el elector desconocido lo tenga en la Cámara de los Diputados. En resolución: para la gloria de la República y para el cumplimiento de su historia futura, tanto vale un héroe como un elector. He aquí «la verdad desconocida» que asimismo nos cumple descubrir.

CEFERINO R. AVECILLA

## TIEMPOS VIEJOS

## LOS PRIMEROS AÑOS DE CÁNOVAS

Todo cuanto pueda referirse al ilustre estadista, que es gloria de España, tiene verdadero interés en estos días en que se conmemora el centenario de su nacimiento.

No siempre se hace justicia á los hombres de verdadero mérito; el renombre de muchos de ellos se acaba al acabarse su vida, ó la ingratitude, y en algunas ocasiones la envidia, procuran recuerdos que deben ser eternos en la memoria de todos.

Por fortuna, en D. Antonio Cánovas del Castillo se estimó su vida como valor positivo, y después de su muerte no ha sido envuelto en las traidoras sombras del olvido.

Libros, folletos y artículos, nos han detallado su vida; pero en ellos se han dado escasa importancia á su infancia y á su juventud. Su biografía parecen arrancar del año 1854, cuando escribió con valiente pluma el programa famoso de Manzanares, emprendiendo su calvario político, que si satisfacciones halló en su camino, no dejó de sentir espinas.

En el año 1810, ocupaba en Málaga puesto de Mayor de la Plaza un veterano del ejército, quien acaso al ser destinado á la expresada ciudad, se dejó cautivar de los encantos de las mujeres malagueñas, contrayendo matrimonio con una de ellas, llamada D.<sup>a</sup> Joaquina Estévez, perteneciente á hidalga familia, muy querida en la población.

Llamábase ese militar D. José del Castillo, y desde que nuestra Península fué invadida por el ejército del gran Napoleón I, demostró su patriotismo ofreciendo su vida por la independencia de su patria.

Unido al Capuchino Fray Fernando Berrocal, al Canónigo Sr. Jiménez de Enciso, al coronel Vicente Abelló, los hermanos San Millán y á otros patriotas, fué de los que alentaron al pueblo malagueño para que no se rindiese ante la superioridad del ejército enemigo, y, predicando con el ejemplo, salió á detener á las tropas de Sebastiani, que marchaban sobre Málaga.

Grande era la hazaña, pues era imposible vencer. ¿Qué representaban aquellos grupos mal armados de decididos patriotas ante unas divisiones organizadas, que habían ondeado su estandarte victorioso por toda Europa?

Iban á sacrificar sus vidas, sin otra esperanza, pero entendían que su deber y sus juramentos les obligaban á ello.

El 5 de Febrero de 1810, D. José del Castillo se portó como héroe y se consumó el sacrificio de aquella existencia ofrecida á la patria.

Castillo dejó una hija, llamada Juana, mujer de tantos atractivos como virtud y energía.

Esta se puso en amores con un inteligente profesor del Colegio de Náutica de San Telmo, que sostenía el Real Consulado Marítimo y Terrestre, y que á la vez se dedicaba á la enseñanza pública. Era su nombre D. Antonio Cánovas García.

Este se unió en indisoluble lazo con D.<sup>a</sup> Juana Castillo en 5 de Mayo de 1827, en la parroquia de los Santos Mártires, ante el vicario de Alhucemas D. Antonio Noguera.

He aquí la partida que debemos á la bondad del actual párroco de la citada parroquia, don Francisco J. Corrales:

«En Málaga en cinco de Mayo de mil ochocientos veinte y siete, el Presbítero D. Antonio Noguera, Cura Vicario de Alhucemas, con licencia de los de esta Parroquia de los SS. Mártires Ciriaco y Paula, con mandamiento del Sr. Provisor, con fecha de ayer, desposó por palabras e presente que hicieron verdadero y legítimo matrimonio y en acto continuó veló con las ceremonias del Ritual Romano á D. Antonio Cánovas García, hijo legítimo de otro D. Antonio Cánovas y de D.<sup>a</sup> Isabel García, su mujer, con D.<sup>a</sup> Juana del Castillo, hija legítima de D. José del Castillo y de Doña Joaquina Estévez, su mujer, el contrayente natural de Orihuela, vecino de esta, y la contrayente natural y vecina de la misma, habiendo precedido las tres canónicas amonestaciones que dispone el Santo Concilio de Trento, en las que se hizo saber al pue-

blo, que el contrayente está habilitado por su edad y que la contrayente la ha obtenido de su madre y pasadas veinte y cuatro horas á la última proclama, no resultando impedimento, estando examinados y aprobados en la Doctrina Cristiana, confesados y comulgados en la Misa de dicha velación y hecho todo lo dispuesto por Derecho y Constituciones Sinodales de este Obispo: Fueron testigos y juntamente padrinos don Antonio Ferrán, Doña Maria de la Concepción Herrera, su mujer, y D. Manuel Herrera, todo de esta vecindad, de que yo el Cura propio doy fe—Antonio Lopez Guijarro—Rubricado.»

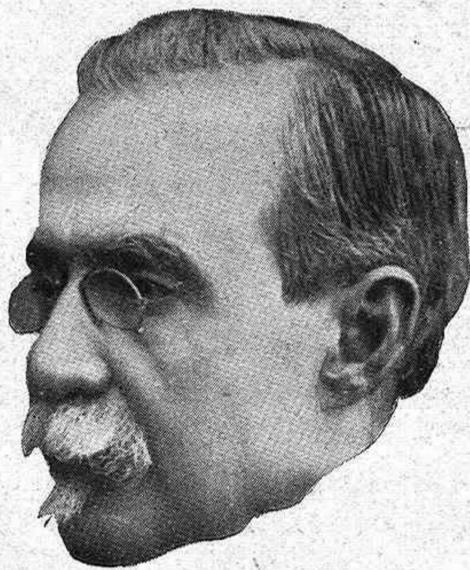
(Esta partida se halla en el Libro 36 de matrimonios, al folio 165 vuelto).

Antes de casarse, el Sr. Cánovas habitaba en la calle de San Telmo, núm. 30 antiguo, y al casarse debió mudarse á la casa número 34, 1.<sup>o</sup>, de la calle de Nuño Gómez, que estaba entrando á mano izquierda.

Antes del año, el matrimonio tuvo su primer hijo, y éste fué D. Antonio Cánovas del Castillo.

Citaremos la partida que existe en el archivo de la antes citada parroquia de los Santos Mártires:

«En la ciudad de Málaga á once de Febrero de mil ochocientos veinte y ocho, yo D. José Lucena, Cura Teniente de esta Parroquia los SS. Mártires Ciriaco y Paula, bautizé á Antonio, Emilio Juan de Mata, hijo legítimo de Don An-



DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

tonio Cánovas, natural de la ciudad de Orihuela, y de Juana Castillo, natural y ambos vecinos de ésta, nieto paterno de otro D. Antonio Cánovas y de D.<sup>a</sup> Isabel García y materno de D. José Castillo y de D.<sup>a</sup> Joaquina Estévez. Declaró dicho su padre no haber tenido otro hijo del mismo nombre y aseguró que nació el día 8 del corriente. Padrinos D. Antonio Ferrán y D.<sup>a</sup> Maria de la Concepción Herrera, su mujer, á los que advertí á obligación y parentesco. Testigos D. José Solano y Fernando de León, de esta vecindad.—Doy fe; Josef Lucena.»

La educación de D. Antonio debió ser superior á la del nivel común, y lo prueba que desde niño empezó á escribir poesías. Su mismo padre se constituyó en un principio por su maestro, y fué uno de los más adelantados discípulos del Colegio que el autor de sus días creó en la calle de Salinas. Las Matemáticas se las enseñó don Eduardo Jáuregui; dió también algunas lecciones con el maestro D. Salvador Vergara Díaz, y el latín lo aprendió con el sabio sacerdote don Braulio González Arribas, que fué luego párroco de San Felipe, viviendo ya la familia Cánovas en la calle de Parras, no lejos de aquella iglesia. Fueron en sus primeros años sus amigos íntimos, entre otros, el que luego fué ingeniero D. Estanislao Díaz y D. Salvador Solier y Pacheco, á quien años más tarde hizo D. Antonio alcalde, gobernador de Málaga y diputado á Cortes, pues siempre le profesó fraternal afecto.

El año 1843 murió el padre de Cánovas; mas

como éste no se amilanaba ante las contrariedades de la vida, se presentó decidido ante el prior del Consulado, que le tenía en estima, y solicitó la cátedra de su padre. El prior se la otorgó, no teniendo que arrepentirse, y Cánovas pudo ser el sostén de su madre y de sus hermanos.

Empezaba ya á darse á conocer como poeta en no pocos álbumes, algunos de los cuales se conservan todavía, y, unido á varios amigos, se atrevió á publicar una revista semanal.

La tituló *La Joven Málaga*, y empezó á publicarse el 15 de Marzo de 1845. Ignoramos si se conoce alguna colección de este periódico, aparte de la que poseía el Sr. Cánovas, y que hojearmos en la biblioteca del ilustre político, teniendo la satisfacción de verla en manos del mismo cuando un día ya lejano nos hablaba del movimiento literario de su ciudad natal en la época en que empezó sus ensayos de literatura. En este periódico le auxilió el escritor D. José Robles Postigo, que fué luego autor dramático, comisario de Administración Militar, y falleció en Málaga á fines de 1872, y el Sr. Bordenave, que después no cultivó el periodismo.

A los pocos meses, Cánovas abandonaba Málaga, soñando con nuevos horizontes y confiado en la protección de su tío, D. Serafín Estévez Calderón, literato insigne conocido por el seudónimo del *Solitario*.

Consiguió, por fin, no sin ruegos y trabajos que le permitiera seguir la carrera del foro.

Uno de sus biógrafos, el Sr. Casado y Sánchez, de Castilla, dice:

«Lo cierto es que, matriculado en la Facultad de Derecho aquel mismo año, se dió tan buena maña el estudiante para simultanear cursos y ganar asignaturas, que, aturdido el pariente con semejante modo de adelantar una carrera, y en su manía de poner motes á propios y extraños, y muy particularmente á aquellos que más afectaban, gratificó al escolar con el de *Tragalayes*, única designación con la que en la intimidad de la casa de D. Serafín fué durante largo tiempo conocido su ilustre sobrino.»

A la vez que estudiaba la carrera de Derecho, Cánovas desempeñaba un modesto destino que D. Serafín le proporcionó en las oficinas del Ferrocarril de Aranjuez, único que había en Madrid por aquel tiempo. Pero ni los estudios ni el destino le alejaron de su afición á escribir versos, casi todos ellos con levadura romántica, y su colaboración se hacía notar en la *Revista Pintoresca*, de Málaga, en el *Semanario Pintoresco* y en otras revistas.

Poco después, D. Joaquín Francisco Pacheco fundaba con Ríos Rosas el periódico *La Patria*, y allí hay quien juzga que empezó la vida política del eminente malagueño.

Don Antonio tuvo cuatro hermanos, y fueron D. Emilio, que siguió la carrera de abogado, fué diputado á Cortes por Cieza y consejero de Estado. Escribió un *Diccionario de Derecho Administrativo*, un *Manual de Faltas* y otras elogiadas obras de Derecho.

Don Máximo, hombre bastante serio, que optó por la carrera militar, y si mal no recordamos ciñó la faja de brigadier.

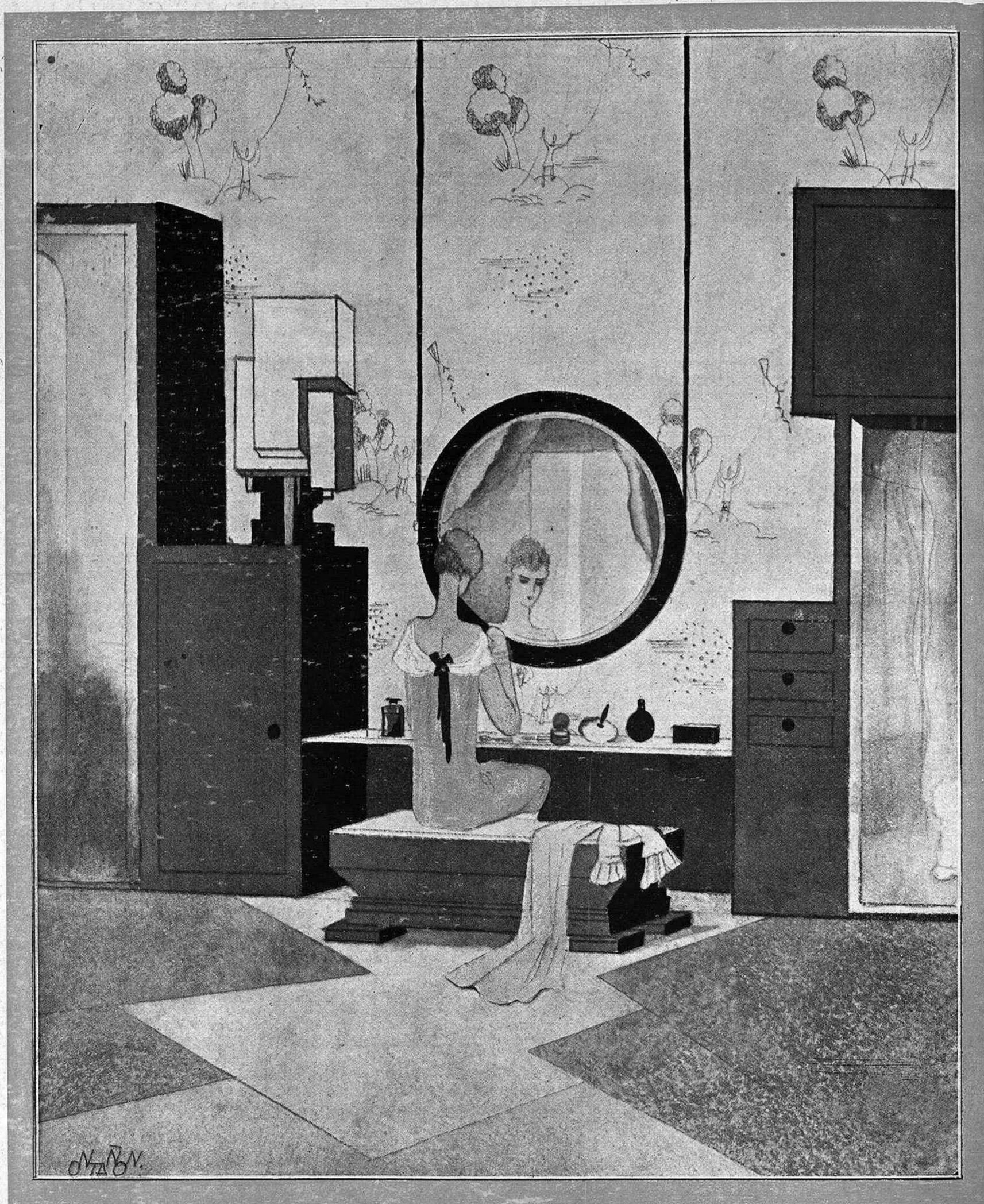
Don José, marino en su juventud, pero que luego ingresó en la carrera administrativa, ocupando altos puestos en Ultramar. Se le otorgó el Condado del Castillo de Cuba.

Serafín, el menor de todos, poeta de no escasa inspiración, modelo de bondades, que muy joven falleció en Málaga en una casa de la calle de Ollerías.

Don Antonio terminó su vida de soltero en Octubre de 1860, cuando ya era apreciado como periodista, como literato y como político, uniéndose en matrimonio á la señorita D.<sup>a</sup> María de la Concepción Espinosa de los Monteros, hija de los barones del Solar de Espinosa, y gozando una felicidad interrumpida por la temprana muerte de su joven compañera.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

Cronista de la provincia de Málaga.



## La hora de confidencia ante el espejo

En el horario del día femenino, este momento de verse ante el espejo es de una suprema trascendencia frívola. Es algo así como la preparación para las batallas—sonrisas, *flirts*, diálogos—del día; algo así como el vestirse de los toreros para ir á la Plaza. La atención de la fémina va solícita hacia los mil objetos diversos del tocador: la borla de polvos, la barra de carmín, el *rimmel*, la pasta que dará á la cara una tersura de porcelana... El espejo tiene en esos minutos graves del tocado, algo de confesor para la mujer. Ella no tiene secretos ante el pulido cristal: ni un defecto, ni una arruga quedan en sombra ante el óvalo ó el rectángulo brillante. Las memorias de un espejo, de uno de esos espejos que han conocido todos los días el rostro de una mujer famosa, serían interesantísimas...

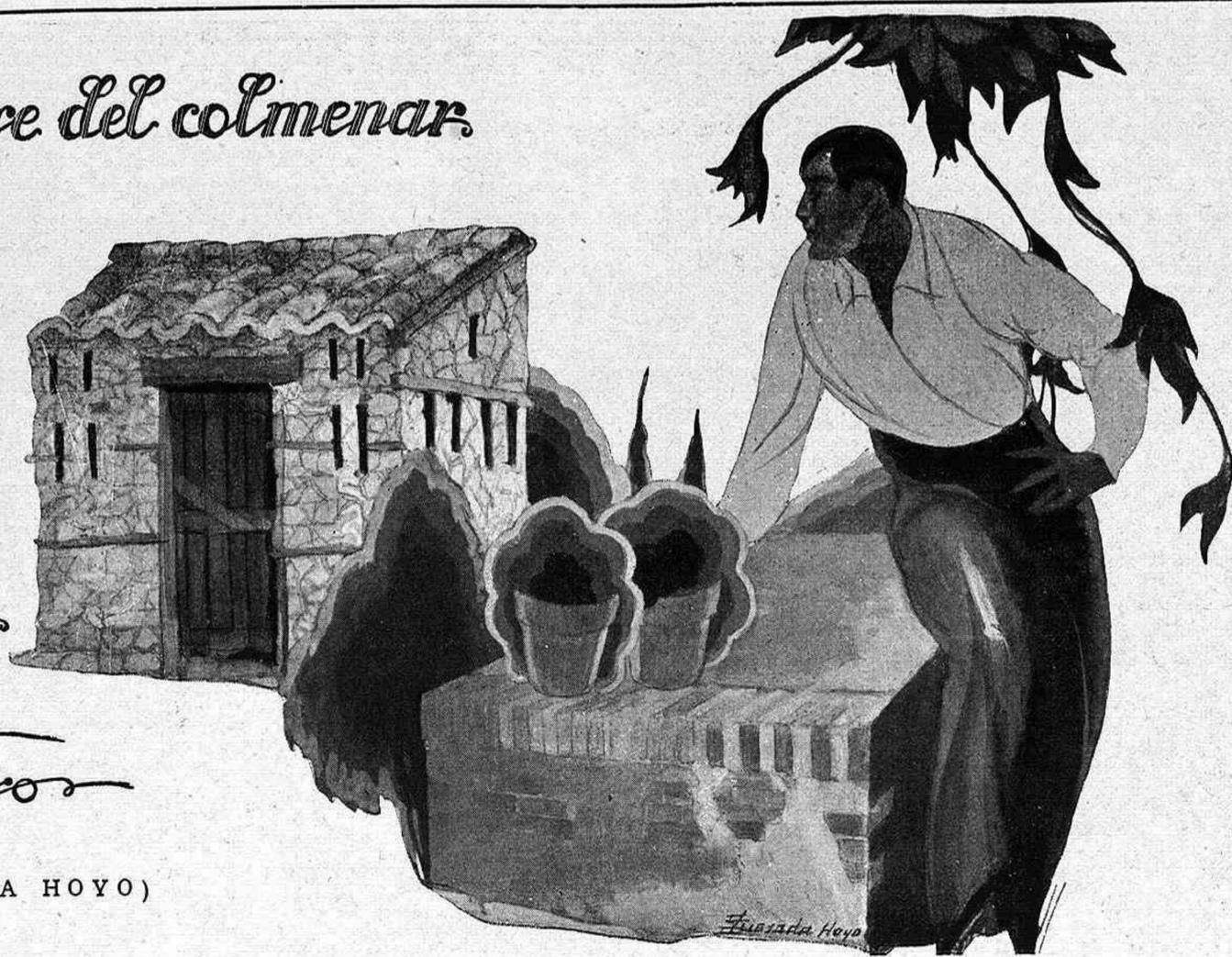
(Dibujo de Ontañón)

# El hombre del colmenar

Cuento

por  
Angel Lizaso

(Dibujo de QUESADA HOYO)



ERA un hombre que vivía en un villorrio castellano y que tenía un colmenar. Había gastado en instalarlo toda su fortuna—una pequeña fortuna reunida á costa de trabajos y privaciones—, y ahora empezaba á lucrarse con la miel de sus colmenas. Era este hombre una abeja más de su colmenar primoroso.

El hombre echaba escrupulosamente sus cuentas: tantos kilos de miel por cada colmena hacen un total de tanto. Descontada la miel con que mis abejas se alimentan durante el invierno, me queda libre, para vender, tal cantidad. Eran cuentas de abeja las que echaba este buen hombre que vivía en un villorrio de Castilla, y que había llegado á tener en su huerto, luego de muchos sacrificios y cuidados minuciosos, un magnífico colmenar.

Y sucedió un día que el hombre tuvo una agria disputa con uno de sus convecinos. Disputaron por... ¿por qué disputaron? Yo no lo sé muy bien. ¡Bah! Ni hace falta precisarlo. Disputaron por una de esas cuestiones por las que se disputa en los villorrios y las aldeas. Disputaron porque sí. Es natural que se dispute en esos lugarejos donde los vecinos se aburren sin saberlo y, sin saberlo tampoco, echan un mal humor de mil demonios. En fin, ello es que la disputa fué agria en extremo y que el hombre del colmenar tuvo un enemigo. A los pocos días nuestro hombre hablaba con un pariente de aquél.

—¿Qué te ocurrió con mi pariente?

—Nada. Tú verás...

Y el hombre del colmenar contó lo sucedido.

—Pues él lo cuenta de otro modo.

—Yo no sé cómo lo contará él—repuso dignamente el hombre del colmenar—; pero yo no soy mentiroso.

—Ni mi pariente tampoco, para que tú se lo llames!—protestó el otro airadamente.

—Yo no le he llamado mentiroso. Lo que yo digo es que cuento la verdad.

—Mentira!

—Verdad!

Se miraron de mala manera: se miraron como si un viejo rencor fuera á empujarlos el uno contra el otro. Era esa aversión mutua y secreta que van elaborando hora tras hora en los pueblos el tedio y la rutina; despertaba en ellos la rabia subconsciente que les producía verse las caras veinte veces al día, conocer sus vidas entre sí hasta lo más mínimo, saber cada cual cómo y de qué vivía su convecino... ¡Ah, la paz aldeana!

El hombre del colmenar tuvo otro enemigo.

Ya eran dos, y con estos dos fueron, poco á poco, haciendo causa común sus parientes. El rencor iba enconándose día por día, y el hombre del colmenar quiso poner el remedio: se refugió completamente en su huerto, se consagró con más afán que nunca á sus colmenas. Era muy rara la vez que se le veía por el pueblo. Como era viudo y no tenía hijos, algunas noches se aburría en casa, y le entraban ganas de ir al lugar donde conversaban en corro los hombres del pueblo y ofrecer toda clase de satisfacciones á sus enemigos: «Yo no quise ofenderos. ¡Lo juro! ¿Por qué hemos de vivir disgustados? Si falté en algo, ahí va mi mano para buscar la falta. Fué sin intención...»

Pero si á ellos les daba por no querer reconciliarse, él quedaría corrido y más agraviado que antes.

Y el hombre del colmenar siguió sin salir más allá de su huerto, dedicado á sus abejas por el día y leyendo por las noches aquellos libros que le habían ayudado á descubrir tantas cosas singulares acerca de la vida de sus abejitas.

•••••

¡Oh! ¡Aquello era sorprendente, prodigioso! ¿Para qué necesitaba él más amigos que sus abejas? La vida de sus colmenas era mucho más interesante que la del poblacho. Aquellas repúblicas de abejas eran de una organización ejemplar. El hombre llegó á la siguiente conclusión: el pueblo estaba habitado por personas y por animales; las personas eran sus abejas; los animales eran todos los vecinos del pueblo, incluso él. Pero él quería hacerse persona, y día por día se consagraba con más amor á sus colmenas.

El mundo empezó á dejar de existir para él. Había instalado su colmenar con propósitos de lucro, y ahora ni siquiera pensaba ya en que la miel que elaboraban sus amigas producía dinero. Y, sin embargo, merced á su constante dedicación, las colmenas producían más y mejor. Cumplíase el precepto evangélico: «Amad lo divino, que lo demás se os dará por añadidura.» Y él, que empezó amando á sus abejas humanamente, porque eran útiles, porque producían miel, y la miel se pagaba con dinero, terminó amándolas por ellas mismas, amándolas—sin saberlo—con el mismo amor divino con que San Francisco pronunciaba el «¡Hermano lobo!» allá en la montaña...

Y los enemigos del buen hombre se dieron á murmurar, envidiosos:

«Dicen que no sale porque no quiere abandonar sus colmenas.»

Y otro:

«Sabréis que cada día gana más con la miel y que se va á hacer rico muy pronto. Por eso no deja el colmenar, porque se lo come la avaricia.»

Y un tercero opinaba:

«Os digo que le hemos hecho un favor queriéndole hacer la guerra. Antes aun mataba algún tiempo con nosotros, charlando y apurando unas copas; pero ahora, desde que le volvimos la espalda, todo el tiempo lo dedica á sus colmenas y así le producen más cada día.»

Una noche los enemigos del hombre del colmenar se reunieron á beber en la taberna del pueblo. Hablaban y bebían sin tregua:

—¡Ya sabréis—dijo uno—que hoy han venido á contratarle toda la miel á ése! ¿Sabéis cuánto le han ofrecido?

—¿Cuánto?—preguntaron los demás ávidamente.

El interrogado dijo una cantidad.

—¡Menuda renta!—lamentó uno de ellos.

—¡Bien satisfecho dormirá ahora él!—añadió otro después de apurar el vaso.

—Os digo que le hemos hecho un gran favor.

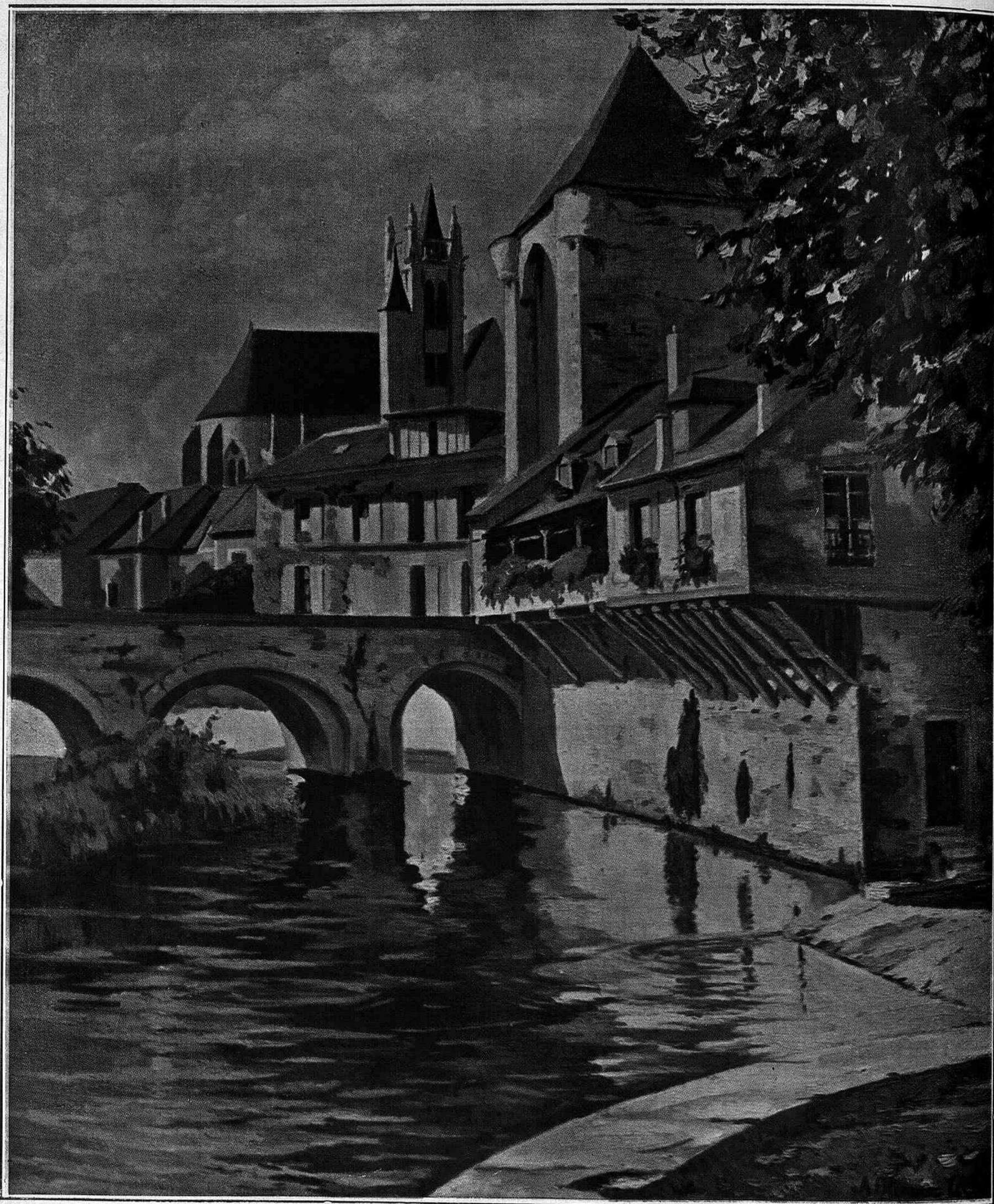
—Y hasta se estará riendo de nosotros...—n-sinuó malignamente el que tenía más roja la nariz.

Eran cuatro, y á todos se les iba encendiendo el rostro poco á poco y les empezaba á brillar las pupilas con un fulgor salvaje. Permanecieron unos segundos en silencio, como si estuvieran poniéndose de acuerdo sin palabras. De pronto se miraron simultáneamente, y del choque de las miradas salió una sola chispa: el pacto quedaba hecho en principio. Y se pusieron á planear la venganza.

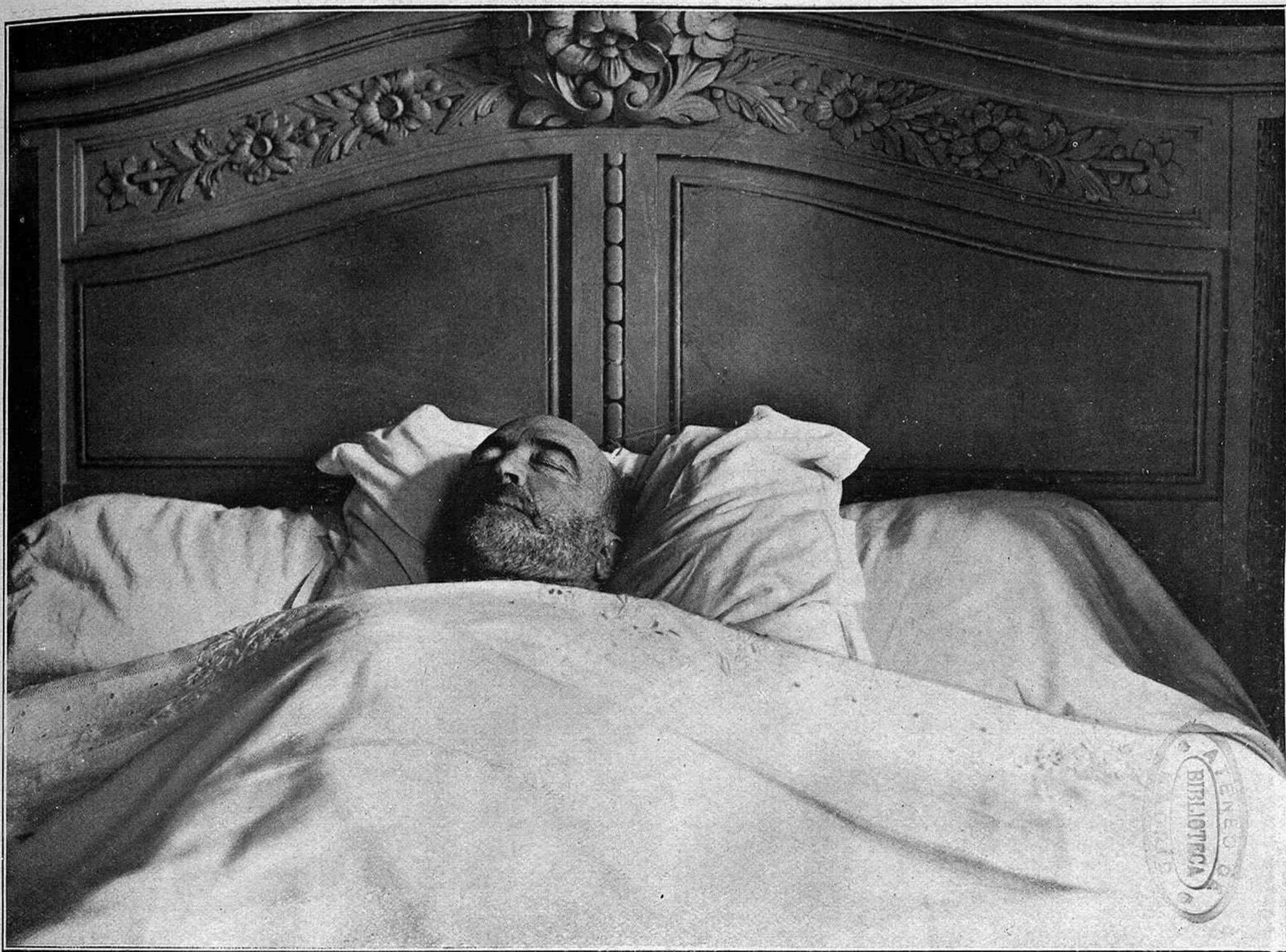
•••••

Fué una invasión espectacular bajo el claro de la luna. Los cuatro hombres saltaron las tapias del huerto, agachándose en montón, como felinos, durante unos momentos, y en un salto unánime se dispersaron fantásticamente. Eran cuatro sombras endemoniadas esgrimiendo haces de paja encendidos lo mismo que antorchas.

Cuando el hombre del colmenar despertó, sobresaltado por los gritos de algunas gentes del pueblo, y se asomó á su huerto, vió recortarse sobre el fondo del cielo las llamas de sus colmenas incendiadas. Y eran como lenguas sangrantes que llamasen á Dios en la noche; como aullidos de rabia y de impotencia.



«Paisaje de Moret»,  
cuadro de A. Oliveras



Blasco Ibáñez en su lecho mortuario

(Fot. Campúa)

## LA MUERTE DE BLASCO IBAÑEZ

### OTRO GRAN ARTISTA PERDIDO

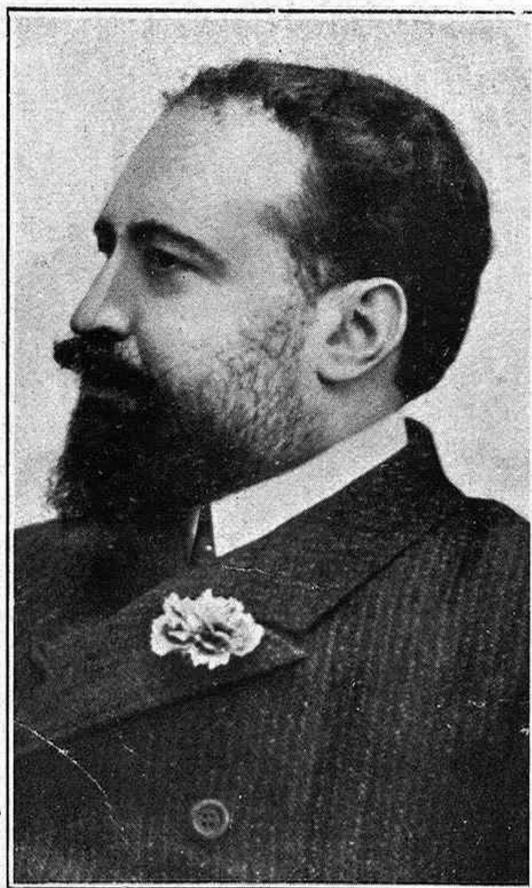
Blasco Ibáñez muerto nos hace sentir nuevamente la aterradora sensación del vacío y lleva nuestros ojos á su obra de tan rica policromía antes que á su vida tan intensamente proteiforme. Oigamos hoy al glorioso maestro. Tiempo y espacio habrá para oír á sus biógrafos y comentadores.

La última—desgraciadamente la última—de las elegías de Blasco Ibáñez novelista tiene como característica la exaltación de España, á la que siempre amó exaltadamente. He aquí un capítulo de «A los pies de Venus», la postrera de esas novelas:

DONDE SE CUENTA LA PRIMERA INVASIÓN DE ROMA POR LOS ESPAÑOLES, CÓMO LOS BORJA PASARON Á SER BORGIA, Y OTRAS SINGULARIDADES DE LA FAMILIA DEL TORO ROJO

Tomando asiento en el mismo lugar del jardín donde habían conversado días antes, siguió el canónigo su relato, sólo interrumpido de tarde en tarde por las preguntas curiosas de Claudio.

—El único defecto que le echan en cara á Calixto III fué un exagerado amor á su familia. Reconozco que estos Borja se querían y protegían con un cariño casi feroz, semejante á la fraternidad de los individuos de una tribu rodeada de enemigos. Pero, ¿qué Pontífice de aquella época y de otras no protegió á sus parientes y puso en sus sobrinos un afecto de padre?... Además, el «viejo catalán», como le llamaban sus enemigos, era extranjero para los romanos, y necesitaba gente adicta, unida á él por intereses



Blasco Ibáñez en 1904

de familia ó por la solidaridad que agrupa á los compatriotas.

Figueras habló con indignación contra los historiadores que censuraban á Calixto III por haber hecho cardenal á su sobrino Rodrigo de Borja, y nada decían de Nicolás III, Paulo II, Sixto IV, Inocencio VIII, Julio II y otros, que dieron el capelo á personas más indignas y de triste celebridad. Pedro y Rafael Riario, sobrinos de Papa ó tal vez hijos, eran unos cardenales de conducta más escandalosa que los Borgia, y sin la elegancia de éstos, bestialmente groseros en sus pasiones.

—Pero toda esta gente había nacido en Italia—añadió el canónigo—, y Calixto III, así como sus parientes, tuvieron la audacia de gobernar á Roma siendo españoles.

Desde su juventud había sido mirado Alfonso de Borja por su numerosa parentela como el individuo más notable de la familia, confiando todos en sus futuros triunfos. No tenía hermanos varones, y sus hermanas eran cuatro: Juana, Francisca, Isabel y Catalina. Los Borja ricos, que conservaban en Játiva su rango social, al verle amigo y consejero del rey Alfonso, empezaron á tratar con más atención á estos parientes pobres, de entre los cuales había surgido tan importante personaje. Isabel de Borja, la tercera hermana, casábase en Játiva con su pariente Jofre de Borja, hijo de uno de los adinerados de la familia.

—Todos los historiadores, durante tres siglos, han venido equivocándose al suponer que el caballero que casó con Isabel de Borja se apellidaba



Un rincón del jardín de Fontana Rosa

(Fot. Campúa)

Llansol, y, por tanto, Rodrigo de Borja, el futuro Alejandro VI, debía llamarse, en realidad, Llansol de primer apellido. Y como no hay argumento que no se haya usado para ennegrecer la figura de Alejandro VI, le acusaron de renegar del apellido de su padre Llansol, anteponiendo el de su madre para ser Borja... Todo falso, sin fundamento alguno, como la mayoría de las calumniosas historias que se atribuyen a esta familia. Los Llansol (tú sabes lo que significa esta palabra en valenciano: sábana ó sudario) fueron caballeros de guerra que también bajaron de Aragón con el rey don Jaime á la conquista de Valencia. Cierta Llansol casó, efectivamente, con otra de las hermanas de Calixto III, y uno de sus hijos, Llansol y Borja, llegó á cardenal, confundiendo los historiadores con Alejandro VI. Este se llamó, en realidad, Rodrigo Borja y Borja, por ser del mismo apellido su padre y su madre.

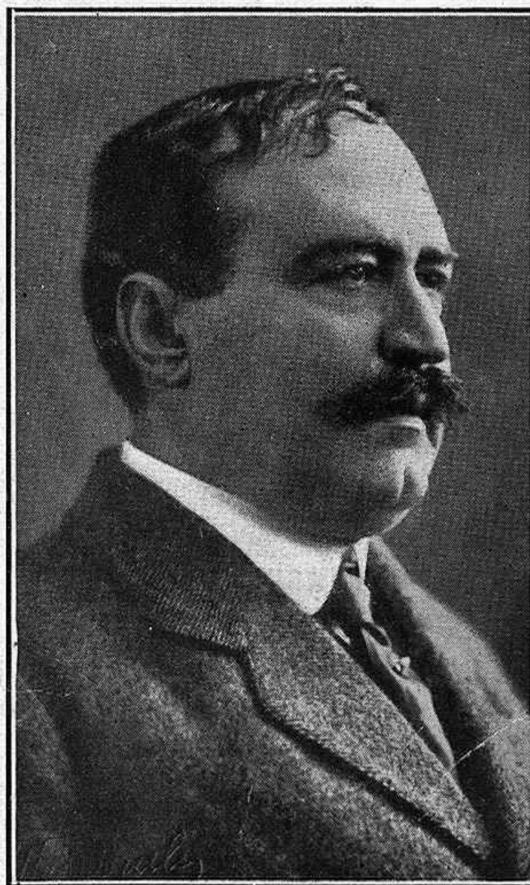
Guardaba el canónigo un documento en el que Calixto III, simple rector entonces de la parroquia de San Nicolás, en Valencia, entregaba quinientos florines de oro aragoneses como parte del dote de su hermana Isabel de Borja, esposa de Jofre de Borja, doncel y vecino de Játiva.

—Don Jofre figura con el título latino de *domicellus* (doncel), que, según las leyes forales, equivalía á hijo de noble. *Miles* (caballero) significaba en toda la corona de Aragón noble ya armado, y el que aun no había recibido el espaldarazo, tenía que contentarse con el título de doncel.

Continuó don Baltasar el relato de los descubrimientos que llevaba hechos en sus papeles propios y en el archivo de la catedral. Rodrigo de Borja nació en Játiva, en casa de su padre don Jofre, cerca del Mercado, en una plaza llamada de los Borja. Un tal Antonio Nogueroles era su maestro y ayo, y le daba el pecho una mujer apodada «la Villena». Todos le llamaban Rodri-

guet, y jugaba con una hermana suya, Tecla, igualmente designada con el diminutivo valenciano de Tecleta.

—Mis documentos me han enseñado que de niño fué muy moreno y *morrudet*, que es, como tú sabes, de labios gruesos. Su padre tenía cua-



Blasco Ibáñez en 1914

tro caballos, y Rodriguet, á los ocho años, cabalgaba en una jaquita por las calles de Játiva. Muerto su padre cuando él sólo tenía diez, doña Isabel se trasladó con toda su familia á la ciudad de Valencia, viéndose allá muy atendida, como hermana de un personaje cada vez más eminente.

Siendo aún cardenal, Alfonso de Borja se llevaba á Roma á su sobrino Rodrigo, así como á un hermano de éste, mayor de un año, llamado Pedro Luis. Estudió Rodrigo en la Universidad de Bolonia los sagrados cánones y otras materias durante siete años, escribiendo algunas obras en defensa de la autoridad del Pontífice, que le valieron el ser tenido en la corte romana por «eminentísimo y sapientísimo jurisconsulto».

Según costumbre de la época, su tío el cardenal le proporcionó ricas prebendas mientras continuaba sus estudios, haciéndolo finalmente protonotario de la Iglesia. Al mismo tiempo, un primo suyo, hijo de otra hermana de Alfonso de Borja, llamado Juan de Milá, recibía el obispado de Segorbe, en España.

Apenas el llamado cardenal de Valencia tomaba el nombre de Calixto III, los dos primos Juan de Milá y Rodrigo de Borja eran ascendidos á cardenales, y el hijo de don Jofre tomaba el título de cardenal-diácono de San Nicolás *in Carcere Tulliana*, siendo después prefecto de Roma, gobernador de Spoleto, legado en la Marca de Ancona, y, finalmente, vicecanciller de la Iglesia, cargo el más elevado de la curia pontificia, que hizo de él una especie de vice-Papa.

Era igual á todos los Borja, «de índole recia, hermosos de cuerpo, sensuales y altaneros». Por algo en su escudo ostentaban un toro. Guicciardini, implacable enemigo de Rodrigo de Borja, reconocía «juntas en él una rara prudencia y vigilancia, madura consideración, maravilloso arte de persuadir y habilidad y capacidad para la dirección de los más difíciles negocios».

Calixto III, que únicamente pensaba en su



Los hijos del gran novelista bajando el cadáver a la capilla ardiente

(Fot. Campúa)

guerra contra los turcos, se confió a la pericia de este cardenal de veintiséis años, encargándole todos los asuntos de Roma y los Estados pontificios. Según los historiadores de la época, tenía hermosa figura y una naturaleza ardientemente sensual, que sojuzgaban al otro sexo con fuerza irresistible. Un contemporáneo, Gaspar de Verona, lo describía así: «Es bello, de semblante sereno y gracioso, de una elocuencia dulce y llena de ornato. Con sólo mirar a las mujeres nobles, enciende en ellas el amor con maravilloso modo, y las atrae a sí más fuertemente que el imán atrae el hierro.»

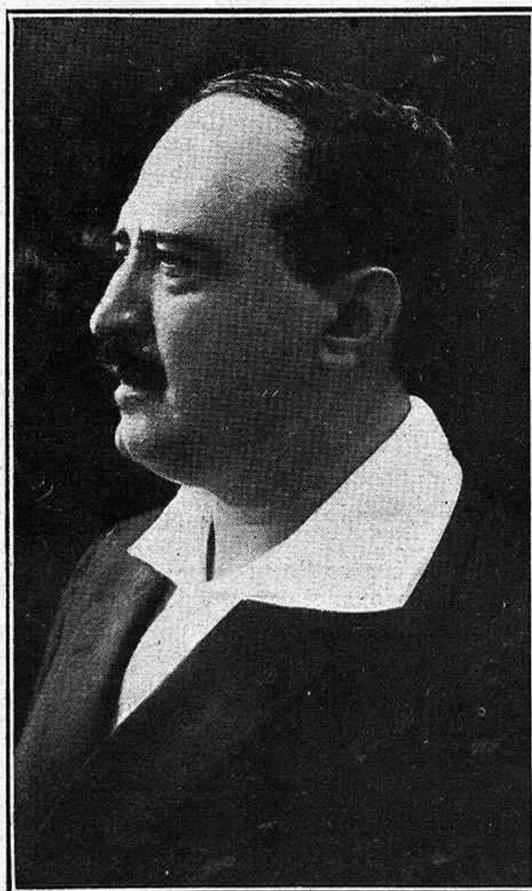
Cambia la belleza según los gustos. Rodrigo tenía la hermosura varonil admirada en aquellos tiempos de ferviente culto a todo lo antiguo. Era grande, carnudo, vigoroso, con una majestad natural en el andar y en los ademanes; los ojos negros, de mirar intenso; la tez morena; la boca sensual, de labios abultados; la barbilla algo entrante. En la madurez de su vida se hizo obeso; pero esto pareció aumentar más la prestancia de su persona. Era como un reflejo viviente del símbolo que figuraba en el escudo de su familia. Sus fuerzas y su fogosidad carnal hacían recordar al toro rojo sobre su fondo heráldico de oro.

Ocho llamas orlaban dicho escudo, cual si la mencionada bestia no bastase para expresar las pasiones ardorosas de los Borja.

Durante el pontificado de su tío dió poco que hablar el futuro Alejandro VI por sus malas costumbres. Esto lo reconocen sus más enconados enemigos. Se dedicó únicamente a los asuntos públicos, con una gravedad impropia de sus pocos años. Fué después de muerto Calixto III, cuando Pío II (el célebre humanista Eneas Silvio) tuvo que reprenderle bondadosamente por primera vez, a causa de las fiestas que dió a las damas de Siena en los jardines de un amigo.

Rec no ía el anciano Calixto las notables condiciones de su sobrino el cardenal como juriconsulto y hombre de gobierno; pero lo mejor de su cariño era para el hermano mayor, Pedro Luis, que permanecía en estado seglar.

Su hermosura sobrepasaba la de Rodrigo, tal



Blasco Ibáñez en 1921

vez por realzarla con los arreos militares y el lujo de su vestimenta. También mostraba algún ingenio, aunque sin las facultades intelectuales de su hermano, al que todos llamaban ahora el cardenal de Valencia, como en otros tiempos a su tío.

A los pocos meses del pontificado de Calixto III se vió Pedro Luis capitán general de la Iglesia, gobernador del castillo de Sant Angelo y comandante de todas las fortalezas pontificias. Los dos sobrinos del Papa mantenían estrechas relaciones con los Colonna, afirmándose en público que don Pedro Luis iba a casarse con una Colonna, lo que le puso en hostilidad con los Orsini.

Tanto el Papa como sus dos nepotes, para vivir rodeados de gente adicta, llamaron a su lado a muchos de los amigos que tenían en España.

—Además, una multitud de españoles acudieron a Roma al enterarse de que el nuevo Papa era de su país. Todos querían ser parientes de los Borja. Una verdadera invasión cayó sobre Roma.

—Esta fué la primera invasión española—dijo sonriendo Claudio—. En tiempos de Alejandro VI llegó la segunda... Y la tercera resultó la más terrible, el saco de Roma por las tropas de Carlos V.

Llegaban los españoles desde el vecino Nápoles, país medio hispanizado bajo el gobierno de Alfonso de Aragón. Otros venían directamente de las costas de España.

—Aquellos años—continuó el canónigo—fueron de gran miseria en el reino de Valencia, a causa de una larga sequía. Los campos estaban abrasados. Hasta la Albufera perdió la mayor parte de sus aguas, muriendo toda la pesca que se refugia en dicha laguna... Cuantos podían tomar pasaje en una galera, y otros muchos a pie, se marchaban a Italia, buscando el amparo de dos compatriotas: uno, rey en Nápoles; otro, Papa en Roma.

# EL DUELO UNIVERSAL POR LA MUERTE DEL GLORIOSO BLASCO IBAÑEZ



Manifestación en Valencia

(Fot. Barberán)



La conducción del cadáver en Menton

(Fot. Campúa)

La visión apocalíptica que dió a Blasco Ibañez el símbolo para la obra maestra que dió al novelista la consagración de su renombre ya universal, está pintada en los párrafos que copiamos seguidamente:

—... Y cuando dentro de unas horas salga el sol, el mundo verá correr por sus campos los cuatro jinetes enemigos de los hombres... Ya piafan sus caballos malignos con la impaciencia de la carrera; ya sus jinetes de desgracia se conciertan y cruzan las últimas palabras antes de saltar sobre la silla.

—¿Qué jinetes son esos?—preguntó Argensola.  
—Los que preceden á la Bestia.

Encontraron los dos amigos tan ininteligible esta contestación como las palabras anteriores. Desnoyers volvió á repetirse mentalmente: «Está borracho.» Pero su curiosidad le hizo insistir. ¿Y qué bestia era aquella?

Le miró el ruso como si extrañase la pregunta. Creía haber hablado en alta voz.

—La del Apocalipsis.

Se hizo un silencio; pero el laconismo del ruso no fué de larga duración. Sintió la necesidad de expresar su entusiasmo por el soñador de la roca marina de Patmos. El poeta de las visiones grandiosas y oscuras ejercía influencia, á través de dos mil años, sobre este revolucionario místico refugiado en el último piso de una casa de París. Todo lo había presentado Juan. Sus delirios, ininteligibles para el vulgo, encerraban el misterio de los grandes sucesos humanos.

Describió Tchernoff la bestia apocalíptica sur-

giendo de las profundidades del mar. Era semejante á un leopardo, sus pies iguales á los de un oso, y su boca un hocico de león. Tenía siete cabezas y diez cuernos. De los cuernos pendían diez diademas, y en cada una de las siete cabezas llevaba escrita una blasfemia. Estas blasfemias no las decía el evangelista, tal vez porque eran distintas, según las épocas, modificándose cada mil años, cuando la bestia hacía una nueva aparición. El ruso leía las que flameaban ahora en las cabezas del monstruo: blasfemias contra la humanidad, contra la justicia, contra todo lo que hace tolerable y dulce la vida del hombre. «La fuerza es superior al derecho...» «El débil no debe existir...» «Sed duros para ser grandes...» Y la bestia, con toda su fealdad, pretendía gobernar al mundo y que los hombres la rindiesen adoración.

—¿Pero los cuatro jinetes?—preguntó Desnoyers.

Los cuatro jinetes precedían la aparición del monstruo en el ensueño de Juan.

Los siete sellos del libro del misterio eran rotos por el cordero en presencia del gran trono donde estaba sentado alguien que parecía de jaspe. El arco iris formaba en torno de su cabeza un dosel de esmeralda. Veinticuatro tronos se extendían en semicírculo, y en ellos veinticuatro ancianos con vestiduras blancas y coronas de oro. Cuatro animales enormes cubiertos de ojos y con seis alas parecían guardar el trono mayor. Sonaban las trompetas saludando la rotura del primer sello.



La familia doliente presidiendo el duelo

(Fot. Campúa)

«¡Mira!», gritaba al poeta visionario con voz estentórea uno de los animales... Y aparecía el primer jinete sobre un caballo blanco. En la mano llevaba un arco, y en la cabeza una corona: era la Conquista, según unos; la Peste, según otros. Podía ser ambas cosas á la vez. Ostentaba una corona, y esto era bastante para Tchernoff.

«¡Surge!», gritaba el segundo animal removiendo sus mil ojos. Y del sello roto saltaba un caballo rojizo. Su jinete movía sobre la cabeza una enorme espada. Era la Guerra. La tranquilidad huía del mundo ante su galope furioso: los hombres iban á exterminarse.

Al abrirse el tercer sello, otro de los animales alados mugía como un trueno: «¡Aparece!» Y Juan veía un caballo negro. El que lo montaba tenía una balanza en la mano para pesar el sustento de los hombres. Era el Hambre.

El cuarto animal saludaba con un bramido la rotura del cuarto sello: «¡Salta!» Y aparecía un caballo de color pálido. «El que lo monta se llama la Muerte, y un poder le fué dado para hacer perecer á los hombres por la espada, por el hambre, por la peste y por las bestias salvajes.»

Los cuatro jinetes emprendían una carrera loca, aplastante, sobre las cabezas de la humanidad aterrada.

Tchernoff describía los cuatro azotes de la tierra lo mismo que si los viese directamente. El jinete del caballo blanco iba vestido con un traje ostentoso y bárbaro. Su rostro oriental se

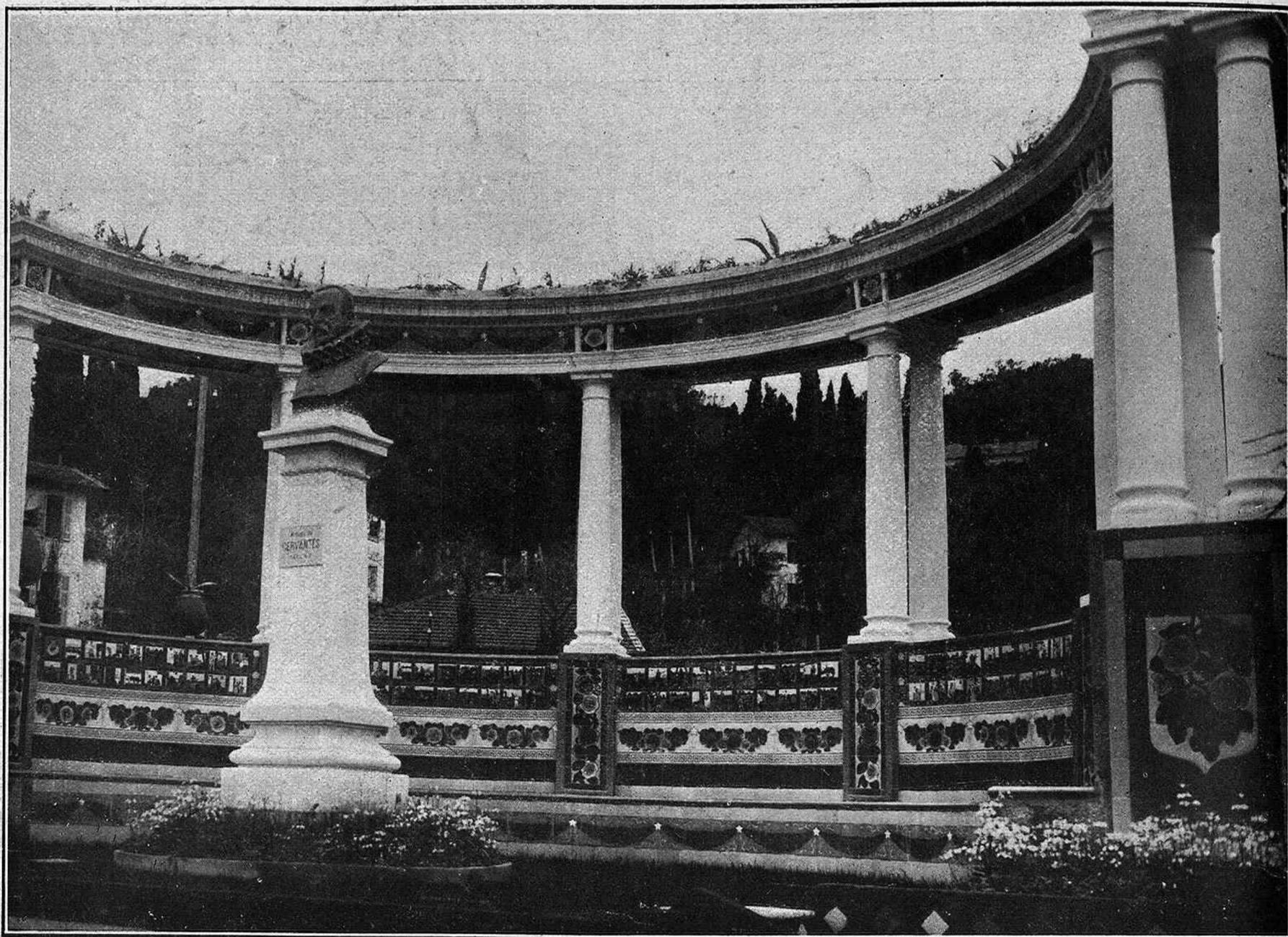
contraía odiosamente, como si husmease las víctimas.

Mientras su caballo seguía galopando, él armaba el arco para disparar la peste. En su espalda saltaba el carcaj de bronce lleno de flechas ponzoñosas que contenían los gérmenes de todas las enfermedades, lo mismo las que sorprenden á las gentes pacíficas en su retiro que las que envenenan las heridas del soldado en el campo de batalla.

El segundo jinete, el del caballo rojo, manejaba el enorme mandoble sobre sus cabellos, erizados por la violencia de la carrera. Era joven; pero el fiero entrecejo y la boca contraída le daban una expresión de ferocidad implacable. Sus vestiduras, arremolinadas por el impulso del galope, dejaban al descubierto una musculatura atlética.

Viejo, calvo y horriblemente descarnado, el tercer jinete saltaba sobre el cortante dorso del caballo negro. Sus piernas disecadas oprimían los flancos de la magra bestia. Con una mano enjuta mostraba la balanza, símbolo del alimento escaso, que iba á alcanzar el valor del oro.

Las rodillas del cuarto jinete, agudas como espuelas, picaban los costados del caballo pálido. Su piel apergaminada dejaba visibles las aristas y oquedades del esqueleto. Su faz de calavera se contraía con la risa sardónica de la destrucción. Los brazos de caña hacían voltear una hoz gigantesca. De sus hombros angulosos pendía un harapo de sudario.



Monumento á Cervantes y al «Quijote» en Fontana Rosa

(Fot. Campúa)

Blasco Ibáñez fué también maestro de crítica literaria. Los tomos de la colección «La Novela Literaria» están avalorados por prólogos muy interesantes. De uno de ellos, el que puso á «En Rada», de Huysmans, son los fragmentos que damos á continuación.

Su primera obra fué una serie de poemas en prosa, escritos en un lenguaje vigoroso y nuevo, producto de sus largos estudios sobre Villón y otros autores medievales. Su madre hacía encuadernaciones para el célebre editor Hetzel, y el joven empleado le visitó con el deseo de leerle su libro. Hay que advertir que el viejo Hetzel, en fuerza de publicar obras ajenas, había acabado por ambicionar la gloria literaria, y escribía, con el seudónimo de P. J. Stahl, novelitas morales para las escuelas.

Es fácil imaginarse el asombro, el escándalo, la indignación de este autor infantil, que tenía en plena vejez la puerilidad de un niño, al enterarse de la obra del debutante audaz.

—Joven—le dijo con agresiva severidad—, lo que usted pretende al insurreccionarse de ese modo contra la lengua francesa es hacer una segunda vez la Commune de París.

En aquellos meses, el gobierno daba caza sin misericordia á los vencidos comunistas, fusilando ó deportando á todos los que caían en su poder. Las palabras de Hetzel casi eran una amenaza.

Y en vista de que el primer editor francés de aquel entonces le ofrecía como único premio el ser pasado por las armas, puso la frontera de por medio, lo mismo que los fugitivos revolucionarios; es decir, buscó en Bélgica un librero que publicase sus obras. Por esto aparecieron en Bruselas sus dos primeros volúmenes: el de los poemas en prosa, titulado *Le drageoir á épices*, y una novela, *Marta*.

Otra particularidad de Huysmans. Su verdadero nombre de pila era Georges (Jorge), y caso de firmar con una inicial, debería haber puesto

antes de su apellido una G. Pero sus primeros libros—tal vez porque aparecían fuera de Francia, y él llevaba un apellido holandés—los suscribió con el nombre de Jorris-Karl Huysmans. En la primera parte de su vida literaria fué Jorris-Karl. Sus jóvenes camaradas no se olvidaban

nunca de darle este nombre, encontrándolo sonoro y exótico; pero años adelante el novelista sintió la necesidad de simplificarlo, y firmó definitivamente con las iniciales J. K. delante de su apellido.

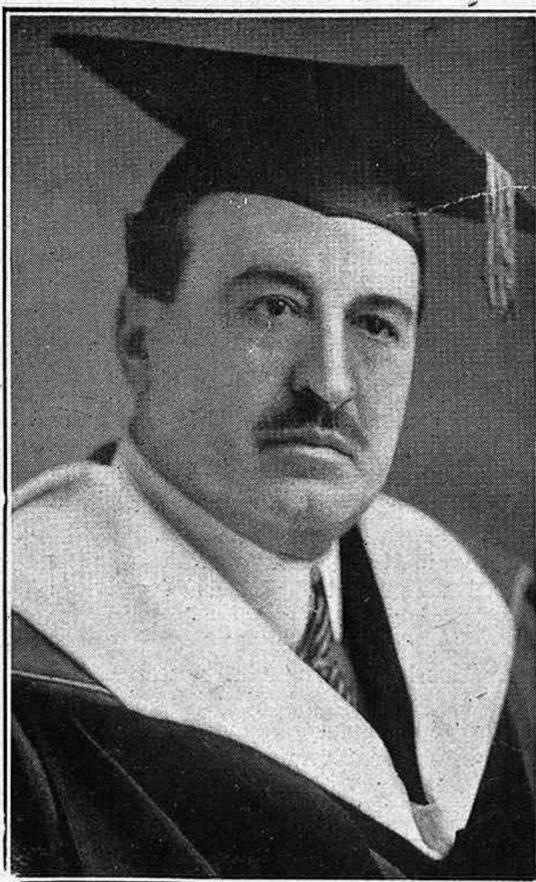
El poeta Teodoro de Banville saludó el primero de sus dos libros aparecidos en Bruselas, declarando que era «una joya de hábil orfebre, cincelada con mano firme y ligera». Arsenio Houssaye, engañado por el nombre de Jorris-Karl, afirmó en una crítica: «Este Huysmans, que tal vez es de Malinas, tiene en su pluma bien francesa un poco de tinta flamenca.»

*Marta*, su primera novela (1876), fué reimpressa en París tres años después, y dió notoriedad á su nombre entre la juventud literaria. Es la historia de una joven caída en la prostitución. Su autor la ha renegado, no por el escándalo que produjeron sus audacias, sino por su insuficiencia literaria. Al considerar fríamente esta novela después de algunos años, dijo Huysmans: «La encuentro curiosa y vibrante, pero mezquina é insuficientemente personal... Ofrece de vez en cuando observaciones exactas; pero al mismo tiempo unas cualidades de estilo enfermizas, que recuerdan demasiado la lengua de los Goncourt.»

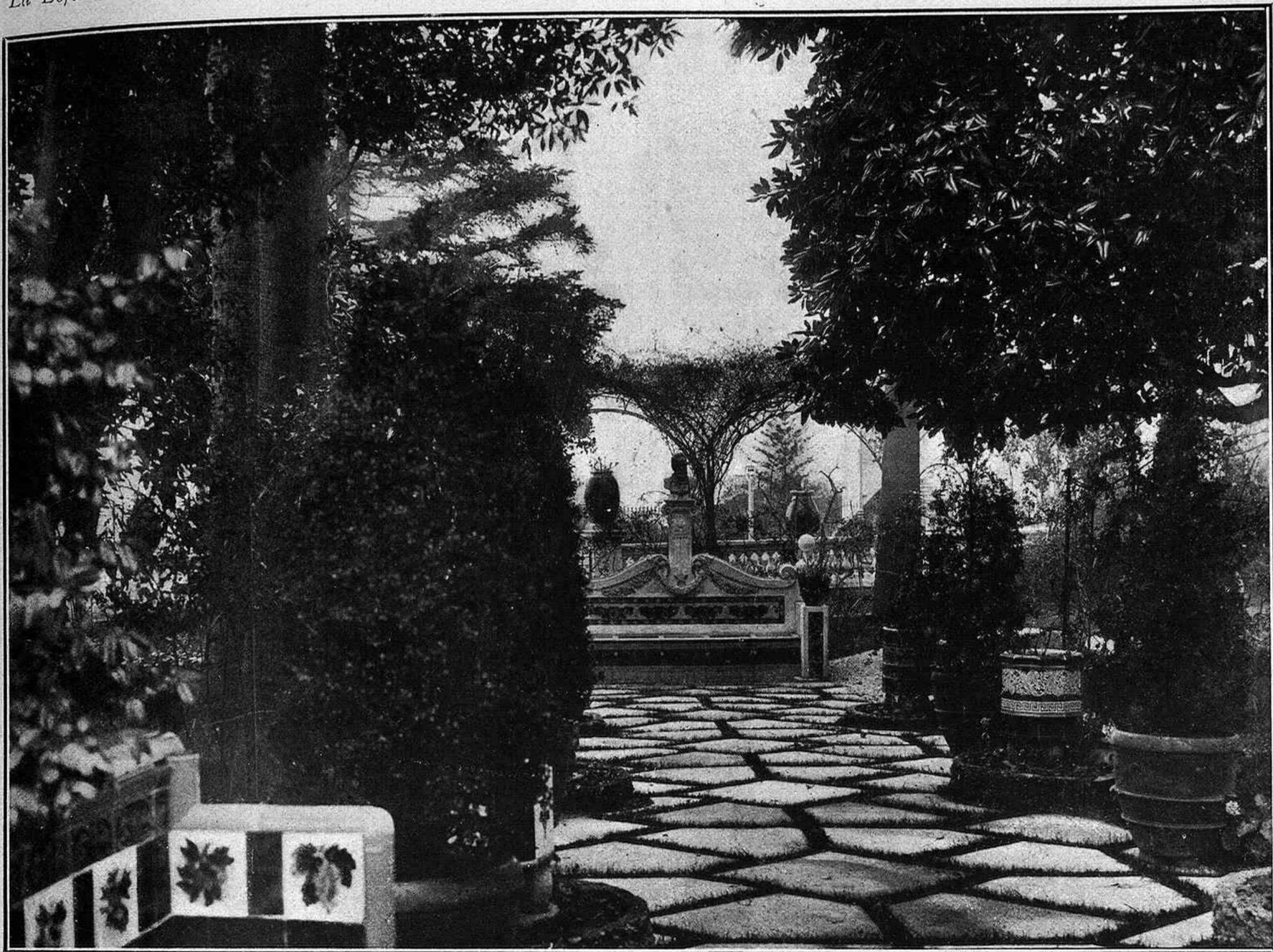
Pero *Marta* motivó uno de los sucesos más importantes de su vida.

Un novelista que empezaba á preocupar á la crítica é irritar á una gran parte del público de entonces con la novedad y la audacia de sus obras, leyó *Marta* y quiso conocer á su joven autor.

Así se abrió para Huysmans la casa de Emilio Zola. Este aún no se consideraba jefe de escuela, aun no había escrito *L'Assommoir*; pero Huysmans, al ser su amigo, fué su primer discípulo, y como dice uno de sus biógrafos, «dió su adhesión al naturalismo antes de que se la pidieran».



Blasco Ibáñez en 1921



Uno de los lugares de Fontana Rosa predi'ecto de Blasco Ibáñez

(Fot Campúa)

Esta amistad le hizo encontrar un editor en París. En 1879, Huysmans publicó su primera obra de verdadero éxito, en casa de Charpentier, editor de Emilio Zola, dedicándosela á este último.

El joven maestro de *L'Assommoir* merecía tal homenaje de gratitud. Sus enemigos eran cada vez más numerosos; necesitaba todo su tiempo y sus energías para contestar á los aullidos de la crítica hostil; pero aun así, tuvo tiempo de defender el libro de su primer adepto—*Las hermanas Vatará*, novela de exagerado naturalismo—, al mismo tiempo que justificaba su propia obra.

Un año después, Huysmans acabó de ser consagrado como escritor verdaderamente conocido. En 1880 se publicó el volumen de cuentos *Las veladas de Medán*. Los familiares de Zola aportaron para este libro un relato novelesco cada uno. Eran cinco: Huysmans, Guy de Maupassant, Hennique, Ceard y Paul Alexis. El único que aún vive de los cinco es el viejo Henri Ceard, que ha escrito muy poco, y que la Academia Goncourt acaba de recibir en su seno. Zola, deseando agradecer la adhesión de los cinco jóvenes, lanzó bajo el patronato de su nombre este volumen de cuentos agresivos. Huysmans era el más conocido de los cinco, y su pequeña novela *Mochila á la espalda* no sorprendió á los que habían leído *Las hermanas Vatará*. El torneo de pequeñas novelas sirvió para que los lectores se fijasen por primera vez en el nombre de Guy de Maupassant. Su cuento *Bola de sebo* fué, sin discusión, el mejor de *Las veladas de Medán*.

En 1884 se produjo en su vida literaria un suceso que los biógrafos llaman «precursor de la tormenta».

Huysmans fué un curioso, un eterno curioso que no reparaba en vínculos ni compromisos cuando veía agotada toda novedad en torno de él y creía percibir un mundo virgen al otro lado

del abismo. El salto no le daba miedo. Sus ojos, fijos en la ribera opuesta, menospreciaban el obstáculo del vacío.

En el citado año apareció *Al revés*, la más extraña y original de sus obras. Esta novela, si no marcó la ruptura completa de su autor con el

naturalismo, reveló á lo menos una curiosidad vehementemente por otra cosa. El mismo Huysmans ignoraba cuál era su deseo; pero inconscientemente sintió que el naturalismo no podía darle más y que su misión al lado de Zola había terminado. Sus notas de observador minucioso de la vida estaban exhaustas, y él era un artista falto por completo de imaginación, incapaz de inventar.

El Huysmans de *Al revés* se ahogaba dentro de la escuela literaria escogida libremente en su juventud. Nada le quedaba que hacer dentro del naturalismo, y quiso salir de sus muros, aspirando á la libertad; pero sin saber adónde podría ir: «Marchando á tientas—dice Descaves—acabó por descubrir la existencia de viejas ventanas condenadas, y rompiendo sus maderas se asomó en el vacío.» Estas ventanas eran el satanismo, el ocultismo, el libertinaje sacrilego, las leyendas sanguinarias y perversas de otros siglos, la Misa Negra, todas las cosas que aparecen rejuvenecidas en las páginas de *Allá lejos*.

Dos hombres vieron claro hacia dónde marchaba Huysmans, precisamente cuando parecía más sumido en su literatura sacrilega y diabólica: Emilio Zola y Barbey d'Aurevilly.

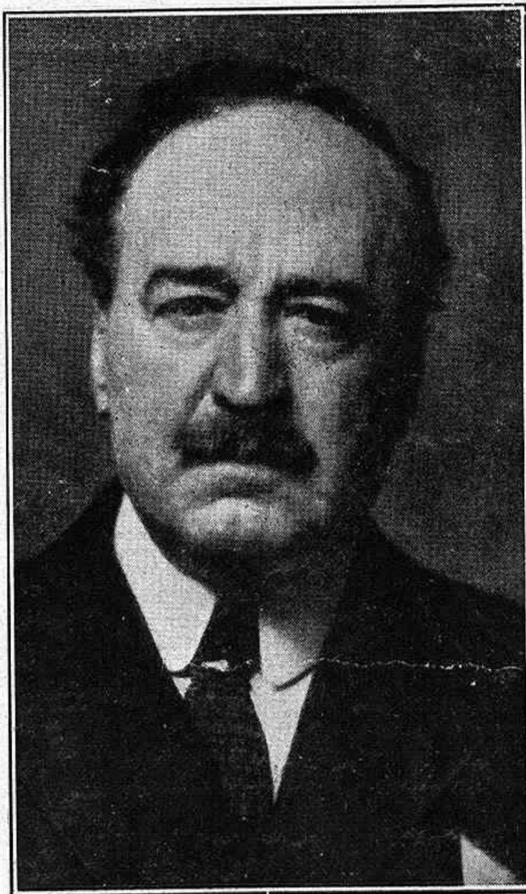
El maestro de Medán dejó partir de su lado al hijo pródigo con la seguridad de que este viaje sería sin retorno. Después de aparecer *Al revés*, dijo á su discípulo:

—Acaba usted de asestar un golpe terrible al naturalismo.

Barbey d'Aurevilly, con no menos exactitud, afirmó al ver á Huysmans avanzar por esta peligrosa revuelta de su vida:

—No le queda mas que escoger entre la boca de una pistola ó los pies de un crucifijo.

Huysmans sólo encuentra la verdadera religión en las solitarias iglesias de los monasterios,



Blasco Ibáñez en 1919



Biblioteca del eximio novelista en Fontana Rosa

(Fot. Campúa)

escuando los cánticos de la comunidad masculina, reunida en el coro con sobrias vestiduras medievales, ó de las monjas, apenas visibles á través de las celosías.

Sus distinciones llegaron hasta el cielo, estableciendo castas entre los bienaventurados. Se adivina su falta de interés por los santos famosos. A él sólo le emocionan los místicos que escribieron, ó los grandes abnegados que, en su desprecio á las miserias terrestres, alcanzaron los últimos límites de la santidad.

A San Juan de la Cruz lo ama con un fervor más literario que religioso. Santa Teresa es para Huysmans el gran lirio de la mística; pero un lirio castellano, duro y cortante como un arma de combate. Sus frescos colores son pintas oscuras. El lirio es interiormente de hierro forjado á martillo, lo mismo que una espada. Admira á estos dos santos españoles; pero sus simpatías son para los bienaventurados humildes y doloridos, que vivieron entre la oración y la basura. Sus gustos de autor naturalista, familiarizado con las miserias humanas, se exaltan al describir las enfermedades de estos santos. Escribió con entusiasmo un grueso volumen, la *Vida de Santa Lydwina de Schiedam*, joven milagrosa que tenía llagas y costras en todo el cuerpo y se caía poco á poco en pedazos. Otra santa italiana le infunde no menos admiración porque su mayor placer era lavar las úlceras de los leprosos, bebiéndose después el agua cargada de pus, como un acto de humildad.

En sus tres «novelas de la conversión» abarcó las materias que más interesaban á su catolicismo de artista. *En marcha* es la novela de la mística; *La catedral*, la novela de la simbólica, y *El oblato*, la de la liturgia.

En realidad, ninguna de las tres merece su título de novela. Durtal, el héroe de esta trilogía, es el mismo Huysmans, que cuenta lentamente en el libro *En marcha* cómo se convirtió. Luego, en *La catedral*, se extiende interminablemente

sobre el simbolismo de la arquitectura religiosa, y, finalmente, en *El oblato* describe el antiguo culto cristiano, modificado en las iglesias vulgares y que sólo se conserva escrupulosamente en algunos conventos.

Están escritos los tres libros con el estilo original y vigoroso de Huysmans, y tienen algunas

descripciones dignas de su antigua pluma de naturalista. Hay que advertir que el Huysmans, devoto, nunca renegó de su origen literario. Cuando le alababan sus pinturas de la vida conventual y ciertos retratos velazqueños de monjes, contestaba como en los tiempos de Medán: «He hecho eso empleando el único método bueno: el método naturalista.» Pero aparte de estos fragmentos, ¡qué pesadez la de los tres libros, densos é interminables! Se necesita una gran dosis de curiosidad y un vivo interés por el autor para poder llegar hasta el fin. Uno especialmente, *La catedral*, resulta interminable. Los más entusiastas de Huysmans reconocen que la procesión en las calles de Chartres es lo único que respira y vive en este libro anonadador por su documentación laboriosa y aplastante.

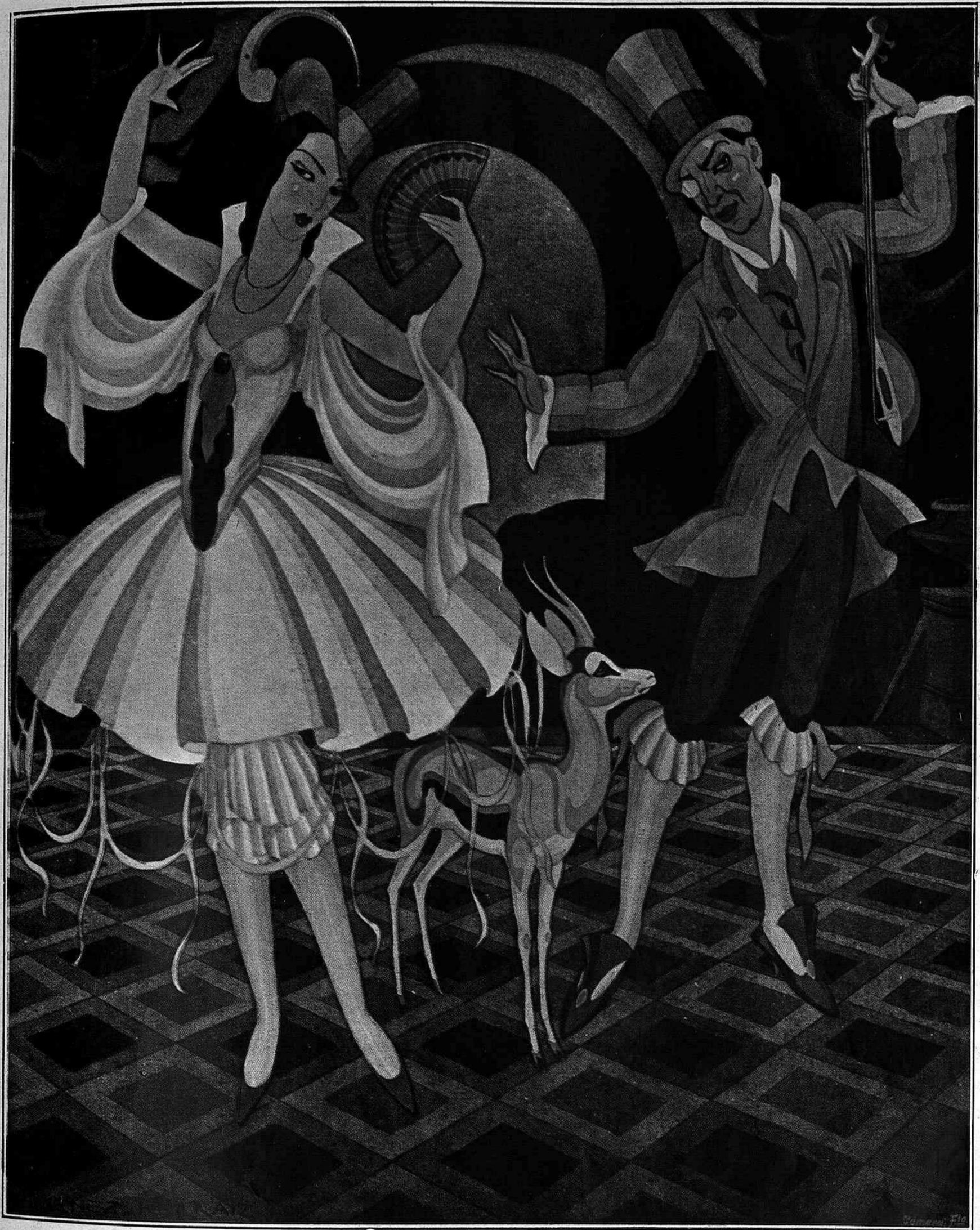
.....  
*La catedral* obtuvo menos éxito, y *El oblato* apenas si llamó la atención. El gran público, ansioso de novedad, había tenido bastante con *En marcha*. Por otra parte, los intelectuales se sentían fatigados de la nota monótona del Huysmans convertido y los católicos experimentaban una inquietud explicable ante este neófito agresivo que traía á su comunión los procedimientos del naturalismo. El antiguo lobo deseaba ser oveja, conservando con felicidad y hasta con orgullo su nueva y humilde piel; pero no permitía que le arrancasen los colmillos y le limasen las zarpas.

Todos los convertidos reniegan de su origen, lamentan su pasado, desautorizan sus propias obras. Huysmans no hizo nada de esto. Ninguna de sus antiguas novelas mereció su reprobación. Al contrario, las reimprimió siempre que fue necesario, pretendiendo explicarlas y adaptarlas á sus ideas presentes. Hasta puso un prólogo justificativo á su novela *Al revés*, el más libertino y extravagante de todos sus libros.

Escritor antes que creyente, no reconocía á la religión el derecho de vida y muerte sobre sus obras.



Último retrato de Blasco Ibáñez en 1928



«Music-hall», dibujo de  
A. Ximénez Herráiz





SE encontraron en ese cinematógrafo que da muchos meses después las películas estrenadas en los cines elegantes.

Allí se refritaban las películas con viruelas de luz y con esos tropezones de las imágenes cuando falta un pedazo de cinta, verdaderos resbalones en la acera luminosa y resbaladiza del film.

Estaban cansados los personajes, y los jerseys de las damas eran jerseys de saldo.

—¿Y será verdad eso?—preguntó el más proletario de los dos al otro.

—Ya lo creo... Toda América es una mina.

Aprovechando la luz de farol esmerilado que tiene la pantalla cuando se proyecta en ella una carta, el menos proletario de los dos vecinos de butaca miraba al otro observando su ansiedad, su manera de leer el correo de otros, como si le prometiesen á él parte en aquel negocio fabuloso de los buscadores de oro.

En la gran alcoba, para el soñar de los sedentarios, se iba desplegando el horizonte inexplorado de las nuevas minas, montes para los conejos humanos de la ambición.

Alejo, el pobre guarnicionero que no había salido de la Cava Baja, sentía deseos de correr, uniéndose á los que iban detrás de los portamonedas llenos de oro. En aquella película se sentía más carrerista á pie que en ninguna.

El de al lado, como de vuelta de aquella excursión, se refrenaba en el asiento. Era más cazurro que su compañero de casualidad, pudiéndose sospechar que era ese tipo que, en vez de contagiarse con la ambición, roba á los ambiciosos, llevando sobre seguro una ganancia cierta.

—¿Y á todo el mundo le está permitido meter su pico en tierra?

—A todo el mundo... Hay para todos... Poco á poco se va haciendo una bola de oro, como en los sitios nevados se hace de nieve.

Era inconcebible que de aquellos barbechos de la película brotase el oro, y más cuando no brillaba con brillo aurífero ninguno de los terrones arrancados á la ladera laureada.

—Es igual que si removiesen la tierra para prepararla para la siembra—dijo Alejo.

—Es que el oro sale mezclado con la ganga, y por eso no reluce.

Al aparecer en el ecran la última carta con luz de ventana abierta sobre el desayuno, el pí-

caro cazador de hombres vió que el guarnicionero estaba atraído por las tierras lejanas, como magnetizado por las lontananzas del otro lado del Océano.

Aquella última carta era la llamada á la emigración, el documento del kino del pasar el mar.

Ya como amigos que han desembarcado de la misma película, se dirigieron á la chocolatería abierta durante toda la noche.

En el camino, el pícaro cazador de hombres dió un rodeo para pasar frente á la agencia marítima, en que relucía el transatlántico de cebo.

—¡Qué hermoso!—dijo el pícaro—. No hay



nada como un viaje por mar; se recobra la salud, el optimismo, la fe en que se podrá tener una descansada vejez llena de riquezas.

El melancólico guarnicionero se sentía atraído por un puerto lejano, como si la más poderosa de las resacas hubiera penetrado tierra adentro y tirase de él.

—Yo no he temblado de esperanza como yendo en uno de estos poderosos buques... Después puede uno tener ó no tener suerte; pero ya no se olvidará nunca este viaje á la hucha del sol.

—¿La hucha del sol?—preguntó el torpe guarnicionero.

—Sí... Es un decir mío..., una comparanza, porque ya habrás observado que por donde se pone el sol, en donde se va ahorrando cada día, es hacia América...

—¡Ah!, sí—dijo el simplón, como si hubiese visto la imagen maravillosa en pirámide de grandes soles amontonados en el Banco de las Pampas.

Ya en la chocolatería, el sagaz cazador de hombres observó que el artesano miraba á los espejos como propendiendo al viaje, ansioso del pasaje posible.

¿Era ya hora de plantearle el dilema y poner sobre la mesa los impresos con los casilleros prontos á ser llenados?

El pícaro pensó que mejor era esperar al chocolate, cuando los buñuelos se cargan de chocolate como barcos enriquecidos.

Trajeron las jícaras, fuertes como almireces, y las dos docenas de buñuelos, aún como burbujas y pompas de aceite hirviendo, dorados al fuego de los cocineros del infierno, los mejores cocineros de la creación.

El guarnicionero, un poco sonambúlico, metió su buñuelo en el chocolate como quien bota un barco y lo fleta lleno de caños y canelas. Se sentía ya enfurrñado cosechero de algo, avaro acaparador, negrero de chocolates.

—Usted, realmente, ¿querría ir á América? Se lo pregunto en un rasgo de verdadera amistad, pues me ha sido usted muy simpático.

Alejo miró á su compañero con sorpresa y dejó caer varias lágrimas de chocolate sobre sus solapas.

—¡Ya lo creo!—dijo.

Entonces, el certificador de hombres para el otro mundo sacó el cuadernito de un pasaje y fué preguntando fechas y detalles á Alejo, exprimiéndole de las últimas confidencias.

—Va á ser todo cinematográfico en su nueva vida... Ha tenido usted suerte en encontrarme esta noche... Hasta podrá salir en el *Redenta*, que sale dentro de tres días... Mañana mismo puede salir para La Coruña.

—Mejor—dijo Alejo—. Una cosa así hay que hacerla sin despedirse de nadie, y más cuando yo no me llevo nada que no sea mío.

—¿Y algún corazón?

—Tampoco... No hace mucho que finiquité con la última, que tenía más ambición de tanguista que de mujer de su casa.

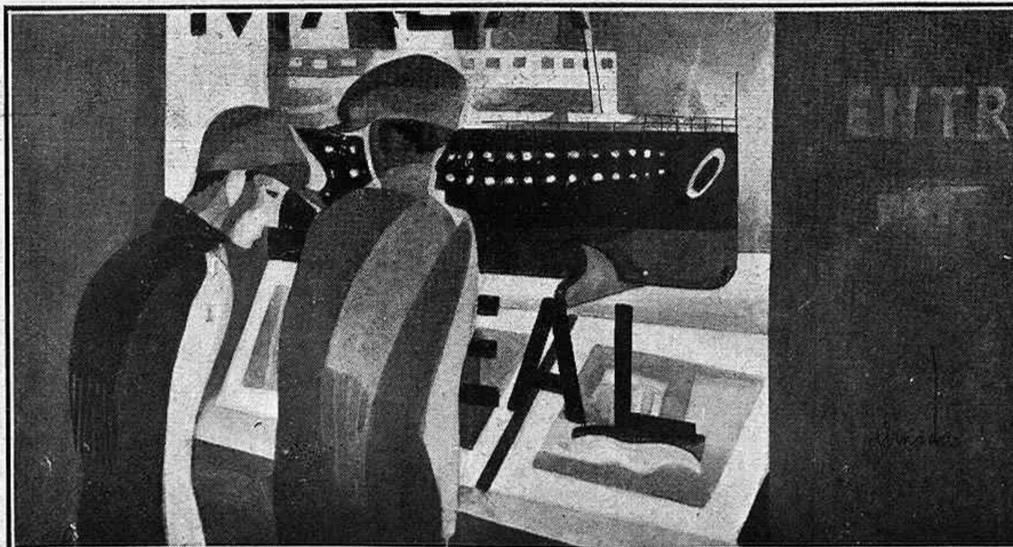
—Bien... Allí encontrarás alguna rica...

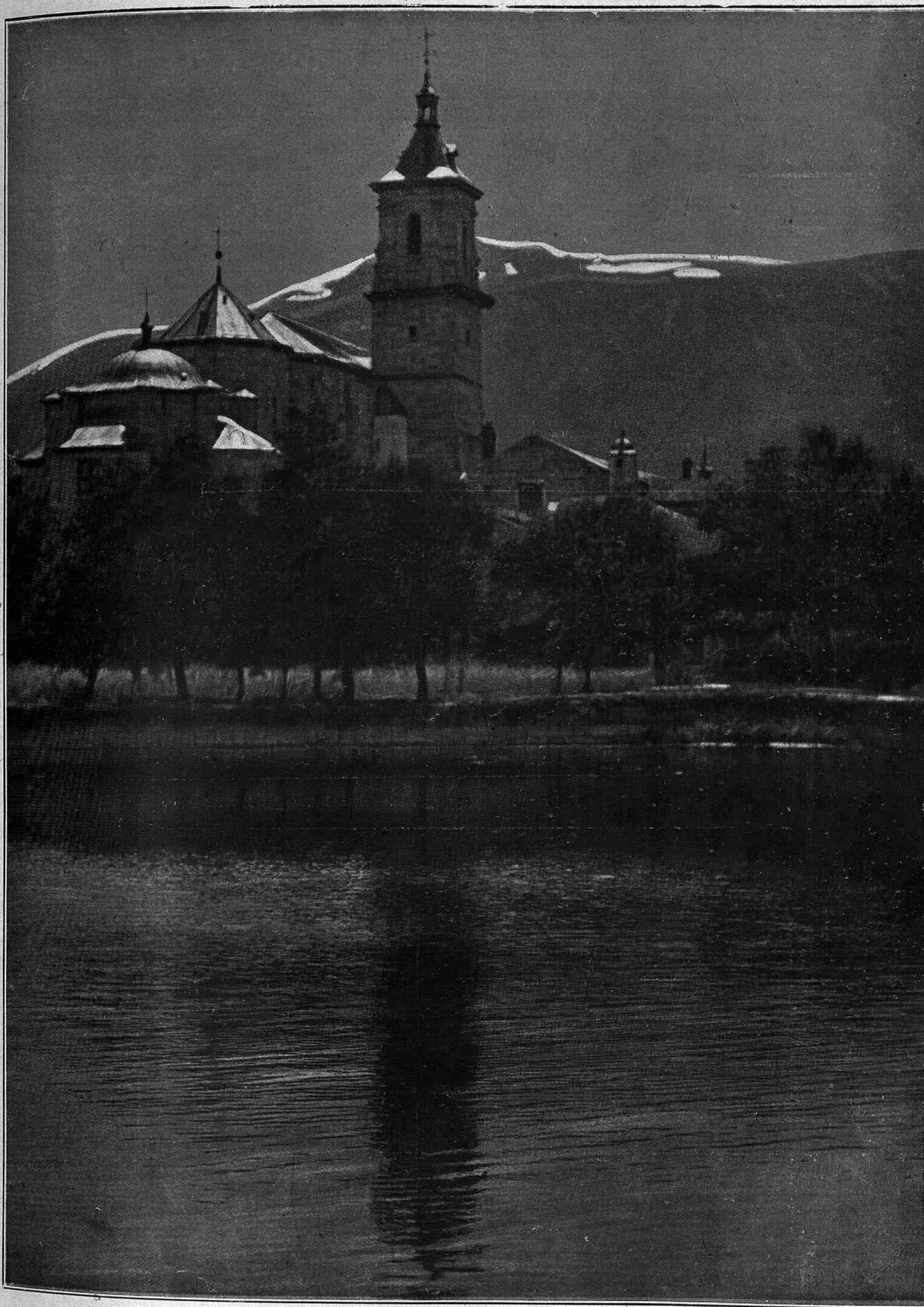
Ya era muy tarde, y en esos negocios el alba puede echarlo á perder todo. Ahora, una comida al mediodía y despedirse del pobre hombre de la maleta en los andenes del Norte.

Se separaron con un efusivo apretón de manos. Y el pícaro embalador de hombres se fué satisfecho á su casa con la nueva prima en el bolsillo, echando cuenta de la inversión de aquel dinero, que era como el último vestigio que queda de cuando se vendían los hombres.

Aquel aprovechamiento del cinematógrafo como reclamo de nostálgicos de lo remoto le estaba dando un gran resultado. Ya llevaba enviados cincuenta hombres á la voraz América, calcinadora de esqueletos.

(Dibujos de Almada)





*Las bellas perspectivas españolas*

El Monasterio del Paular. Y al fondo, las cumbres de Castilla, encaperuzadas por la nieve del invierno (Fot. Mendoza Ussía)

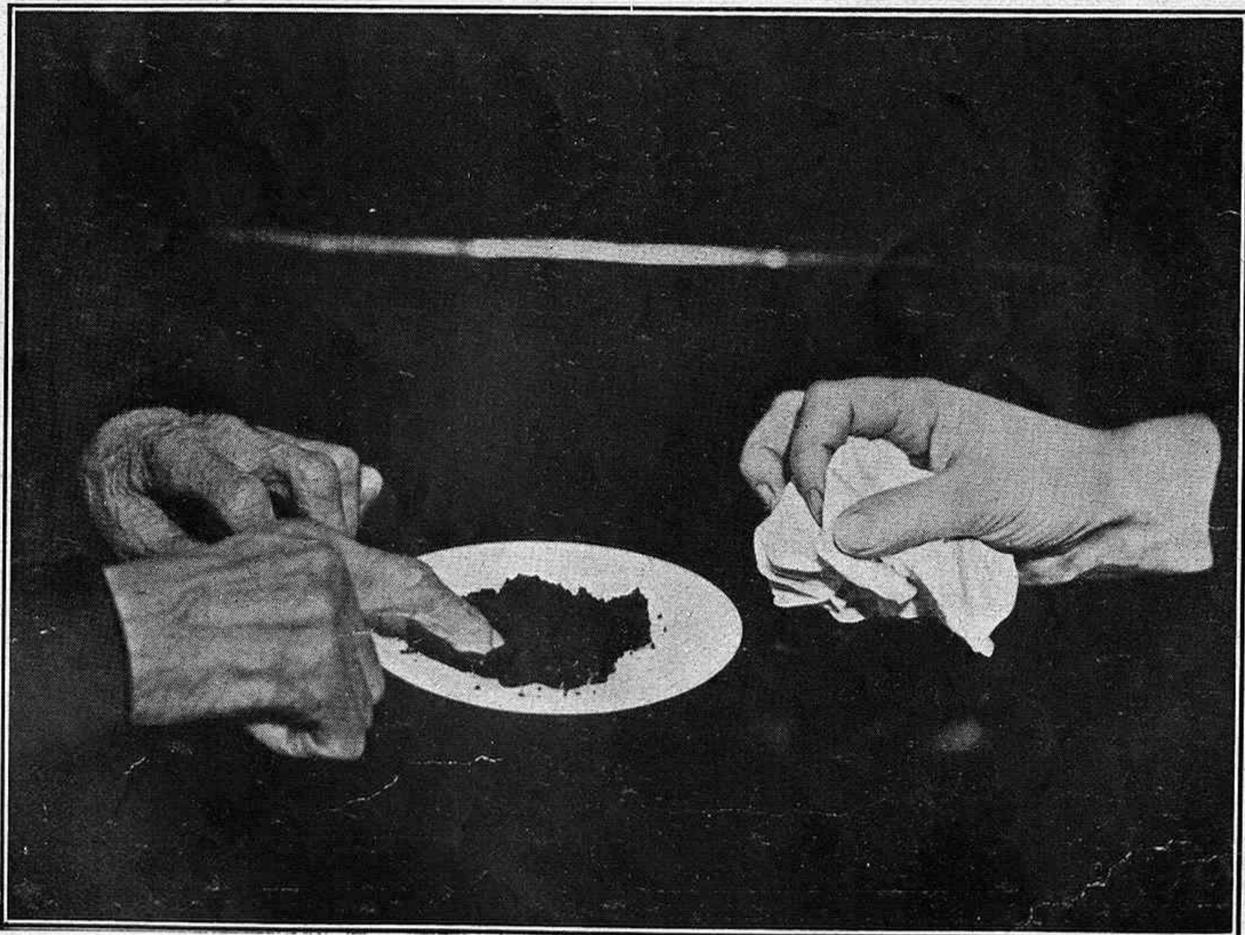


# GENTES QUE VIVEN DE LA CREDULIDAD AJENA

## LAS ADIVINADORAS BERLINESAS



La adivinadora dice profética: «Viajarás por el mar, pero has de evitar el encuentro de cierto amor»

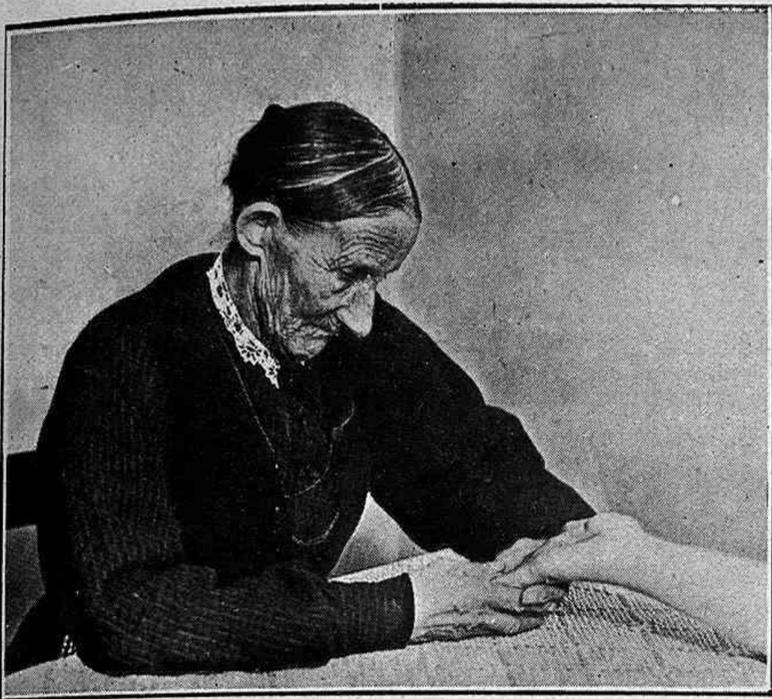


Las manos de la vieja adivinadora revuelven posos de café. Enfrente, la crispada mano de una mujer oprime un pañuelo empapado en lágrimas

**E**L hombre es un curioso por excelencia, y de todas sus curiosidades, la más viva es, evidentemente, la curiosidad del porvenir. Quizás les sería fácilmente profetizable, y aun, lo que es más, modificarle un poco á su antojo si pensarán que el porvenir es hijo del presente y nieto del porvenir; pero, in-

natamente perezosos, piensan con un fatalismo oriental que el porvenir «está escrito» y se creen juguetes del destino cuando pudieran hacer al destino su juguete.

De esa pereza viven las adivinadoras de todas las especies, sibilas, brujas, cartománticas, quirománticas, sonámbulas más ó menos extralúcidas y vulgares gitanas.



Una típica adivinadora, de los buenos tiempos, lee el sino en las líneas de las manos

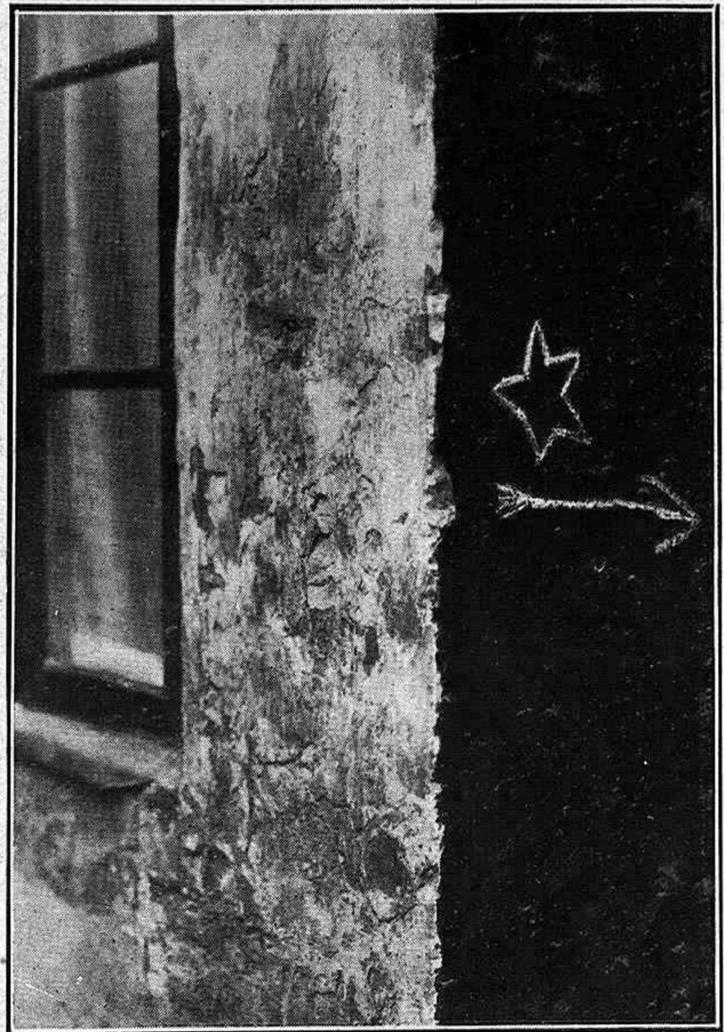
Nuestro país, con su fama injusta de atraso, no es el más entregado á esas creencias absurdas; los periódicos extranjeros están llenos de anuncios de sibilas y nigrománticos, y en algunas platerías de París, «cerebro del mundo», venden una suerte de relicarios con ¡cuerda de ahorcado!, productora de la felicidad.

De Berlín mismo, centro de la supercultura, nos llegan las curiosas fotografías que damos en estas páginas; ellas muestran que la adivinación es en la capital de Alemania una industria próspera y lucrativa, y que desde el clásico procedimiento

del «marco de café», tan corriente en la época del drama de los venenos, hasta la corriente y perpetua cartomancia, sin olvidar la quiromancia, tienen allí cultivadores y devotos.

¿Hay algo de verdad en las prác-

ticas adivinatorias? Un gran psicólogo francés, muerto demasiado joven, Vaschide, sintetiza en un libro admirable, *La Psicología de la Mano*, cuanto de la mano puede decirse y cuanto la mano podía decir en su época... Lo que podía decir era más del pasado que del futuro, y para conocerlo era necesario saberlo leer. Así, leía Letamendi en la fisonomía de enfermos y sanos, y lo que algunos juzgaban previsión taumatúrgica del futuro, era sólo y sólo puede ser en el terreno científico actual, el único discreto, deducción lógica de lo pretérito.



Por estar prohibido en Berlín el ejercicio de la adivinación, la clientela tiene que buscar á la adivinadora siguiendo señales misteriosas trazadas en los muros



Las cartas forman una estrella, en la que la adivinadora lee el porvenir

El desdén de Quevedo por la quiromancia fué excesivo, ciertamente; pero las «brujas» berlinesas no son discípulas de Vaschide, y los posos de café son infinitamente menos veraces que las rayas de la mano.

Pero esas rayas guardan sigilosamente su verdad, y hace falta haber observado muchas y tener un sagaz espíritu analítico y un fuerte poder de asociación para arrancarlas su secreto y oírlas contar el pasado de un sujeto.

Para traducir los rasgos fisonómicos del sujeto, infinitamente más expresivos de su psiquis que las rayas de la mano, es ya indispensable un largo y minucioso estudio. Letamendi expuso en una de sus obras el modo de realizarle, y hacerlo puede ser labor interesante descubridora de mundos insospechados.

Las hijas *berlinesas*, como las gitanas de todos los países—que no sólo Granada las tiene—no han hecho ciertamente esos estudios, ni es de suponer que tengan étnicamente y por herencia ese poder adivinatorio. Lo que se transmiten de madres á hijos es una serie, muy limitada por añadidura, de relatos fantásticos que aplican indistintamente. Si un folklorista se dedicase á recojer cuidadosamente esas profecías, se asombraría pronto viendo cuán poco es necesario para explotar la pública credulidad durante siglos.

No seamos, sin embargo demasiado escépticos; pero, sobre todo, más que á descifrar nuestro porvenir, apliquémonos á forjarle... El hombre, dice la sabiduría, es hijo de sus obras.

Por lo demás, la ciencia tiene hoy medios de conocer y aún de mejorar el porvenir en ciertos aspectos de la vida cuando menos. Los psicólogos que cultivan la orientación profesional, por ejemplo, no son en el fondo otra cosa que investigadores del porvenir, mediante técnicas apropiadas que conducen ó conducirán, cuando sean más constantemente aplicadas, á la fórmula suprema de organización social, haciendo que cada hombre ocupe su puesto y cada puesto tenga su hombre. Por ese camino podrá irse más lejos que consultando á las sibilas de Berlín.

R. V. L.



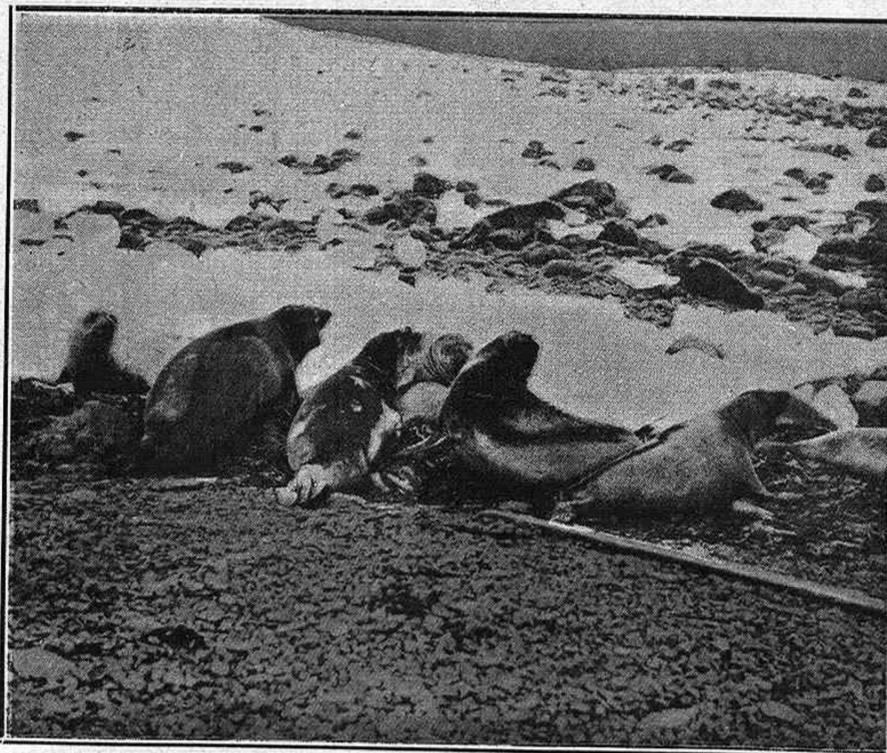
La estación pesquera de Greyriken en los mares del Sur, donde se ha instalado recientemente otra estación de telegrafía sin hilos

## LAS GRANDES INDUSTRIAS DEL MAR

### *Una interesante expedición ballenera á la región antártica*

DESDE que á fines del siglo xvi empezaron á competir los balleneros ingleses en los mares del norte con los noruegos y los vascos, que desde dos centurias antes venían practicando esa industria tan productiva como arriesgada, fué preocupación constante de los gobiernos británicos mejorar las condiciones de su flota pesquera y estudiar los medios más eficaces, desde los puntos de vista científico y práctico, para que la industria ballenera inglesa alcanzase el mayor grado de perfección posible; base esta de su prosperidad y defensa segura contra la competencia de las industrias similares extranjeras.

Perseverando en ese propósito, el gobierno británico ordena frecuentes expediciones de estudio á los mares polares, ya para determinar con exactitud las causas que puedan influir en la abundancia ó escasez de pesca de grandes cetáceos en las regiones ártica y

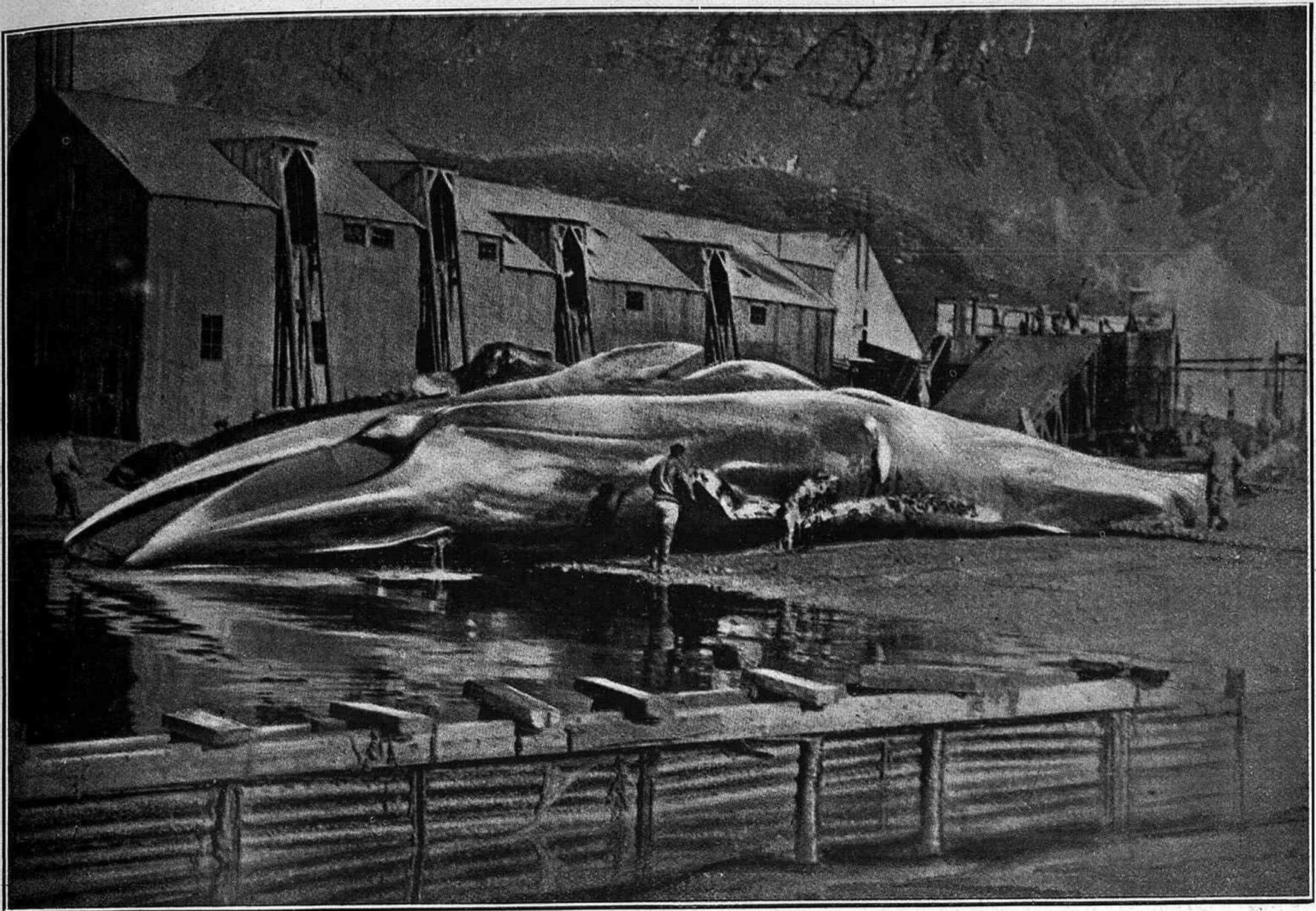


Un grupo de elefantes marinos en las heladas regiones antárticas

antártica, ó bien para precisar los lugares que pueden ser más favorables para el establecimiento de las estaciones balleneras.

Actualmente, y en vista de la creciente escasez de balénidos que se observa en los mares septentrionales por efecto principalmente de la inconsiderada persecución de que ha sido objeto la ballena en dichas aguas desde la adopción de los barcos de vapor, dirige sus estudios el gobierno inglés á los mares australes, donde dicho cetáceo, aunque de menor valor comercial que el ártico, por ser de más pequeña talla, se presenta ahora con gran abundancia.

Una de esas expediciones la ha efectuado recientemente el buque ballenero *William Scoresby*, armado y equipado con material científico especial, y que durante seis meses ha recorrido las aguas antárticas, visitando las principales estaciones balleneras y haciendo un estudio detenido no sólo de la familia de los balénidos, sino



Estación ballenera de Georgia del Sur, la más importante de los mares antárticos

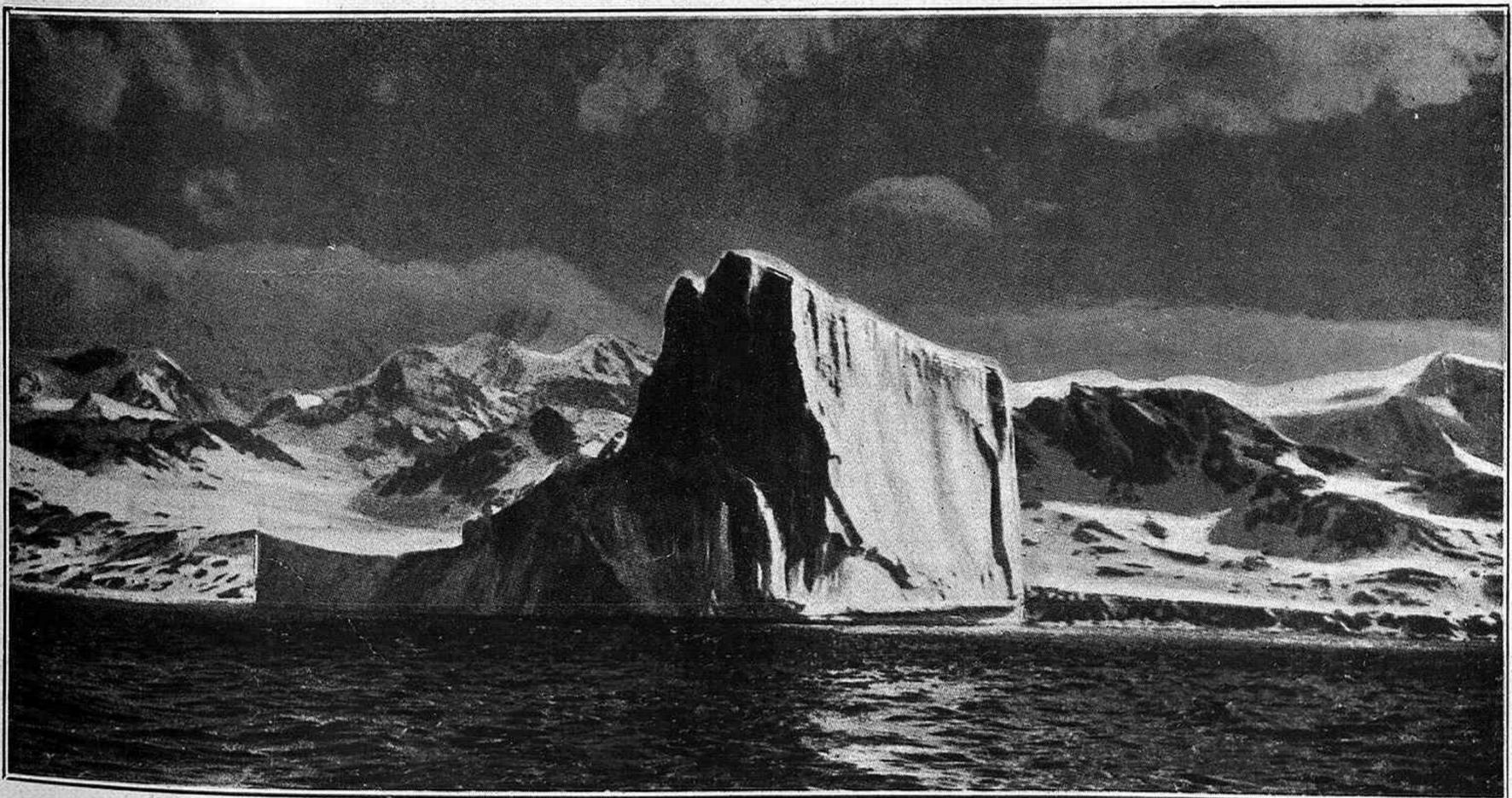
en general de la fauna marina. De dichas estaciones, la más importante es la de *South Georgia*, isla del extremo austral del Atlántico, en las cercanías del Océano Antártico y á unos 1.800 kilómetros de la Tierra del Fuego. Las fotogra-

fías que acompañan á estas líneas fueron tomadas por el servicio técnico del *William Scoresby* durante las diversas etapas de este viaje científico, que evidencia con qué celo perseverante y con qué atención sostenida cuidan los gobiernos

de Inglaterra los intereses materiales de la nación, velando constantemente por su progreso y mejoramiento.

D. R.

(Fots. Ortiz)



Un iceberg gigantesco (aproximadamente 350 metros de altura), hallado en su viaje por los mares antárticos por el ballenero «William Scoresby»

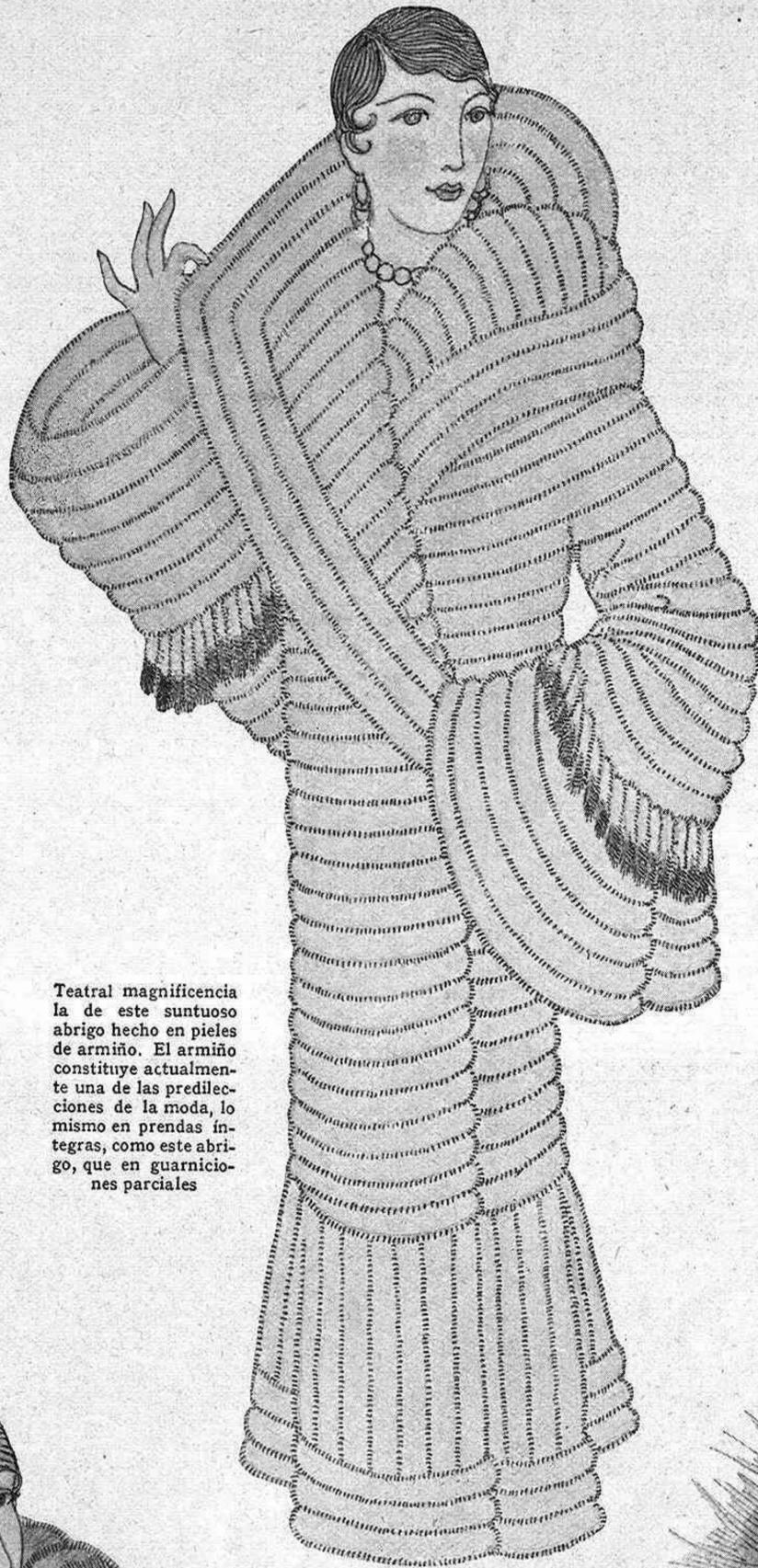
# Elegancias

UNA temporada en la Costa Azul no puede ser considerado hoy día como un lujo. Desde hace tiempo constituye una necesidad para todas aquellas mujeres que durante el invierno han hecho la vida ajetreada en las grandes capitales. Para la mujer de mundo el invierno exige el máximo de actividad, y esta vida intensa impone algún descanso. Y nada más apropiado para un descanso corporal y espiritual que la paradisíaca Costa Azul, lugar maravilloso por su clima y sus perspectivas deliciosas.

En la Riviera es donde se lanzan las modas primaverales. Allí se ven en confusión las *toilettes* más lujosas y los más modestos trajes deportivos, dominando, sobre todo, una nota de independencia demostrativa de que todas las tendencias tienen su adecuado marco.

Sin embargo, la mujer que se precia de ser elegante no debe ignorar que la vida de la Riviera exige un guardarropa especial, pues si es cierto que todas las extravagancias y absurdos de la moda se admiten como la cosa más lógica, no lo es menos que lo que no ofrece una nota *chic* se rechaza de una manera terminante.

No todos los trajes hechos en la capital pueden usarse en la Costa Azul, pues hasta el tono de los tejidos varía bajo el añil purísimo del cielo de las playas costeñas. Trajes de *sport*, indicados para las ma-



Teatral magnificencia la de este suntuoso abrigo hecho en pieles de armiño. El armiño constituye actualmente una de las predilecciones de la moda, lo mismo en prendas íntegras, como este abrigo, que en guarniciones parciales



A veces, la moda repite un mismo motivo en las distintas partes de un solo conjunto. Así, por ejemplo, en este fieltro de un tono gris, de un tono que se repite en la bufanda. Lleva ésta unas incrustaciones en verde musgo, azul turquesa y fram-buesa



Entre nuestras elegantes son muchas las partidarias del gracioso contraste que forman los voluminosos cuellos en piel ó terciopelo fruncido con los peinados muy ceñidos



En los trajes y los abrigos de noche son de una suprema elegancia los adornos de flores en «tisú» metálico y «strass»...



Vestido de «crêpe marocain beige» sobre un fondo marrón



ñanas al Bosque de Bolonia, pueden desentonar lamentablemente en la Croisette. Como es difícil, asimismo, resultar perfectamente elegante bajo las luces intensas del Casino con *toilettes* que no hayan sido confeccionadas con este objeto.

El *sport* ocupa en la Riviera la mayor parte del día, y, por lo tanto, debemos concederle una capital importancia al traje deportivo.

Una mujer elegante que piense pasar allí quince días debe poseer, por lo menos, tres de estos vestidos: uno de seda, estilo *camiséé*; otro de *hashatoil*, y un tercero para llevar en las horas más frescas de la tarde, de *trois pièces*, en jersey ó lana inglesa.

Para los trajes de vestir, son el cres-

nar con sobrios colores y forros oscuros.

La piel de *renard*, chinchilla, armiño ó marta cibelina es la guarnición más apropiada y más rica para estos modelos.

En cuanto al calzado, éste debe armonizar muy discretamente con las *toilettes*; por ejemplo, para llevar con los trajes deportivos, debemos de huir de los modelos recargados, acogiendo las tendencias sencillas y propias para el caso.

La fantasía puede adueñarse, en cambio, de nuestros zapatos de tarde y de noche. Estos modelos podrán ser todo lo lujosos que se quiera, pues cuestan un dínaral, y no van á carecer, no ya de buena forma, sino de elegancia y de riqueza.

ANGELITA NARDI



Dos vestidos de tul bordado, según modelos de Jane Duverne



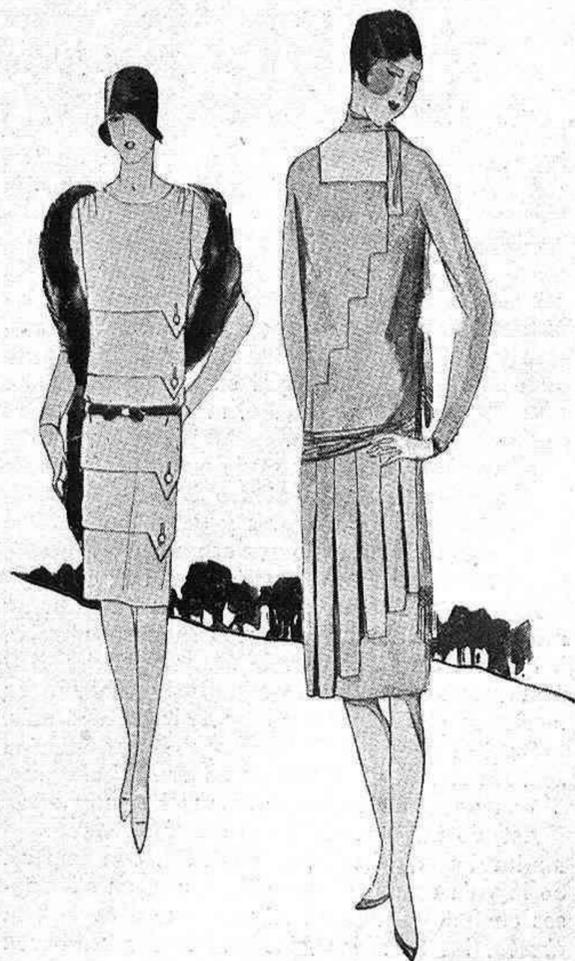
pón de China y el *georgette* los tejidos más adecuados; para el abrigo, el *kasha* natural, guarnecido con piel de *lynx*.

Lo mismo para los modelos de *sport* que para los de tarde, el sombrero debe ser de fieltro, en tonos neutros, y, á ser posible, el *grège*, que armoniza admirablemente con el *beige* ó gris, que son los más en moda.

Respecto á los trajes de *soirée*, el *georgette* y el tul son las telas indicadas.

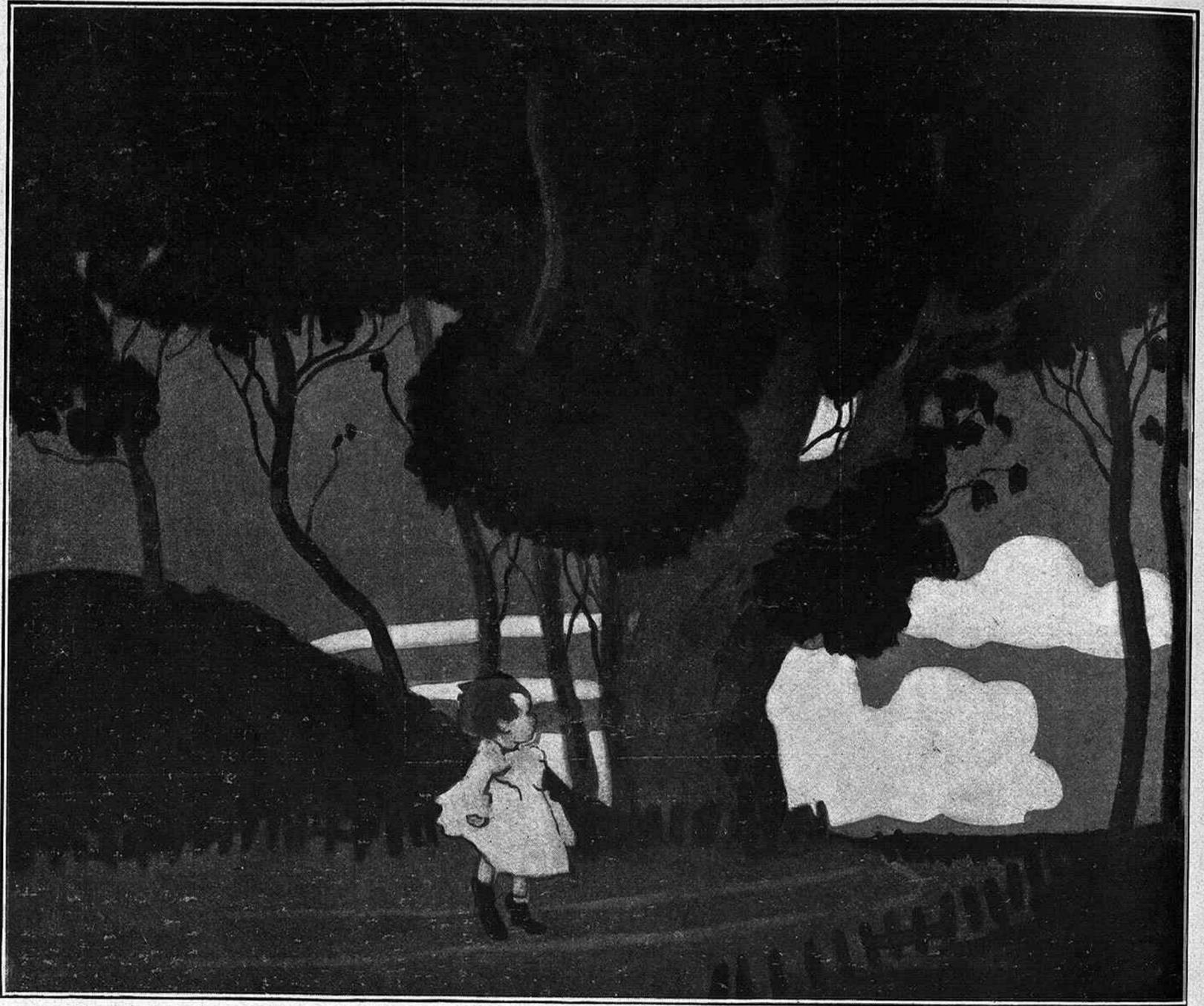
El color negro es indispensable, como lo es asimismo un color estridente para la *toilette* de más vestir.

En cuanto al abrigo ó capa, se deben combi-



Dos vestidos de «crêpe marocain» en tonos neutros, según modelos de Lauvin y Lebouvier

## « TATÍN » PREPARÓ UN « RAID »



A *Tatín* le pusieron los Reyes un tren que no iba a ninguna parte, un cañón de exiguo alcance y un aro de madera.

El tren no le agradó mucho. Daba vueltas y vueltas, siempre igual, persiguiéndose a sí mismo y corriendo por el comedor, donde había que imaginar los paisajes y el panorama. El cañón fué abandonado al quinto disparo. ¿Qué podía hacer él, con un cañón que no podía echar abajo la puerta de la despensa, ni la trampilla del trinchero donde mamá guardaba los dulces? En cambio, el aro le entusiasmó. El aro era su vehículo. Con él salía al campo, corría por la carretera y lo encerraba en el *garage*, donde papáito guardaba el *auto*, el mayor su *moto*, y Alfonsito un aeroplano muy pequeño, muy pequeño, pero que parecía de verdad...

*Tatín*, que hacía como que no se enteraba de nada, pero que estaba atento a todas las conversaciones de los mayores y de su papá, llegó a tener cierta idea de lo que es un *raid*. Y pensó, en su pequeñez, con altiva ingenuidad, con graciosa petulancia inocente, que él podía hacer un *raid*, como los hombres. Ya se lo imaginaba hecho. Y que venían redactores de *Macaco* y del *TBO* a pedirle retratos y a preguntarle cuál era su merienda preferida ó qué juguete le gustaba más.

Desde luego, el *raid* había que hacerlo con el aro. En el tren no es posible hacer *raid* ninguno. Y con aquel cañón no se alcanzaba muy lejos.

Estuvo madurando el plan algún tiempo. Lo maduraba en silencio, con astucia, con esmero. Se le veía en amplias meditaciones, en silenciosos ensimismamientos. Alguna que otra vez, la *chacha*, los hermanos, los padres sorprendieron aquella extraña quietud, tan poco suya. Se le acercaron mimosos y solícitos, acariciándole, con algún sobresalto y temor. «*Tatín*: ¿estás malo,

qué te pasa?...», le decían ante su actitud hermética, de insólita frecuencia.

—Nada, nada; estoy bueno...—decía *Tatín*, y acariciaba el aro con ansia insospechada. Y reía.

Le mimaban, le ponían todos las manos en la frente y se retiraban más tranquilos. «Anda á jugar...», acababan por decirle todos.

El pequeño se sentía ufano. ¡Ya vería su familia lo que era bueno! Cuando lo hiciese, le abrazarían más y más. ¡Qué gusto!

Con tino y cuidado dispuso, al fin, un día empezar el *raid*. Esto es, «hacer un viaje muy largo y con peligro», según su idea. ¿Un viaje largo? Había que dirigirse hacia el río. Cruzar el puente y seguir por el sendero de la montaña hacia arriba; aquel sendero tan estrecho, tan retorcido, que sabe Dios adónde iría á parar.

Como lo pensó lo hizo. Salió sigilosamente de casa y echó á correr, dale que te das al aro, camino del río. De pronto se paró. Estaba fatigado, y además había aprendido que los grandes *raids* tienen etapas. Y junto á un árbol que le deparaba acogedora sombra, descansó.

¿En los *raids* se comerá?, empezó á pensar *Tatín*. No lo recordaba. Se le había olvidado el detalle ese. Pero como tenía hambre, metió su mano gordezuela, sonrosada, en el mandilín, y cogió una manzana. La mordisqueó ansiosamente, sorbiendo el jugo de gratos acideces refrescantes. Se puso los carrillos y labiezuelos húmedos, y reanudó su viaje, sin meta conocida, de rumbo incierto.

Tornó al cabo de un rato á descansar. Estaba solo y había llegado á un altozano, desde el que se vislumbraban varios caminos tentadores que le colmaron de perplejidades inéditas. El viento le envolvía cariciosamente, y apenas si hacía

algún rumor impreciso y vago que no se percibía íntegro. Había dejado el viento allá abajo, junto á los árboles, su cortejo de sinfonías diversas, y su ulular amplio, de lueñes ecos. Allí se iniciaba una pendiente, al principio suave y luego más pina, que venía á dar junto al río, allá en lo hondo, que salvaba un puente. *Tatín* no se arredró. Cogió el aro, le dió con la varita con que lo conducía y echó por el camino abajo.

Pero el aro funcionaba mal. Como dotado de una propia fuerza invisible, henchida de ímpetu impensado, empezó á rodar en demasía para las breves fuerzas, ya un poco cansadas, del pequeño. Y así fué que se le marchó de las manos y de su alcance. Entonces, el aro, solo, dirigido por aquel ser misterioso que no se veía, se dirigió recto, pendiente abajo, cada vez más ligero, más ágil, más veloz...

*Tatín* quedó de pronto parado. Echó á correr después un poco, hasta que se dió cuenta de su impotencia. Y se puso á llorar desconsoladoramente.

En tanto, el aro seguía dando unos saltos graciosos, en caminar perfecto que nadie dirigía, que nadie empujaba. *Tatín*, á través de sus gruesos lagrimones, veía cómo sin él seguía el *raid*; pero sin descanso, sin un tropiezo, con más seguridad que antes...

Pero el aro, que iba ciego, se salió del camino, se metió en unas tierras, y al cabo se hundió en las aguas azules, burbujeantes, del río, que lo recogió en un momento y se lo tragó de súbito.

*Tatín* seguía llorando. Había perdido su aro; había fracasado en su intento, y temía, además, unos azotes que ya le empezaban á escocer, y eso que no se los habían dado todavía...

E. ESTEVEZ-ORTEGA

(Dibujo de Cerezo Vallejo)



## SINFONIA DE CARNAVAL

Amazona en galápago de oro,  
carreta cojitranca de los faranduleros,  
mi ideal de belleza, con las manos en alto,  
iba sin rumbo, hasta que florecieron,  
compañeras mellizas, las juveniles lonas  
de los aviones en el viento.  
Y apareció en la noche la alegría,  
Carnaval en el cielo;  
las estrellas en fuga,  
serpentinatas que lanza el Padre Eterno,  
en el blanco camino de Santiago,  
y sobre el antifaz de terciopelo  
con que la noche, en su cerril noviazgo,  
espera al sol en el cojín del tiempo,  
para apresarlo en sus morenos brazos,  
parral cuajado de racimos negros.  
Las mariposas han dejado el polen  
en la infecundidad de los espejos.  
La noche está como á crayón rayada,  
mientras que pasa en la carroza Venus,  
bajo la lluvia de las serpentinatas  
y el confetti de estrellas de los ángeles. Vemos  
que está la mocedad de las tinieblas  
llena de augurios nazarenos.  
Florecen como fresca *bubanguilia*,  
jovial y azul, las barbas del Abuelo.  
Jamás miró más lirios en las manos

## MASCARONES JOVIALES

la juventud que en estos tiempos.  
Le han nacido raíces en la cepa  
al celeste madero,  
entre una navidad de golondrinas,  
y huele á amanecer y á pinos nuevos.  
Plata joven y piedras preciosas,  
la Cruz del Sur muestra en la sombra abiertos  
los brazos. Luz primaveral. Parece  
que se estuvieran deshojando almendros.  
El mundo cascarón de San Francisco  
ya es maceta de nardos mañaneros;  
jaula de alondras y de tordos jóvenes,  
el corazón del Nazareno.  
Momo se fué con su carroña antigua.  
Ahora San Juan monta el blanco cordero  
para alegrar á los muchachos  
que van tras de sus aros por los parques del  
libres al aire las azules blusas, [cielo,  
desmelenada el alba del cabello.  
La noche es una negra trenzadora de tangos,  
con el ritmo caliente del desierto;  
las estrellas, palomas en las palmas abiertas  
de sus manos de ébano,  
y hay músicas de crócalos en los cedros del Lí-  
[bano  
de sus piernas que son los violines del viento.  
Este mundo tenía

que rellenar de placidez sus muertos,  
como con paletadas de tierra  
se cubre el rojo cuajarón del ruedo.  
Van quitando el hollín á las nubes  
los aviones ligeros,  
y arrancan á las minas siderales  
claros diamantes para el puño negro.  
Ha sacudido el castañar copudo  
todas las ramas y espantó al mochuelo;  
retalla entre la verde canción de la cazumbre  
y se ciñe el tronco de hijuelos.  
Carnaval sin cartones absurdos,  
sin ironías, sin amargos dejos,  
heraldo de la primavera,  
carroza blanca de Febrero.  
Alegría joyante y desnuda  
que es gaviota en el aire, golfín en el Océano.  
Púgiles juventudes en las alas  
y amaneceres en el pensamiento.  
Rizos de aviones blancos en la noche;  
Carnaval en las pistas del cielo:  
nunca se vió la sombra luminosa  
más llena de *confettis* de luceros!  
Sin las prebendas del antiguo oficio,  
la luna llora bajo el cartón viejo.

ALFONSO CAMIN

(Dibujo de Bujados)

# UNA CACERIA REGIA DE LIEBRES EN LA FINCA



Su Majestad el Rey dirigiéndose, á caballo, á tomar parte en la cacería, en la finca del Rincón



El conde del Rincón ofreciendo un «sandwich» á Don Alfonso, durante un descanso, en la cacería de liebres celebrada en Villamanta

# DE LOS CONDES DEL RINCÓN, EN VILLAMANTA



Su Majestad la Reina doña Victoria, dirigiéndose, á caballo, á participar en la cacería de liebres. Al fondo, su augusta hija la Infanta doña Cristina



Sus Altezas Reales las Infantas doña Beatriz y doña Cristina, acompañadas de la duquesa de Lécera, durante la cacería en la finca de los condes del Rincón

(Fots. Marín)



Millones de criaturas hermosas orgullo de sus papás, atestiguan con sus envidiables colores, la superioridad de la leche condensada marca

## “LA LECHERA”

garantizada sin desnatar y elaborada por los procedimientos más modernos. La marca afamada por 60 años de éxitos en la delicada misión de criar niños robustos.



Muestras y folletos gratis a quien los solicite.  
SOCIEDAD NESTLÉ  
Vía Layetana, 41  
Barcelona

# LO QUE SOÑAMOS Y POR QUÉ SOÑAMOS

El estudio de los sueños despierta cada día mayor interés. Su interpretación ha pasado de ciencia oculta reveladora del porvenir á ciencia psicológica de aplicación directa é inmediata, sobre todo en las neurosis, según la escuela de Freud.

No sólo esta aplicación directa y fundamentalmente útil, sino las que han hecho algunos psicanalistas, como Otto Rantz, al estudio del origen de la poesía de los mitos y de las leyendas, ó Luma Valdry y otros muchos antes y después del psicoanálisis á las creencias religiosas y teosóficas, incitan muy marcadamente la pública curiosidad; pero la devoran tal vez llevando el espíritu á divagaciones, hipótesis y teorías que dificultan y oscurecen la verdadera investigación científica del problema, sin la cual, en definitiva, nunca podrán tener base sólida las aplicaciones.

El profesor de la Universidad de Roma Sancte de Sanctis ha creído necesario volver las aguas á su cauce, y ha publicado un interesante estudio de carácter fundamentalmente psicológico colocando los sueños en su medio natural: qué es el sueño y su medio más natural aún y más general: la actividad psíquica del individuo.

Para hacerle parte de dos conceptos modernos universalmente admitidos: el que considera lo psíquico como una «actividad» especial á que puede convenir la denominación de *energía psíquica* y el que admite que la conciencia es la manifestación más esencial y más elevada la actividad psíquica individual, la «característica psíquica» humana por excelencia.

El criterio, también universal actualmente, de que los sueños son también una actividad psíquica, le lleva á distinguir: una conciencia propiamente dicha, el modo específico de la conciencia durante la vigilia y una conciencia onírica, modo específico de la conciencia durante los sueños.

Esta segunda obra también durante la vigilia; pero sólo se sistematiza en los momentos graves de la vida (agonía, éxtasis, momentos heroicos ó estéticos, etc.) Faltan en ella la experiencia sensorial inmediata y las exigencias rigurosas de tiempo y espacio, como se ve en los poetas Homero y Dante, por ejemplo.

Los contenidos de una y otra conciencia son también diferentes; está demostrado por Maury, Delboeuf y otros que los sueños hacen nacer recuerdos que la conciencia vigil no puede penetrar, y el ambiente mental en que actúan—el escenario de los sueños—, según la frase de Fecner, ó el lugar psíquico, según Freud.

Sancte de Sanctis no cree, y esta opinión la expuso ya antes de Freud, que en los cuadros que se suceden en el escenario del sueño reine el desorden é impere el azar, y explica que se haya podido pensar así porque los ensueños no han sido en general estudiados científicamente. El azar dominante en la recolección de datos se interpretaba como azar de los hechos á que los datos incompletos, por diversas razones, y desconocedores muchas veces de las condiciones físicas inclusive en que los sueños se realizaban.

Las observaciones de enfermos mentales dieron la razón al profesor de Roma, encontrando un orden y una finalidad en las acciones de hipnotizados y de sonámbulos, en la «segunda» personalidad en los casos del llamado desdoblamiento y en determinados automatismos ambulatorios de histéricos y de epilépticos.

La dualidad de conciencias no implica dualidad de naturaleza; único es el sujeto, dormido ó despierto, única la experiencia, única la actividad del organismo y del sistema nervioso en los dos estados de vigilia y de sueño, y, á despecho de todo contraste aparente, las dos conciencias no son separables y autónomas en toda su extensión. Sus relaciones son tan íntimas que los sueños han sido considerados por la inmensa mayoría de los observadores; y desde los tiempos más remotos, como un reflejo deformado de la actividad psíquica vigil ó como una elaboración extravagante de la experiencia cotidiana ó como una reaparición de lo profundo de nuestro espíritu y de nuestro pensamiento. Sólo excep-

psíquica. Esto corresponde á otros puntos de vista; por ejemplo, al de Claparede, que tiene el desinterés por una condición esencial del ensueño, ó el de Rignano, que supone la analectividad del sujeto durante los sueños.

Cuando se dice que los sueños son el reino de lo subconsciente se expresa la misma idea, y para hablar con más exactitud se debería decir que la actividad psíquica durante el sueño no sólo elabora un material que no siempre es familiar á la conciencia vigil, sino que la experiencia de la vigilia no es transformada en el sueño, sino porque es «vívida» de distinta manera; de tal modo que las mismas personas y los mismos recuerdos adquieren en los sueños otro «valor», otro «sabor». La conciencia onírica es, en suma, un estado análogo á los que en patología reciben el nombre de estados «segundos» ó estados «paralúcidos».

El profesor romano no entra en la exposición, muy hecha ya de las diversas teorías acerca de los sueños; busca, para terminar su artículo, lugares de coincidencia con puntos de vista que parecen alegatos de sus ideas acerca de los sueños.

Así, por ejemplo, Sancte de Sanctis, en la época prefrendiaria (1896), había afirmado la vivacidad de los estados afectivos durante los sueños. Rignano, más tarde (1919), sostiene una opinión contraria: la analectividad de los sueños, incluyendo en la actividad afectiva la atención y la voluntad y explicando la falta de afectividad por el trabajo de reconstitución del organismo que se realiza durante el sueño, puesto que durante el día el que se consume y fatiga es el potencial nervioso correspondiente á la actividad afectiva.

Rignano, á juicio de Sancte, debería demostrar, para que su tesis fuese admitida, no que el desinterés mental provoca el sueño, sino que soñando no satisfacemos otros intereses; que en el sueño, aunque se parezca á la inatención, no hay procesos de atender, y que el soñador no demuestra en la «comedia del ensueño» elección, deli-

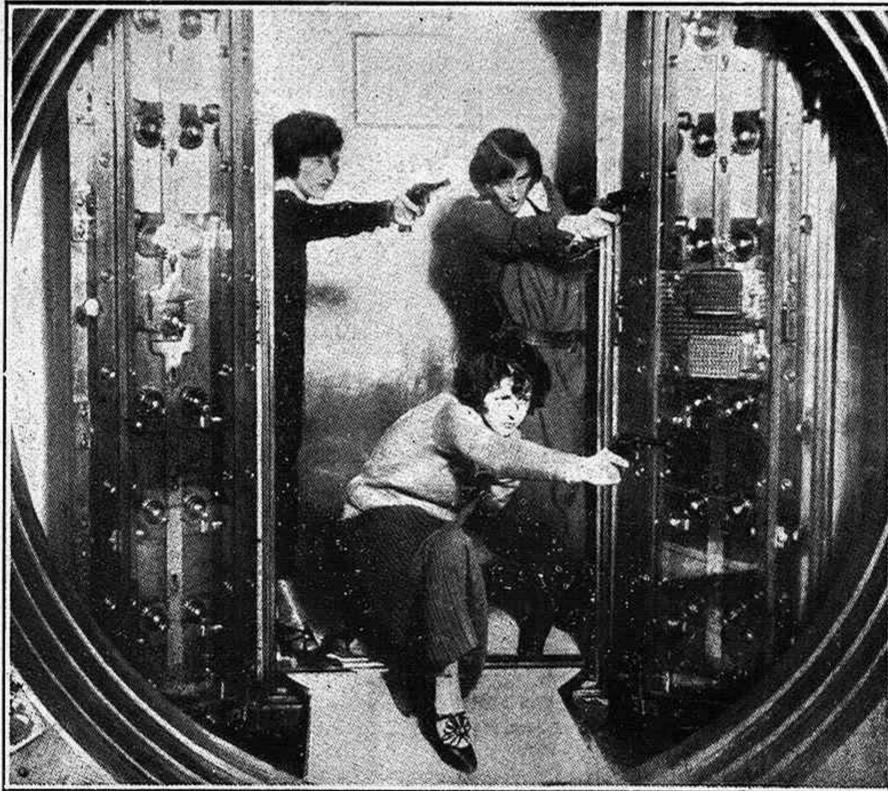
beración acompañada también de sensación de resistencia de las representaciones concomitantes, aunque la voluntad falta en las representaciones anímicas.

Freud no ha dicho nada nuevo al afirmar que los sueños satisfacen nuestros deseos y se someten á nuestros intereses; lo que Freud ha hecho ha sido completar lo que se sabía de la manera siguiente: el ensueño es la realización disfrazada de un deseo contenido.

Para conciliar la opinión de Freud con la de Rignano, De Sanctis pide que se admita que el ensueño es la actividad psíquica de un individuo que durante la vigilia obra según fines psicobiológicos, y según fines disciplinados en su intensidad y en sus aplicaciones; mientras que en la ficción del ensueño se abandona á la fantasía guiado por los mismos fines, pero indisciplinados. Durante la vigilia obramos sometidos á la inhibición; durante el sueño, no. Pensemos que los fines biológicos—verdaderos motores del «comportamiento» y de las tendencias afectivas—no dejan de actuar ni en la sana-espinal ni en los animales descerebrados ni en los humanos más deficientes (dementes ó idiotas)...

En suma, hay una vida afectiva propia de la vigilia y otra del ensueño en que se debilita ó se pierde el juego de las inhibiciones. Es indudable que durante los sueños la afectividad obra libremente.

## LA GUERRA CONTRA LOS BANDIDOS AUTOMOVILISTAS



UNA GUERRILLA FEMENINA

En vista de la persistencia de los ataques á los grandes establecimientos bancarios por los bandidos que utilizan el automóvil, ha obligado al Cleveland Bank á militarizar, armándolos, á sus mil cuatrocientos empleados. Frecuentemente, además, hacen ejercicios de defensa. En uno de ellos representa nuestro grabado á un grupo de mecanógrafas

cionalmente pensó alguien que pudiera tratarse de una superposición accidental y caprichosa de elementos extraños á la actividad psíquica de la vigilia.

Sancte de Sanctis pensó y demostró pronto que en determinados trastornos mentales hay una especie de invasión de la experiencia de los sueños en la conciencia vigil, y más tarde generalizó su idea, sosteniendo que la vida cotidiana está impregnada de ensueños, como los sueños están llenos de realidad, y que hay una especie de flujo y reflujo entre la materia psíquica del ensueño y la de la vigilia.

En realidad, estamos íntegros con nuestros deseos, nuestros pensamientos, nuestro saber en los sueños como en la vigilia. En ésta tenemos una arquitectura de ensueño (la gótica), una poesía de ensueño (la de Shelley), una pintura de ensueño (la de Rossetti), una música de ensueño (la de Chopin, la de Schumann)... sólo que en los sueños estamos libres de las formas de desenvolvimiento psíquico de exigencia social y de determinadas obligaciones morales, y durante la vigilia somos prisioneros más ó menos voluntarios de todo esto, como si un «obstáculo» impidiese al poeta ó al loco soñar de hecho y continuamente, ó, lo que viene á ser lo mismo, como si la visión de los fines sociales mantuviese al artista en un cierto grado de tonalidad ó de tensión

## VIDA TEATRAL

## «Entre desconocidos»

## «La borrachera del sabio»

FRANCISCO de Curel no es un dramaturgo ultramoderno; dió sus primeras comedias al teatro libre, y ¡ya han pasado días desde que Antoine emprendió aquella campaña renovadora! Pero de la relatividad de las cosas nos habló ya, después de D. Hermógenes y antes que Einstein, aquel poeta que decía de un colega suyo esto, ó algo parecido:

«Comparado con Grilo, será un genio; comparado conmigo, es un zoquete.»

Comparada con la comedia de López de Haro *Entre desconocidos*, la de Curel, *La borrachera del sabio*, estrenada en Fontalba veinticuatro horas después que aquélla en Calderón, es el colmo del modernismo.

No plantea, sin embargo, ningún problema ultraterrestre, ni siquiera el más mínimo de psicología trascendental, y es en la forma de una sencillez primitiva; pero tampoco es fruto de una técnica manida, de vieja cocina dramática vanamente empeñada en hacer tragar una tesis que sería interesante si surgiera de un modo natural del drama mismo, y resulta perniciosa como engendradora del drama. Es la distinción consabida entre el teatro de tesis á lo Dumas y á lo Sardou, es decir, muy siglo XIX, en el sentido de corresponder á lo más remoto de esa centuria y el teatro de ideas de los proveedores del teatro libre, que tuvieron por lema, cuando ese mismo siglo iba á terminar, ir contra todas las fórmulas consagradas, y hacer así un teatro que, si forzosamente había de serlo, pareciese lo menos teatro posible.

A este género de obras pertenece la de Francisco de Curel que hemos visto ahora, puesta en



Rosario Pino y Fernando Díaz de Mendoza en una escena de «Entre desconocidos»  
(Fot. Cortés)



EDUARDO MARQUINA  
Traductor de «La borrachera del sabio»

(Fot. Campúa)

castellano por Eduardo Marquina. Con su tema muy de teatro galo, lo que quiere decir muy artificioso, que plantea un problema seguramente más inventado que visto en la realidad, tiene, sin embargo, un sabor marcadísimo de naturalidad. Lo contrario precisamente ocurre á *Entre desconocidos*, comedia que, planteando un problema que todos hemos visto más de una vez en la realidad, produce la sensación de cosa artificial de la primera á la última frase.

Ya sé que á ese artificio, tan patente y lamentable, de la obra de López de Haro le reputan de «muy teatro» algunos que, en cambio, y naturalmente, piensan que De Curel, á lo menos en *La borrachera del sabio*, no es dramaturgo; pero semejante modo de entender el teatro me parece enteramente discordante con un verdadero ideal artístico. *La borrachera del sabio* no es, como sería necesario que fuera para hacernos admitir ese concepto, una sucesión de diálogos mejor ó peor hilvanados entre sí; es una comedia con acción perfectamente clara y definida, y, lo que es mejor, del todo adecuada para llevar al ánimo del espectador una idea. Lo que ocurre es que el artificio de la trama es suficientemente sencillo para que pueda pasar inadvertido, y es esa sencillez—ideal definitivo de todos los grandes artistas por muy gongorinos de palabra y de obra que hayan sido en su juventud—lo que preferentemente determina la belleza de la obra de arte.

*Entre desconocidos* podría tener esa misma sencillez de que ahora carece en absoluto; pero para ello su autor debería de haber comenzado por mostrarnos á sus personajes con más fuerza de realidad, diferenciándolos por sus acciones. De ese modo, conociéndolos el público, se hubiera dado mejor cuenta de hasta qué punto y por qué razones se ignoraban, y no tendría el final de la comedia la duda de si en realidad existía ese desconocimiento y es el conato de tragedia el que los hace conocerse mejor, ó, por el contrario, se conocían igualmente antes y después y lo que hizo el peligro fué cambiarlos de naturaleza; el pollo *peva*, por ejemplo, no podía ser conocido como abogado discreto, porque no lo era cuando desconocía las leyes y sólo se ocupaba de hacer gimnasia para dominar el *chárleston*, y algo semejante podría decirse de otras figuras de la comedia, y no de todas, porque la esposa traicionada no desconocía á su marido, y lo que separaba á la hija del socio de su padre, más que el mutuo desconocimiento, eran los prejuicios de clase, sentidos más intensamente por él que, desentendiéndose de lo que resulta patente desde las primeras escenas, se empeñaba en supo-



Margarita Xirgu y Luis Peña en una escena de «La borrachera del sabio»  
(Fot. Díaz Casariego)

nerse despreciado por la mujer amada, sin más razón que la diferencia de capital. El drama que anuncia el título no aparece en escena. Suponer que los seres no cambian cuando las circunstancias les imponen una transformación, es dar a los humanos lo que ya en puridad científica no es admisible ni aun para las moles de granito: la invariabilidad como característica. Para que haya una reacción es indispensable una acción. Sin la acción—la ruina—que transforma a los personajes de *Entre desconocidos*, ellos seguirían siendo lo que antes fueron. No se podría decir de un naturalista que desconocía una mariposa, porque antes de que ella fuera tal la tuviese por crisálida.

Para que el drama fuese el que el título dice, sería necesario que el conflicto surgiera precisamente por el mutuo desconocimiento, y, en último análisis, el joyero no bordea la quiebra y el presidio por haber supuesto erróneamente en su mujer la necesidad innata de derrochar, sino por haber entregado unas alhajas ajenas a la manceba propia. Sin tal dislate apenas si habría conflicto, ó el conflicto sería de facilísima solución, aun sin necesidad de que la hija hiciera sombreros «para fuera». Ni siquiera esta habilidad surge de pronto ni «entre desconocidos», ya que ni la madre ni la hermana la ignoraban y aun en momentos de esplendor había sido reacción defensiva.

Ni siquiera en lo externo es el conflicto de *Entre desconocidos* lo esencial de la obra. El autor no logra hacer que los dos personajes capitales, marido y mujer, lleguen a la necesaria intimidad con el público para que sus desventuras interesen al espectador, y lo que intriga es cómo se llegará a la boda, prevista entre el novio y la muchacha. En este sentido, la comedia es completamente vulgar, y mala si hemos de creer el aforismo de la época del teatro libre, según el cual todas las comedias detestables terminaban en matrimonio.

En matrimonio termina también la de Francisco de Curel, *La borrachera del sabio*; pero en ésta la boda es la conclusión obligada, ya que, en definitiva, se trata de saber quién será más apto para conquistar a una muchacha más ó menos tocada de filosofía, si el filósofo que borra la quintaesencia del amor y no logra dar con ella en un curso de cincuenta lecciones de hora y media, atiborradas de erudición libresca, ó el ganadero que viviendo en contacto directo con la naturaleza tal vez no sepa explicar lo que es el amor, pero sabe sentirle é inspirarle, quizás porque, á veces al menos, el amor es contagioso.

En *La borrachera del sabio*, además, se llega a la boda rectamente, por

el camino más corto: el desenamoramiento de la muchacha crece á la vista del público á cada nuevo encuentro de ella con el filósofo, y del mismo modo *ve* el público, sin que sea necesario que nadie se lo cuente, cómo va creciendo el amor á cada nuevo encuentro con el ganadero...

Puede decirse, sin embargo, que la comedia de De Curel no es teatro, sino diálogo, porque el diálogo es en ella tan importante como la acción, y el diálogo tiene aún más cosas dentro que la acción misma, aunque estas cosas sean las que explican la conducta de los personajes. Es posible que De Curel y sus compatriotas se «saquen las comedias de la cabeza», como pretenden hacer nuestros dramaturgos; pero hay evidentemente, entre los del lado de allá y los de acá, una diferencia fundamental, y es que aquéllos, antes de sacar algo, suelen meter mucho, muchas ideas y mucho arte para expresarlas, y los de nuestra tierra, con muy conocidas excepciones, olvidan demasiado el axioma que reza: «De donde no hay no se puede sacar.»

No se tome lo dicho á censura excesiva de la obra del Sr. López de Haro. Hablo en general, y juzgo que el autor de *Entre desconocidos* es una víctima más de nuestros absurdos métodos de producción literaria y de producción dramática en general.

El Sr. López de Haro es, evidentemente, hombre culto; no es un indocumentado más de los muchos que se lanzan á escribir dramas y comedias atraídos, no por el aroma de la gloria, sino por el vaho del cocido, y, sin embargo, preocupado por la construcción de sus comedias, sigue el camino de todos, ó de los más, y no lleva á ellas lo que su sensibilidad, aleccionada por sus conocimientos, podía inspirarle.

De la comparación de las dos obras á que vengo refiriéndome podrán sacar los aspirantes á dramaturgos muy provechosas enseñanzas. Leer y, sobre todo, ver comedias es, indudablemente, un camino para aprender á escribirlas; pero la personalidad de un autor surgirá siempre con mucha mayor fuerza cuando haya visto más dramas y comedias reales en el mundo y, en definitiva, cuanto más fuertemente haya sentido en su conciencia los conflictos dramáticos. *Primus vivere...*

ALEJANDRO MIQUIS



LOPEZ DE HARO  
Autor de «Entre desconocidos»

## El primer obispo japonés recientemente consagrado



Desde allá por el año 1547, en que el gran apóstol de las Indias, San Francisco Javier, desembarcó en el puerto de Kagoshima (Kiushin) con dos compañeros y tres neófitos, y comenzó la evangelización del país, renovando con su

santidad y sus milagros las maravillas de los tiempos apostólicos, poco á poco ha ido prosperando en el Japón la religión católica. Luego, tras infinitas y periódicas persecuciones que originaron millares de víctimas entre fieles y misioneros, y últimamente con el extremo ardor de los cristianos, la última persecución hacia éstos en 1873, el catolicismo se ha difundido notablemente, hasta el punto de crearse una jerarquía católica, con un arzobispo, en Tokio, y sendos obispos en Nagasaki, Hakodate y Osaka. Pero el más rotundo avance del catolicismo en el Japón ha sido alcanzado al ser consagrado recientemente, en Nagasaki, monseñor Hayasaka, primer obispo japonés.

### HOMBRE:

Tú sabes mucho de la vida y de las cosas; pero sabes muy poco del corazón de las mujeres...

## «LA BUSCADORA DE EMOCIONES»

DE  
"EL CABALLERO AUDAZ"

te mostrará la clave del amor.

ACABA DE PUBLICARSE

EN TODAS LAS LIBRERÍAS

# TODOS

PASTILLAS del Dr. ANDREU

# TODOS

### Libros nuevos

*Cuentos de Navidad* es uno de los volúmenes del glorioso autor de *La casa desolada*—es citar á Carlos Dickens—que acaba de lanzar al mercado de las letras la editorial Mentora, S. A., Barcelona.

En estos cuentos, sencillos y sentimentales, bellos y bucños—*Canción de Navidad, El grillo del hogar, Las campanas*—se encuentra todo Dickens.

**MAJESTIC HOTEL INGLATERRA**  
BARCELONA. Paseo de Gracia. Primer orden. 200 habitaciones. 150 baños. Orquesta. Precios moderados. El más concurrido

## PELUQUERÍA RAMOS DE SEÑORAS



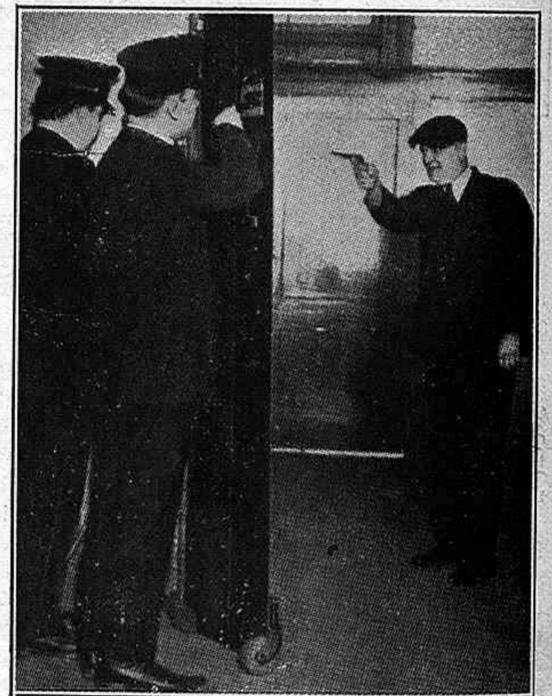
ARTÍSTICOS POSTIZOS PARA SEÑORA Y BISOÑES DE CABALLERO  
TINTES, PERFUMERIA, ADORNOS  
MANICURA-MASAGISTA

CASA PERFECCIONADA EN  
**Ondulación Marcel y Permanente**

Teléfono 10667

Huertas. 7 dpdo. Duque de la Victoria, 4  
MADRID VALLADOLID

### Contra el bandolerismo :: :: en Chicago :: ::



Es Chicago la más industrial ciudad de los Estados Unidos, una de las que ofrecen con mayor frecuencia casos de bandolerismo de una audacia verdaderamente inconcebible. No ha mucho ocurrieron allí dos asaltos de Bancos, realizados en circunstancias tales, para asegurar la impunidad de los malhechores, y ultimados con tan completo éxito, que ni aun la más sagaz vigilancia hubiera podido impedirlos. A veces es en plena calle donde se desarrollan los combates entre forajidos y agentes de policía, no siendo raro que estos últimos lleven la peor parte. De ahí que se procure ir mejorando de día en día las condiciones de defensa policíaca, respondiendo á ese objeto el escudo blindado protector que acaba de inventar un armero de Chicago, y con el cual se puede acorralar, sin el menor peligro para los perseguidores, al bandido que les haga frente.